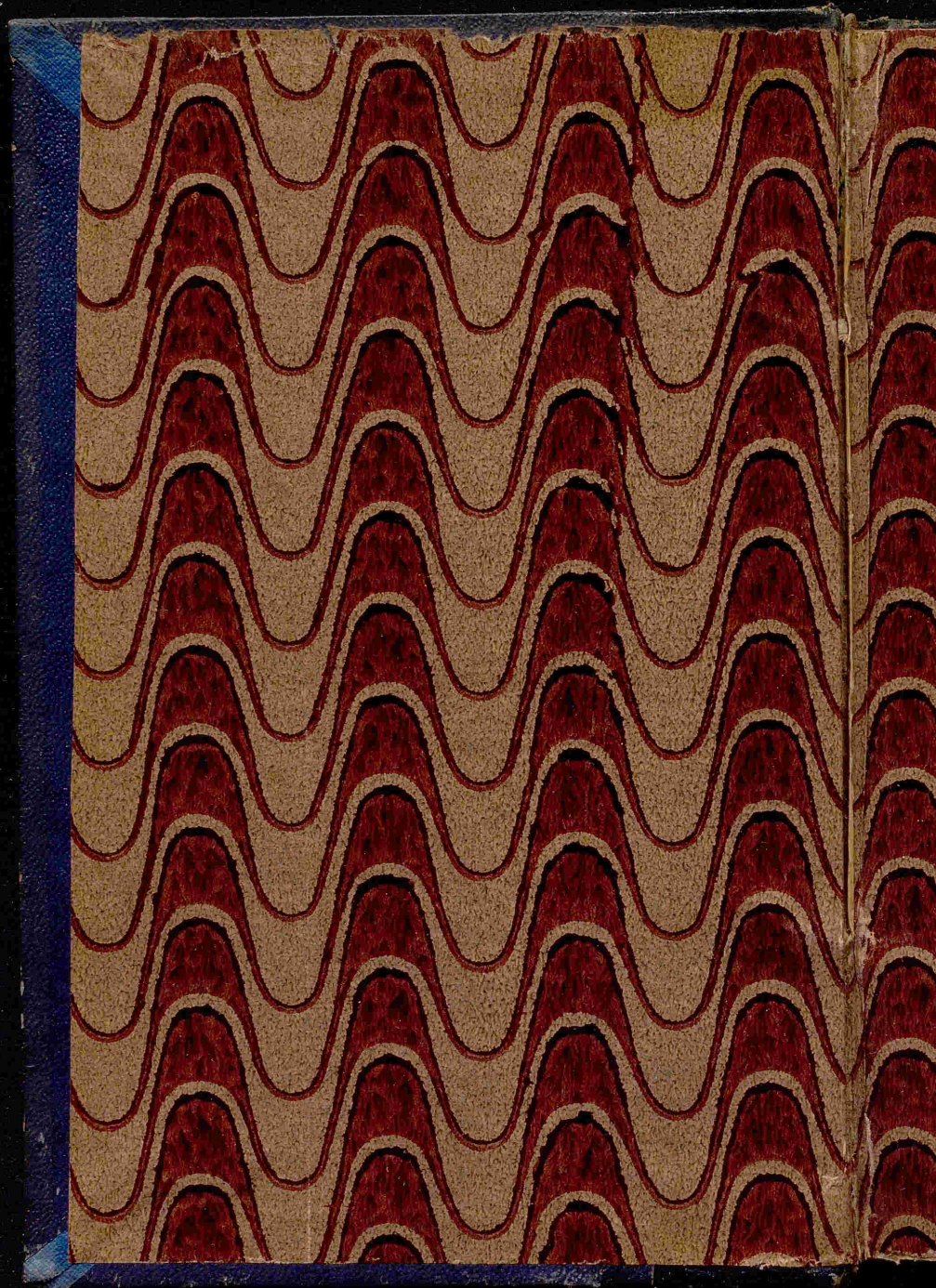


83





Bil

HU

Biblioteca de la juventud hispano-americana.

CARLOS PEREYRA

HUMBOLDT EN AMÉRICA

EDITORIAL-AMÉRICA

MADRID

—
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25



A / 3033

A

3033

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29, teléf. 14-30.—Madrid.

HUMBOLDT EN AMERICA



UNIVERSIDAD DE SEVILLA
CENTRO DE ESTUDIOS
- DE -
HISTORIA DE AMERICA

Bib

HU

Biblioteca de la juventud hispano-americana.

CARLOS PEREYRA

HUMBOLDT EN AMÉRICA

EDITORIAL-AMÉRICA

MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 25

Reservados los derechos de
propiedad literaria. Queda he-
cho el depósito que previene la
ley.

no
pl
vo
ju
pu
cu
pe
qu
cie
Y
no
tic
al
da
de
m
vu
es
no
mi

Humboldt, más admirado que conocido, merece no uno, sino muchos libros, para el estudio completo de sus exploraciones en América. Yo me atrevo a escribir éste, que ofrezco principalmente a la juventud, como un mero ensayo preliminar, que pudiera servir para que, despertándose a la vez la curiosidad pública y el celo de los escritores competentes, hubiese quien, con plan más ambicioso que el mío, intentara fijar los múltiples aspectos científicos y sociales de la expedición humboltiana. Yo por mi parte no pretendo sino esbozar la fisonomía simpática del viajero y reproducir el sentido literario de la emoción que despertaron en su alma los aspectos de la Naturaleza y de la sociedad en la ruta que siguió a través de las selvas, de los llanos y de las altas mesetas andinas. El fin modesto a que contraigo mis aspiraciones no envuelve grandes peligros de fracaso, ni tiene por eso mismo otro mérito—yo soy el primero en reconocerlo—que el de la modestia cuando se veda a sí misma todo propósito irrealizable.

Humboldt tiene una significación excepcional en

la América española. Con los títulos más puros ha adquirido derechos de ciudadanía en seis repúblicas del Nuevo Continente. Méjico lo declaró benemérito de la patria en 1859, que fue el año de su muerte, y si todos los gobiernos de la América española le decretaran honores semejantes, no harían sino traducir en el lenguaje de las glorificaciones oficiales un sentimiento unánime: el de la admiración y gratitud a que sólo son acreedores los hombres que han puesto el cimiento de una obra definitiva.

Lo significativo para América en la adquisición de Humboldt como uno de sus héroes más conspicuos, es que el grande hombre no le pertenece por complacencia caprichosa y altiva de gran señor que se entrega benévolamente, o por interés de aventurero descastado que cambia de patria como de camisa. Humboldt fué el enamorado caballeresco de América: el admirador romántico de sus paisajes, el curioso escudriñador de sus monumentos, el huésped simpático de su sociedad. Fué algo más—mucho más—, y esto da significación a su paso por América: fué el geólogo y el naturalista, el geógrafo sobre todo, que ha recogido mayor número de observaciones en América para sistematizar los conocimientos en cuatro o cinco ramos de la ciencia que todavía estaban envueltos entre las nieblas del caos original, y como coronamiento fue el genial fundador de la filosofía social en los países americanos.

Concluida la audaz y perseverante exploración, que duró cinco años y marcó un recorrido de 9.000 leguas, Humboldt dedicó el resto de su larga vida a escribir sobre América, no sólo en las obras especialmente dedicadas a sus viajes por el Nuevo Mundo, sino en todas las que podían admitir un recuerdo de aquella patria ideal. El *Cosmos*, síntesis maravillosa y obra de arte a la vez que de ciencia, contiene un centenar, por lo menos, de referencias a los países americanos, sólo en los dos primeros volúmenes, llenos de un excelso lirismo.

Pero lo que da precio más alto al afectuoso interés con que Humboldt distinguió siempre a los países americanos de habla española es que aquel hombre eminente no necesitaba del escenario americano para que se destacara su gloria. Era grande por derecho propio. Su figura, que continúa la serie de los cerebros sistematizadores, como Aristóteles y Alberto Magno, tiene toda la luz de aquella idea universal a la que debe Leonardo de Vinci ser el tipo ideal de todos los renacimientos. Bello, grande, fuerte, tuvo sobre el artista florentino la ventaja, externa, es verdad, pero transcendente a las obras del espíritu, de ser dueño de su existencia y de regirla según las leyes del propio albedrío.

Pocas veces se ha visto en la historia el caso de un joven que al comenzar la carrera de su elección haya seguido por impulso íntimo, y de un modo absolutamente desinteresado, una ruta continuada

sin una sola desviación durante más de medio siglo, incesantemente consagrado al bien, a la verdad y a la belleza.

[Humboldt era un hombre que vivía trabajando —de quince a diez y seis horas ininterrumpidas, hasta en los climas tropicales—, y aun así no se explica su omnisciencia. Todo lo aprendía como quien juega; pero de ninguno de sus estudios estaba satisfecho si no los continuaba hasta seguir por sí mismo un camino de investigaciones personales. Con todo, no solía llegar hasta la especialidad absorbente, y se contentaba con ministrar capitales para el trabajo de todos los especialistas de su tiempo. Así podía decir: «He sido más útil por las cosas y los hechos que he proporcionado, y por las ideas que he sugerido, que por mis propias obras.» Príncipe opulento del saber, su prodigalidad no tuvo ni una sola reserva. Para su naturaleza aristocrática, poseer por poseer era un signo de plebeyanismo. Ni las plantas, animales y piedras de sus colecciones, ni las observaciones hechas en donde ningún otro sabio había puesto el pie, ni las ideas generales que concebía a fuerza de meditación, constituían para él una propiedad acotada. ¿Las piedras, plantas y animales? Para los naturalistas. ¿Las observaciones? Para que las aprovecharan y elaboraran los sabios. ¿Las ideas? Para el mundo entero.]

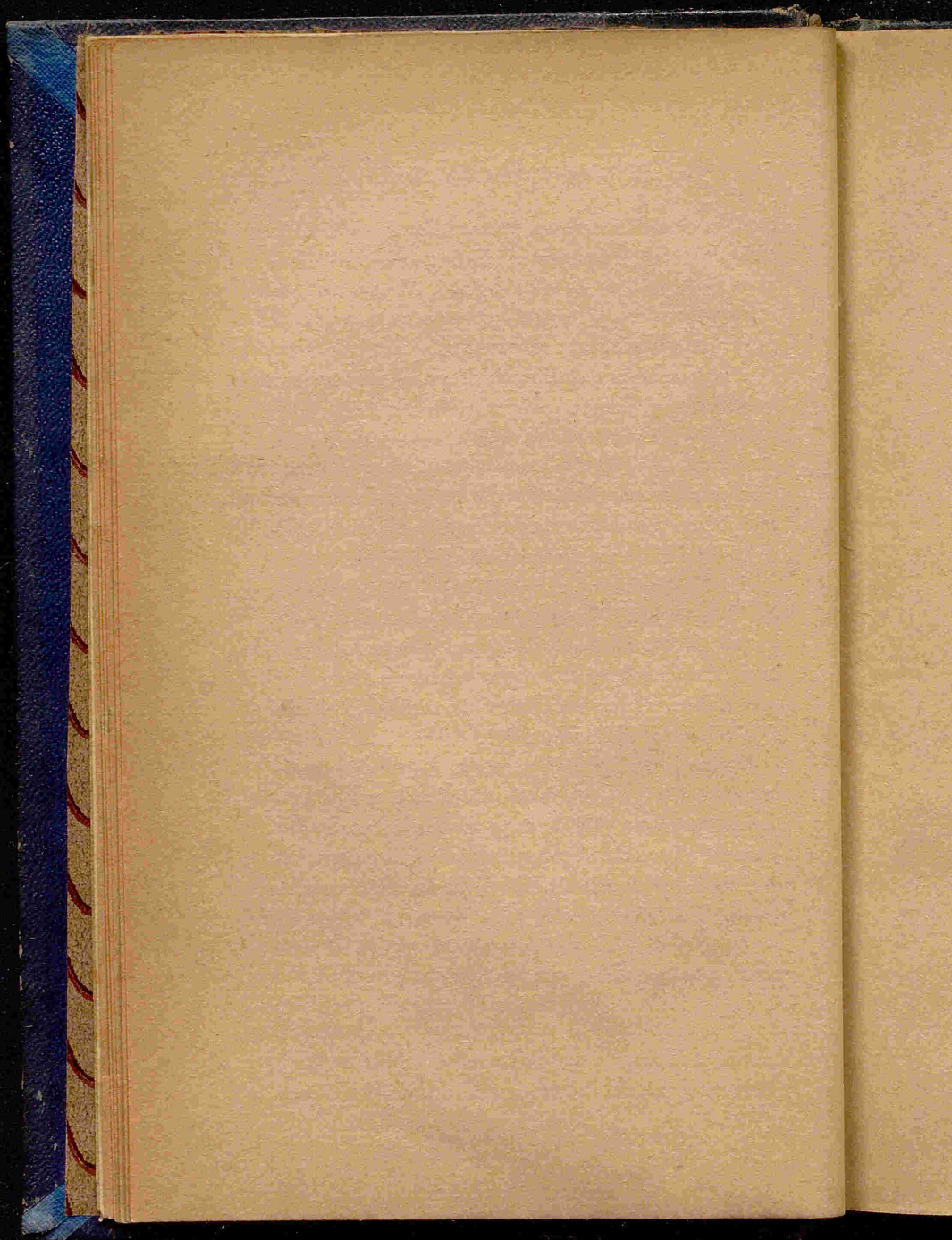
Y el que en los dominios de la ciencia abría así sus cofres, llenos de nuevo a medida que repartía

copiosamente sus dones maravillosos, en la vida civil no quiso pedestales ni disfrazarse con entorchados de grande hombre oficial. No nos aplastó con su grandeza, y tuvo el supremo buen gusto de pasar por la vida sin solemnidad.

A esto se debe que Humboldt sea el viajero por excelencia, el viajero clásico de la era de los filósofos griegos; un viajero que si bien realiza adelantos colosales en los campos de diversas ciencias, nada dice inoportunamente de esa labor solitaria, y deja por todas partes el recuerdo humano, dulce y querido de un huésped amable.

A los americanos, como tales, y prescindiendo del interés científico que tenga su obra, cada cual, lo que sobre todo llama la atención cuando se trata de Humboldt, es el hombre mismo; y de su paso por América, los recuerdos personales que allí dejó o los que él llevó consigo.

No me propongo, sin embargo, hacer de este libro un estéril repertorio de anécdotas, sino el resumen conciso y fiel de todo lo que en un orden general, fuera de la competencia de los especialistas, realizó el barón de Humboldt durante sus viajes por América, y sobre todo, fijar los rasgos de la imagen poética que recogió en su espíritu al pasar por los países americanos.



EL VIAJERO

LOS PRIMEROS AÑOS

Y LA EDUCACIÓN DEL VIAJERO

Las exploraciones de Humboldt en América reconocen una causa general y una causa especial. Hablaré de la primera. Para Humboldt, viajar era una pasión. Su nomadismo revistió en la adolescencia una forma engañosa: la falsa vocación por la vida militar. «Tenía el espíritu inquieto—dice él mismo—y quería ser soldado.» Pero su madre contrarió resueltamente este propósito, que de ningún modo hubiera cristalizado en resoluciones definitivas.

Tenía diez y seis años; había quedado huérfano de padre a los nueve, y ya poseía una notable preparación científica y literaria, aunque, según su propio juicio, no fué precoz. Tomaré los diez y seis años como fecha inicial en que se apaga una primera vocación, que con razón llamo falsa, y aparece la segunda, mansamente alimentada durante cerca de tres lustros, para

desarrollarse por último con toda amplitud, es decir, a los treinta años, edad de Humboldt cuando se embarcó en la Coruña a bordo del *Pizarro*, con destino a la Habana y Veracruz, aunque después se fijó el rumbo a Cumaná, por la ruta de las islas Canarias.

Alejandro Federico nació en Berlín (Jägers-trasse, núm. 22) el día 14 de Septiembre de 1769. Era dos años menor que su hermano Guillermo, nacido en Postdam el 22 de Junio de 1767. El padre de Humboldt había sido mayor en el Ejército prusiano, y esto explica tal vez la forma de capricho momentáneo que tomaron las tendencias nómades al revelarse en la imaginación del futuro viajero. Pero tampoco el mayor Humboldt—Alejandro Jorge—había tenido muy desarrollada la fibra guerrera, puesto que dejó el Ejército para entrar en la Corte. La familia poseía una fortuna que puede llamarse considerable, para aquel país y aquel tiempo.

Muerto el mayor Humboldt en Enero de 1779, la educación de los hijos quedó al cuidado de la madre. Esta, de origen francés, pertenecía a una antigua familia, Colomb, de refugiados calvinistas establecidos en Berlín después de la revocación del edicto de Nantes. Al casarse con el mayor Humboldt, era viuda de un caballero llamado Hollwede.

La señora de Humboldt se preocupó afanosamente por la educación de sus dos hijos, y les

proporcionó todos los medios para que se instruyeran. Desde que el padre vivía, los niños tuvieron maestros en casa, y esta fué la forma adoptada para su enseñanza, pues por la razón que se quiera no pisaron las escuelas, y ya en Berlín, ya en la casa solariega de Tegel, vivieron sometidos a una discreta reclusión.

Campe, traductor del Robinsón, fué el primer maestro que tuvo Guillermo. Después entraron como profesores de los dos niños el teólogo Koblanck y un cierto Clusener, a quien sucedió poco antes de la muerte del mayor Humboldt, aquel admirable Kunth que con tanta devoción y competencia dejó impreso su influjo en el espíritu de los dos hermanos, y que desgraciadamente no permaneció sino algunos meses al lado de sus alumnos. Siguieron otros profesores: Loeffler fué el iniciador de Guillermo en el estudio de las letras clásicas, y Fischer influyó especialmente sobre Alejandro, como profesor de Matemáticas y Física; Engel les dió un curso de Filosofía; Dohm les enseñó los principios de la Economía política; bajo la dirección de Chadowiewski comenzó Alejandro a ejercitarse en el dibujo, el grabado y el aguafuerte. Dos personajes, David Friedlander y *el genial* médico Heim, huéspedes habituales de la casa en Tegel, llevaron también un buen concurso de autoridad y consejo.

Alejandro se desarrolló mucho más tardía-

mente que su hermano Guillermo, caso este asombroso de precocidad, pues sin esfuerzo «brilló desde la primera infancia por su profundo conocimiento del griego y de toda la literatura antigua, y su afición a la Poesía». Cuando llegó Alejandro a los diez y seis años, no sabía nada de las ciencias en que descolló más tarde, y, sobre todo, él mismo hace esta confesión, «tenía muy poco deseo de estudiarlas». Opuesta la madre, como se vió ya la inclinación militar de su hijo, lo dedicó a los estudios hacendarios para que adoptase la carrera administrativa (*Kameralisten*). Después de pasar un semestre en la Universidad de Francfort, a las orillas del Oder, en donde, según la maliciosa afirmación de Guillermo, «la Ciencia no tenía ningún templo», el hermano mayor marchó para Gotinga, mientras el menor seguía en Berlín nuevos cursos libres, de todo y de nada, pues se aficionó a oír conferencias. Estudió Física experimental, Tecnología y Estética. Era una época de embriaguez intelectual y de curiosidad científica no canalizada, en que los hombres más profundos tenían poco de profundos, y en que los superficiales podían seguir el ancho camino de la charlatanería. La sistematización de los conocimientos vino a marcar después rumbos precisos, cuando la Ciencia, vinculada con los progresos de la técnica en la era industrial, fué cerrando poco a poco sus dominios e impidiendo que los invadiesen las ame-

nidades del diletantismo, características de la superficial Enciclopedia.

Una visita a su hermano en Gotinga estuvo a punto de torcer el curso de la vida de Humboldt, pues la influencia de C. G. Heyne lo había inclinado ya mucho a los estudios clásicos, de cuya comprensión da pruebas tan brillantes en la parte histórica del *Cosmos*, la mejor tal vez de ese libro inmortal. Su espíritu inquieto, que no gozó jamás—tales eran sus palabras—si no emprendía constantemente algo nuevo, haciendo tres cosas a la vez, lo llevó entonces a escribir un estudio sobre el arte del tejido en la antigüedad; pero al mismo tiempo, y esto fué acaso decisivo, escribió un trabajo sobre la Botánica. Hacía muy pocos meses que había oído hablar por primera vez del estudio de las plantas. Lo inició en ese hermoso estudio Wildenow, que era de su misma edad, y ya autor de un libro recién publicado sobre la flora de Berlín. Es curioso saber por Humboldt que el carácter dulce y amable del joven Wildenow contribuyó, en gran parte, a la afición con que tomó el estudio de la Botánica. Wildenow no le dió propiamente lecciones; pero clasificaba las plantas que Humboldt llevaba a su gabinete. Esto determinó una pasión en aquel investigador de raza, y la vocación estalló como un incendio que nada pudo apagar. «La vista de las plantas exóticas, aun secas en los herbarios, inflamándome la imagi-

nación, me producía los goces que debe ofrecer la vegetación en los países templados. Wilkenow estaba en relaciones con el caballero de Thunberg, y a veces recibía plantas del Japón. Yo no podía verlas sin que se me presentase la idea de visitar aquellos países.»

«Desde entonces—continúa en sus *Confesiones*—tomé la resolución de salir de Europa; pero era demasiado buen hijo para pensar en hacerlo mientras viviera mi madre.» La idea, sin embargo, incubaba, y sólo espera el momento propicio para realizarse. Con todo, no era la muerte de la madre lo que le detenía realmente, sino la falta de preparación científica. Para el viaje de exploración que él se proponía emprender no bastarían los estudios, brillantes, pero poco serios, que había hecho hasta entonces, y con la tenacidad propia de su carácter y de todos los hombres que han dejado una huella en la vida, se puso a trabajar diez años más para ser digno de interpretar los secretos de la Naturaleza en los países del trópico.

ENSAYANDO EL VUELO

Aquí entra la influencia, tan discutida, que tuvo en la carrera de Humboldt un hombre extraordinario. Muchos autores sostienen que la vocación de viajero le vino directamente al explorador del Nuevo Mundo por la fascinación que ejerció en él Jorge Forster; pero esto no es verdad en términos absolutos, sin que deje de serlo que Forster modeló la vocación incipiente, amaestrando á Humboldt en lo que pudiéramos llamar los secretos del gran estilo para viajar a la Cook y a la Bougainville.

Durante su estancia en Gotinga, y ya aficionado a la Botánica, o, más bien dicho, apasionado por el exotismo, Humboldt cultivó relaciones con Blumenbach, Schrader y otros naturalistas. Hizo un primer viaje a las montañas del Harz, y, enardecido, excursionó por el Rhin. Sin duda para estudiar los basaltos y tomar parte en la discusión que se había entablado sobre el neptunismo. Eran los tiempos de una geología ba-

talladora, en que el mismo Goethe bajaba a la arena para probar su fuerza. Como fruto de este viaje, Humboldt publicó una monografía sobre los *Basaltos del Rhin*, en la que, siguiendo sus tendencias incontrarrestables de historiador, disertaba sobre el *lapis heracleum* de los antiguos.

Forster se había casado con Teresa, la hija del gran profesor Hayne, «el hombre—decía Humboldt, en un impulso de entusiasmo y gratitud—a quien más debe nuestro siglo.» En la casa de Hayne se encontraron Forster, el joven cronista del segundo viaje de Cook, y Humboldt, el adolescente que acababa de hacer su primera excursión científica. Forster, de treinta y seis años, tenía a los ojos de Humboldt el prestigio de sus aventuras en los países maravillosos que él soñaba ver desde que había visto las extrañas flores de Thunberg. Forster no era para Humboldt únicamente el mago que venía de regiones encantadas: era el continuador alemán de Rousseau y el émulo de Bernardino de Saint-Pierre en el arte novísimo de la literatura descriptiva.

Con «el célebre maestro y amigo» emprendió Humboldt su segundo viaje, que fue una preparación para las exploraciones de Ultramar. Forster y Humboldt visitaron el bajo Rhin, el Brabante, Holanda, Flandes, Inglaterra y Francia. El resultado de esta rapidísima excursión, que

duró sólo desde el 22 de Marzo hasta el 11 de Junio de 1790, fué un pequeño libro de impresiones, publicado por Forster en Berlín. La palabra viva de aquel entusiasta, y su prosa intensa, poética y espiritual, en la que alternan las grandes páginas descriptivas y los chispazos de un ingenio satírico, tenían para Humboldt el encanto de una perpetua tentación. ¿Era verdad que ese hombre con quien viajaba por los países de Europa había visto las islas de Pigafetta en los mares del Sur? Y ¿sería posible que él, dejando el espacio estrecho de la cuenca del Rhin y de los *polders* holandeses, visitará más tarde las tierras del trópico? Y ¿por qué no? Escribiría con la elegancia de Forster y con la profundidad que le darían sus conocimientos científicos.

Pero más que Forster influyó en él la vista del mar cuando llegaron a Ostende. El mar no le impresionaba tanto por sí mismo cuanto por los países adonde podía ir «navegando en aquel magnífico elemento».

«Aprender, aprender incesantemente—decía—; aprender por amor desinteresado a los adelantos del saber.» Con esta divisa, muy poco administrativa, volvió a sus estudios de *Kameralisten*, que bajo el imperio de sus inclinaciones no eran sino ocasión y pretexto para dar ensanche a las ideas en el orden científico.

Por todos los caminos se va á Roma. Humboldt, poniéndose disfraz de burócrata, no podía ser sino sabio, viajero, hombre de mundo y promotor desinteresado del progreso científico en los primeros centros intelectuales de Europa; pero nunca administrador, nunca especialista, aun en la esfera de la ciencia pura. Tenía que manejar muchas ideas, visitar muchos países, conocer a muchas gentes; tenía que escribir, que conversar, que hablar en conferencias públicas; en suma: tenía que ser universal o morir de tristeza. Su hermano, humanista; su compañero de viaje, Forster, estilista y explorador; su maestro, Heyne, lleno de inquietas curiosidades; sus amigos, sus condiscípulos, sus profesores, todos en torno suyo solicitaban la mente aventurera de Humboldt hacia los paraísos del saber y del arte.

Le aterrorizaba, sin embargo, pensar que pudiera ser un puro diletante, como temblaba ante el peligro de especializarse en una función limitada. Sería—y en esto fijó su ideal—el coordinador que aun trabajando con ardor para suplir deficiencias en el campo estrecho de las especialidades, llevaría siempre en las manos el hilo de oro de las grandes síntesis para establecer coordinaciones entre las más lejanas provincias del saber. Nunca le interesó sino lo universal en lo particular. Estudió la Botánica para contribuir, y contribuyó efectivamente más que

nadie, a la fundación de una geografía de las plantas. Recorrió el Nuevo Mundo, y más tarde excursionó por el Asia central para conocer los cimientos «de la construcción física del mundo».

LA INSTRUCCIÓN PROFESIONAL

Hamburgo tenía una célebre academia de altos estudios mercantiles, dirigida por Juan Jorge Büsch, matemático y economista que había logrado dar a su establecimiento una reputación europea. Allí se educaban muchos ingleses y escoceses.

El gran viajero Carsten Niebuhr había sido discípulo de Büsch, y la estela de aquel nombre quedó grabada en la memoria de Humboldt, para quien decir viajero era decir todo lo que puede haber de más fascinador en el misterio de un destino humano.

Permaneció poco tiempo en Hamburgo: desde mediados de 1790 hasta la primavera de 1791. Aquella estancia le sirvió mucho, sin embargo, pues con la teneduría de libros y los sistemas monetarios, aprendió lo bastante para guiarse en el dédalo de las estadísticas, que manejó más tarde con magistral destreza.

Trabajó prácticamente en una casa de comer-

cio, y vió, de acuerdo con la expresión gráfica que empleaba en una carta a Malte-Brun, de qué modo viajan los metales preciosos y todas las mercancías. «Trazo los viajes de la plata, como los viajes de Cook.» Y agregaba: «Los números son piratas que se embarcan en Veracruz, en Cartagena de Indias, en Lima, en Acapulco y en Buenos Aires.» No aprendería a ganar dinero en la casa de comercio que le sirvió de escuela; no aprendió tal cosa. Su imaginación seguía a través del mundo las aventuras de un artículo de comercio, haciéndose de él una representación tan personal, diré, como si estuviese leyendo las correrías de un personaje novelesco. Y más de una vez aquel joven concentrado en sus cálculos, más laborioso que todos sus compañeros, sorprendería a los jefes del escritorio por el sentido quimérico de las interpretaciones con que anotaba algún hecho prosaico de la vida mercantil...

Los estudios de Hamburgo eran una simple preparación para los que debía seguir en la Academia de Minería de Freiberg; pero antes de ir a este sitio, en donde recibió acaso las impresiones más profundas de su carrera estudiantil, hizo el viaje, muy apasionante, á Heligoland.

En Berlín, de paso para Freiberg, visitó al ministro von Heinitz, quien con palabras halagadoras, expresión de un aprecio profundo, le prometió recibirlo en su departamento cuando

saliese de la Academia. El ministro no sólo cumplió su palabra, sino que puede considerarse como el primero y el más celoso de los padrinos de Humboldt en la vida práctica.

A mediados de Julio de 1791, Humboldt era alumno de la Academia de Freiberg y discípulo del gran Werner. De sus aulas iba a salir uno de los mineralogistas y geólogos más célebres de su siglo. Se le recibió como un *niño prodigio*. ¿No era aquel alumno el autor de la Memoria sobre los *Basaltos del Rhin*? Le hizo los honores de la recepción el alumno Carlos Freisleben, destinado a una fama universal como geólogo, y amigo suyo desde entonces, hasta la muerte, como lo eran todos los amigos de Humboldt. El nuevo alumno trabajaba día y noche. Por las mañanas, en las minas; por las tardes, en las aulas; de noche, con los libros. Estas labores teórico-prácticas, que para un hombre de la receptividad prodigiosa de Humboldt, equivalían a largos cursos de un estudiante común y corriente, eran interrumpidas sólo para sus excursiones. Visitó la Bohemia y la Turingia, y en estos paseos se hizo cargo detenidamente de las minas de plata del condado de Manfeld. Aparte de los trabajos que llenaban su programa como futuro administrador de las minas pertenecientes al Estado, seguía una investigación personal sobre la flora subterránea. No le bastaba estudiar el reino mineral, en el que iba a dejar su nombre inmortalizado,

sino que fundaba al propio tiempo una rama de la Botánica.

Los estudios eran muy someros entonces. Y ¿cómo iban a ser extensos, si apenas estaban en los bancos escolares los fundadores de la ciencia moderna? Baste decir a este respecto que uno de los condiscípulos de Humboldt era el gran geólogo Leopoldo von Buch, y el otro, el paleontólogo Schlotheim.

Graduado el 26 de Febrero de 1792, antes de cumplir los veintitrés años, Humboldt empezó su carrera activa.

EMPLEADO PÚBLICO

Y la empezó con aquella fiebre que lo acompañaba en todas sus empresas grandes y pequeñas, teóricas y prácticas, felices o malogradas, lo mismo a los diez y seis años que a los sesenta.

Es regla en las biografías decir que el héroe hizo todo, hasta lo minúsculo, como grande hombre, y que en todo acertó. La exageración admirativa es vicio de la tendencia que admite grandes hombres patentados. El grande hombre no lo es si no en aquello que es grande, y bien pueden perdonársele mil errores y debilidades a cambio de una grandeza real. Sin embargo, podemos decir de Humboldt que, sin pretensiones a un premio de virtud, fué virtuoso en grado superlativo, por una razón: su actividad no le dejaba tiempo para ser malo. ¿A qué hora podía hacer aquel hombre otra cosa que no fuera trabajar? A la hora de las visitas, se me dirá. Efectivamente: Humboldt fué un gran munda-

no, un *causeur* parisiense, popular en los salones; pero como medía el tiempo matemáticamente, podía hacer muchas cosas antes y después de la tertulia; y como tenía que hacerlas, por el imperio de una fuerza interior su pensamiento vigilante no le permitía abandonos pecaminosos a que dañaran al prójimo. Su laboriosidad no era la única fuente de virtud en aquella máquina de absorción mental: era la naturaleza del trabajo que desempeñaba, y, sobre todo, el fin constantemente desinteresado.

Hay hombres que siempre andan de prisa y que para nada tienen tiempo. Hay otros—y Humboldt era de éstos—que sin apresuramiento aparente hacen todo al minuto. Insomne, frugal, en estado de tensión perpetua, no daba remisión a sus tareas. Entre los cincuenta y los sesenta años solía dormirse en el café, después del almuerzo; pero era porque velaba hasta las dos y media de la mañana. Basta echar un vistazo a sus libros para comprender que no se incurre aquí en un lugar común ponderativo. Y lo más peregrino en la universalidad de los conocimientos y de la curiosidad de aquel hombre, y en la inquietud que lo mataba, era el apasionamiento con que tomaba las empresas más disímiles.

Digo todo lo anterior para que puedan estimarse bien dos cosas: su ardor como empleado público, aparentemente paradójico, y el móvil

absolutamente extraño a toda idea de ventaja personal que lo impulsó en sus actos oficiales.

¿Quién dijera en 1792 que Alejandro de Humboldt, asesor *cum voto* en el ramo de Minería, iba a pasar por la administración como una flor de Mayo? Al ver sus afanes hubiérase pensado que aquel joven era un ambicioso y que se le hacía tarde por recibir el ascenso. El ascenso vino por un informe que rindió sobre las minas de Francia; pero lo mismo se le daba a Humboldt ser asesor que ser superintendente. El empleado superior, como el asesor, encontraba una administración, que no llamaré corrompida, pero que bien merece el calificativo de apolillada: una administración de haraganes y rutineros. Humboldt le dió una fuerte sacudida, como caso de experiencia. Y la experiencia fué admirablemente feliz.

Del mes de Septiembre de 1792 al mes de Enero de 1793 Humboldt viajó constantemente en el desempeño de sus atribuciones oficiales. Estuvo en Baireuth, y de allí fué a Munich, de Munich a Rosenheim, de Rosenheim á Traunstein. Y después de conocer al suizo Clais visitó los Alpes. Hasta entonces no había conocido sino lo que pudiera llamarse, o a lo menos él llamaba, montículos insignificantes. Pero al ver perfilarse en el horizonte los Alpes de Appenzeller, su entusiasmo fue tal que sintió «como si los Alpes le tendiesen la mano».

Estuvo en Viena, fué a Berlín, y redactó su informe. El día 1.º de Junio de 1793 se le promovió a consejero superior de Minas. Lo que había hecho en los trece meses anteriores fué asombroso. No exageremos. Fué asombroso, tal vez, porque era más asombroso el estado decadente de la administración prusiana. «¿Quién es ese empleado?—preguntaba Federico Guillermo II—. ¿Quién es ese hombre que hace tales cosas en un impulso de amor desinteresado a su deber?»

¿Y por qué otra cosa iba á trabajar Humboldt sino por amor desinteresado a lo que él consideraba digno de su acción? ¿En dónde están los provechos de logrero que él obtuvo durante su larga y meritísima carrera? ¿Y en qué se consumió la mayor parte de su fortuna personal—para no hablar de su juventud y de su salud—, sino en cinco años de exploraciones y en la impresión de los libros monumentales dedicados a nuestra América, que nunca sabrá pagarle todo lo que le debe?

Durante los meses que sirvió como empleado superior en la Administración de Minas, no sólo se dedicó a la reorganización de un ramo totalmente perdido, consiguiéndolo a tal grado que en un año obtuvo los productos de catorce, con gastos mucho menores; hizo algo más: pensó en los humildes y explotados. Bajó a las minas, vió los dolores y los peligros del operario, visitó sus

habitaciones; inspeccionó las escuelas de sus hijos. Y en todas partes intentó, por lo menos, alguna obra buena.

Trabajó en la misma lámpara de seguridad, cuyo invento, realizado de un modo satisfactorio, corresponde a sir Humphry Davy.

En otro orden, procuró la instrucción de los niños de la clase obrera, y en esto fue admirablemente secundado por el humilde pedagogo Spoerl. Entonces comenzó a ver que en el fondo de un villorrio europeo, como en una selva americana, o en la cordillera de los Andes, puede esconderse el genio que no brilla en las frentes académicas. Y desde entonces Humboldt tuvo un gusto particular en atraer la atención y la admiración de las gentes hacia todos los promotores humildes y silenciosos del adelanto social que pudo encontrar á su paso.

La memoria dirigida por Humboldt al ministerio sobre la enseñanza de los alumnos pertenecientes á la población minera no era, casi es inútil decirlo, trabajo de empleado público, sino un ensayo generoso de filosofía social.

Era el tiempo en que todo hombre de calidad tenía que ser ó llamarse filántropo; pero Humboldt obraba por impulsos propios de bondad.

L
Nor
ra d
figu
para
Via
al B
él s
pens
A
de l
desi
Per
bajo
poni
mini
cia,
pudi
ensu
Vi

EXCURSIONES EN ZIGZAG

Los viajes de Humboldt no cesaban. Viajes al Norte y al Oriente de Alemania, en la primavera de 1794. Viajes de otro género, entre los que figura uno a Francfort, a las orillas del Main, para acompañar al ministro von Hardenberg. Viaje, con el mismo personaje, al bajo Rhin y al Brabante. Iba en servicio diplomático; pero él se reía de aquellas funciones decorativas, y pensaba sólo en sus tareas científicas.

Al volver de estas expediciones, en febrero de 1795, encontró un despacho por el que se le designaba para un puesto superior en Silesia. Pero él no quería ya puestos oficiales, altos o bajos. Tenía la mira en Italia. Renunció, pues, poniendo por pretexto el estado de su salud. El ministro Heinitz no quiso oír hablar de renuncia, y dio licencia al joven burócrata para que pudiese hacer su viaje a Italia, objeto de un ensueño inquietante.

Viajó, en efecto, por la Alta Italia, recorrió

los Alpes Jurásicos y los de Saboya, se detuvo en Ginebra y conoció a Pictet y al célebre de Saussure. Freiesleben le acompañaba.

Después de muchas investigaciones estratigráficas pasó por Rastadt y trabó allí relaciones con el geólogo francés Faujas de St. Fond; pero la diplomacia, que reconocía en él a un mundano—mal vestido y poco dispuesto á cambiar de traje para entrar en sociedad—, la diplomacia dispuso que Humboldt volviese a los negocios políticos. Trató con el general Moreau sobre la neutralidad de los territorios dependientes de la corona de Prusia. El aislamiento de Prusia influyó en el destino de Humboldt, pues le permitió mantenerse alejado de toda agitación extraña a sus tendencias.

Muerta la madre de Humboldt en Noviembre de 1796, desapareció el último lazo que lo retenía en Europa, y se dedicó ya muy seriamente a hacer los preparativos de carácter científico para el gran viaje de exploración.

A mediados de 1797 los dos hermanos se encontraron en Dresde. No se hablaba sino de los países remotos que los dos hermanos amaban, el uno como naturalista y el otro como filólogo. Fueron a Viena, y allí se detuvieron por enfermedad de la esposa de Guillermo; pero restablecida, partió ella con su esposo, a Paris, mientras Alejandro, en compañía de Buch, se dirigió a Salzburgo, con el propósito de entrar en Italia.

La guerra no lo permitió, y los dos geólogos se consolaron aprovechando el tiempo en excursiones científicas. Günther, biógrafo de los dos sabios, dice que Buch se apropió en aquellos trabajos la parte del león. Y de seguro su compañero no paró mientes en la demasía.

LABORES CIENTÍFICAS

Pero a pesar de los viajes, Humboldt no olvidaba las tareas de gabinete y de laboratorio, como no olvidaba los libros.

Siguió un curso completo de Anatomía, y publicó dos volúmenes «dedicados a la irritación de la fibra nerviosa y de la muscular; obra en que no sólo se ocupaba en dar cuenta de investigaciones sobre el galvanismo, sino de otras experiencias hechas con agentes químicos, puestos en contacto con los órganos».

Durante su estancia en Viena recibió lecciones de M. Jacquin «venerable patriarca de los botánicos», y aprovechó para sus estudios las riquezas del jardín de Schoenbrunn.

Su opúsculo sobre la lámpara de seguridad, antimefítica e inextinguible, fue publicado cuando Humboldt estaba ya en América, recorriendo la cuenca del Orinoco.

Otro de los objetos de su preocupación antes de 1798 fue la Meteorología. El estudio de la

composición del aire lo tenía siempre inquieto. El resultado de los trabajos de Humboldt en este punto dio al sabio francés Gay-Lussac ocasión para atacar al que, reconociendo humildemente sus errores científicos, entró en relaciones cordialísimas con su contradictor. Después del viaje a América, Humboldt hizo la expedición a Italia en compañía de Gay-Lussac, como se dirá adelante.

Otro de los contemporáneos de Humboldt, Schiller, trató con rudeza al joven investigador. Decía Schiller que lo encontraba presuntuoso y muy engreído del valor de las fórmulas científicas. Humboldt aceptó la justicia del reproche, y su enmienda fue definitiva.

Pero si Schiller lo rechazaba, Goethe, que tenía las mismas aficiones científicas, lo recibía con afectuosa deferencia, y juntos hicieron algunas investigaciones científicas.

Llegaba el momento de visitar los climas tropicales. Ya sólo le faltaban á Humboldt en su preparación algunos ejercicios de astronomía práctica, y una visita á los volcanes de la Italia meridional; pero Italia continuaba inaccesible a sus deseos, y tuvo que dejar para después aquel elemento comparativo que él hubiera querido conocer antes del gran viaje.

HACIA LOS PAÍSES DEL ENSUEÑO

¿Cuál sería la ruta? Aquí entra el azar en forma novelesca, o a lo menos en la forma novelesca que puede admitir la historia de un geógrafo.

Durante las excursiones de Humboldt y Buch en Salzburgo, se abrieron pláticas con un personaje estrafalario, lord Bristol, obispo de Londonderry. El inglés era de la casta de los ingleses clásicos, creados para el turismo caricaturesco. Lord Bristol viajaba á caballo desde el Piemonte hasta Nápoles. Apreciando justamente las condiciones del joven prusiano, lo invitó para un viaje a Egipto. Humboldt vaciló. ¿Viajaría con aquel personaje, de carácter difícil? Pero, bien pensado, ¿por qué no? Él llevaría sus propios recursos, y cuando el inglés se hiciera insoportable, lo dejaría en mitad del camino, siguiendo la expedición por su cuenta.

Se preparaba, pues, el viaje de Humboldt con lord Bristol mientras llegaba la oportunidad para el otro viaje, el viaje soñado, el histórico

viaje a las tierras equinocciales, cuando de pronto se anunció la expedición de Bonaparte a Egipto. Todo cayó por tierra, y Humboldt no volvió a tener noticias de lord Bristol hasta que, ya en camino hacia París, supo que el inglés había sido detenido como sospechoso y que estaba preso en Roma. Los franceses, en efecto, pensaron que aquel inglés, tenido en opinión de loco y perteneciente a una familia de locos, no podía ir a Egipto sino con fines de agitación política.

Humboldt llegó a París, en donde se encontraba su hermano, y permaneció allí desde Mayo hasta Septiembre. «Estaba tan agitado y tan inquieto, y sentía tan vivamente el deseo de ver otras plantas y otro suelo—cuenta el mismo Humboldt—, que si hubiera encontrado en París a M. Berthollet y a M. Monge, los habría acompañado a Egipto.» Para matar sus inquietudes habría hecho, a falta del otro, «el pequeño viaje a Egipto».

EN PARÍS

Conoció a todas las notabilidades de la ciencia y entró en aquel círculo que debía frecuentar después durante diez y ocho años. Casi todos los nombres ilustres en la ciencia de los primeros años del siglo XIX, figuran en la lista de las relaciones de Humboldt durante su estancia de 1798: Cuvier, Jussieu, Delambre, Laplace, Desfontaines, Fourcroy, Borda y Guiton. Vauquelin le dió lecciones de Química, ciencia que no se enseñaba en Freiberg y que Humboldt había procurado aprender por sí propio.

¿Y Arago? ¿Y Monge? Faltan estos dos nombres en la lista anterior. Y faltan otros más. Pero la deficiencia no es de ningún modo significativa. Arago fue el mejor amigo de Humboldt, y Monge estaba ausente, como ya hemos visto.

«No le hablaré a usted de París, ni del género de vida que llevo aquí—escribía en una carta a Pictet, del 22 de junio de aquel año de 1798;—usted conoce mis inclinaciones y mi actividad.

Vivo con todos los naturalistas; trabajo con Vauquelin en su laboratorio; he leído algunas memorias en el Instituto Nacional; estoy profundamente reconocido por la acogida que se me ha dispensado.»

Y agrega que sus planes son los mismos de siempre: publicar dos obras antes de salir de Europa—una sobre la lámpara antimefítica que arde en el ázoe puro, y la otra sobre el análisis de la atmósfera. Pero el tema principal era el del viaje. «Estoy muriéndome de impaciencia por tener noticias del Mediterráneo. Quiero partir para Egipto en septiembre, después de haber visitado a Delambre en Perpignan... Talleyrand, ministro del Interior, me ofreció darme toda clase de facilidades para el Oriente cuando fui presentado al Directorio.»

También visita a Bougainville, septuagenario, que piensa todavía en un segundo viaje, para llevar a su hijo, de quince años, e iniciarlo en la carrera gloriosa de las aventuras geográficas. Ese hijo de Bougainville había de hacer entre 1824 y 1829 el viaje de circunvalación, con la *Tetis* y la *Esparanza*.

El gobierno del Directorio había resuelto que el capitán Baudin se pusiera al frente de una expedición científica para dar la vuelta al mundo en seis años. El Museo de Historia Natural hizo empeños para que Humboldt fuese como agregado de la expedición, y sus gestiones die-

ron buen resultado. Humboldt no quería viajar con marinos, y menos aún con Baudin; pero su ansia era tal, que estaba resuelto a embarcarse de cualquier modo, y además contaba con los recursos necesarios que le permitieran desprenderse de un compañero poco agradable y seguir por sí mismo.

Durante dos meses Humboldt visitó con frecuencia a Baudin para enterarse de los preparativos de la empresa. Pero el Directorio se vió precisado a suspender su ejecución, por las circunstancias políticas y por la falta de recursos que ellas determinaron. Aquello fué como un rayo. Humboldt estaba loco de desesperación. Son literalmente sus expresiones.

A falta del viaje a los países remotos pensaba siempre en «aquel paseo por Egipto», escala para las Indias Orientales. Entre los que estaban designados para acompañar á Baudin había un joven, M. Aimé Bonpland, con quien Humboldt se ligó estrechamente. Disuelta la expedición de Baudin, Humboldt, invitó á Bonpland para que lo acompañara. Bonpland aceptó, y fué el compañero inseparable de Humboldt durante cinco años.

LA CORDILLERA DEL ATLAS

Humboldt acababa de conocer al cónsul de Suecia, Skioldebrand, que con una misión de su Gobierno para el de Argel pasó por París, y llevaba el propósito de embarcarse en Marsella. Humboldt «buscaba como al azar los medios de salir de Europa lo más pronto que fuera posible, a fin de consolarse de la pena que sentía». ¡Oh romanticismo!

El tráfico estaba interrumpido entre Alejandria y los puertos franceses. La amistad del cónsul sueco permitiría a Humboldt hacer una exploración formal en la cordillera del Atlas, y subir a la región de las nieves perpetuas, no visitada aún por los mineralogistas. De allí partiría para Egipto, y se incorporaría a la expedición científica francesa en el Instituto del Cairo. Completó a toda prisa la colección de aparatos necesarios para sus observaciones, adquirió libros sobre los países que iba a visitar, se

despidió de su hermano y emprendió la marcha. Pero, listo ya para embarcarse en Marsella, esperó inútilmente la llegada de la fragata sueca a bordo de la cual debía hacerse a la vela. La fragata no llegaba. Humboldt y Bonpland subían frecuentemente a la montaña de Notre-Dame de la Garde para ver si aparecía en el Mediterráneo la vela esperada. Un día supieron que, maltrecha por una tempestad, se había refugiado en las costas portuguesas, y que tardaría mucho tiempo, todo el invierno, en llegar á Marsella. En realidad, la fragata sueca se había perdido.

Durante una excursión que hizo a Cannes, vió en Tolón anclada la *Boudeuse*, aquella célebre fragata que había mandado Bougainville. La vista del navío, veterano de las grandes travesías, llenó de tristeza el alma de Humboldt, que acababa de saludar en París al viejo explorador, entretenido en fantásticos proyectos. Esto encendió más en su corazón el deseo de ver aquella mar del Sur poblada de islas luminosas.

Persistiendo en el propósito de ver las tierras del norte de África, Humboldt quiso embarcarse a bordo de un navichuelo de Ragusa que podía conducirlo directamente a Túnez. Estaba ya todo arreglado y él iba a embarcarse con Bonpland, cuando un incidente vulgar aplazó durante algunas horas la partida. Entretanto se supo que todo individuo procedente de puertos

franceses era reducido a prisión por el gobierno tunecino.

Después de escapar a este peligro, cambiaron todos sus planes, y en vez de un viaje por el Mediterráneo iba a hacer la gran travesía del Atlántico.

EL INVIERNO EN ESPAÑA

LA PRIMAVERA EN ESMIRNA

Si África empieza en los Pirineos y él quería ir a África, el camino estaba indicado. Egipto, Trípoli, Túnez, Argel y Marruecos se le habían cerrado por falta de comunicaciones marítimas. «No tenía otra cosa que hacer sino dejar el viaje a Oriente para el otoño, pasar el invierno en España y hacer una excursión a Esmirna en la primavera.»

Ese invierno fué decisivo, no sólo en la vida de Humboldt, sino en los anales de la Ciencia y en los de la América española.

«Hice a pie—cuenta el viajero—la mayor parte del camino por la costa del Mediterráneo. Pasé por Cette, Montpellier, Narbona y Perpignan; atravesé los Pirineos y Cataluña; estuve en Valencia y en Murcia; de allí vine a Madrid, cruzando la llanura de la Mancha.»

Escribe páginas líricas en Aranjuez. ¿No ha

encontrado todavía su estilo personal esa rara combinación de entusiasmo contenido y de objetividad vibrante, o está bajo el imperio de los recuerdos de Forster? Ello es que en Valencia creía ver por la primera vez en su vida árboles y follajes ante aquellas palmeras, aquellos granados y aquellas malvas. No; nada quería decir de Tarragona ni del templo de Diana en la vieja Sagunto, ni de la torre de Hércules, desde la cual divisaba los campanarios de Valencia, que se levantaban entre datileros. No; no hablaba del mar ni del cabo... Hablaba sólo de la compasión que sentía por aquellos infelices europeos del norte. «¡Pobres de vosotros,—le decía a Wilkenow, su iniciador en el conocimiento de las floras exóticas—, pobres de vosotros, que apenas podéis calentaros mientras a mediados de enero me siento bajo los naranjos en flor, con la frente empapada en sudor, ó recorro campos que, regados por millares de canales, dan cinco cosechas (de arroz, de centeno, de cáñamo, de guisantes y de algodón)! ¡Qué fácilmente se olvida el estado de los caminos y de las posadas, en donde a veces no hay ni pan, en presencia de esta abundancia de plantas y de estas formas humanas, de una belleza indescriptible!» El barón tenía treinta años no cumplidos...

Pero a pesar de su juventud, el entusiasmo se hace a un lado para que tome su puesto de honor el espíritu de observación y de análisis.

«Casi en todas partes la playa está bien cultivada. En Cataluña hay una industria igual a la de Holanda... Entre Castellón de la Plana y Valencia la agricultura y la jardinería no tienen nada que les supere en Europa.»

Un antiguo amigo, el barón de Forell, suizo de nacimiento, mineralogista por afición y diplomático al servicio del reino de Sajonia en la corte de España, lo presentó á D. Mariano Luis de Urquijo, ministro de Carlos IV. El ministro le aseguró que no habría dificultades para que visitara el interior de los reinos americanos, adonde él pensaba haber ido en compañía del capitán Baudin.

Ahora bien: como Humboldt no quería esos viajes puramente marítimos, que no hacen sino desflorar los continentes, las palabras de Urquijo le presentaban una perspectiva tentadora. Ver el centro de esas profundas masas continentales, en que el escalonamiento de las tierras equivale a cambios de latitud, y en que las enormes cuencas fluviales, con afluentes y subafluentes, que se cuentan por centenas, permiten al viajero acumular una cantidad prodigiosa de observaciones de todo orden, especialmente sobre la geognosia y sobre las relaciones que ligan las formas vivas de la creación con el medio físico; tales eran las ambiciones de Humboldt como explorador, y el ministro Urquijo le proporcionaba la ocasión de satisfacerlas.

ORDENA SU MAJESTAD...

Presentado a la corte en Aranjuez, á principios de 1779, el rey, que aunque era un mal rey no dejaba por eso de ser un buen hombre, recibió a Humboldt afectuosamente. La reina, mala reina y mala mujer, pero a quien Humboldt no se acercó para juzgarla, lo recibió todavía más afectuosamente que el rey.

Como resultado de las gestiones de Humboldt, o más bien dicho, de la benevolencia de Urquijo y de la intervención de Forell, se le expidió al viajero una autorización que decía de este modo:

Ordena Su Majestad a los capitanes generales, comandantes, gobernadores, corregidores y demás justicias, no impidan por ningún motivo la conducción de los instrumentos de Física, Química, Astronomía y Matemáticas, ni el hacer en todas las posesiones ultramarinas las observaciones y experimentos que (el Sr. de Humboldt) juzgue útiles, como tampoco el coleccionar libremente plantas, ani-

males, semillas y minerales; medir la altura de los montes; examinar la naturaleza de éstos y hacer observaciones astronómicas y descubrimientos útiles para el progreso de las ciencias; pues, por el contrario, quiere el Rey que todas las personas a quienes corresponda den al barón de Humboldt todo el favor, auxilio y protección que necesite.

De Aranjuez, a 7 de mayo de 1779.

Con esta recomendación todas las puertas de la América española se abrieron al barón de Humboldt. «Durante los cinco años que hemos recorrido el Nuevo Continente (habla de él y de Bonpland) no encontramos ni la menor señal de desconfianza. Es para mí muy grato recordar aquí que en medio de las privaciones más penosas y luchando contra los obstáculos que nacen del estado salvaje de aquellos países, jamás hemos tenido una sola queja por la injusticia de los hombres.»

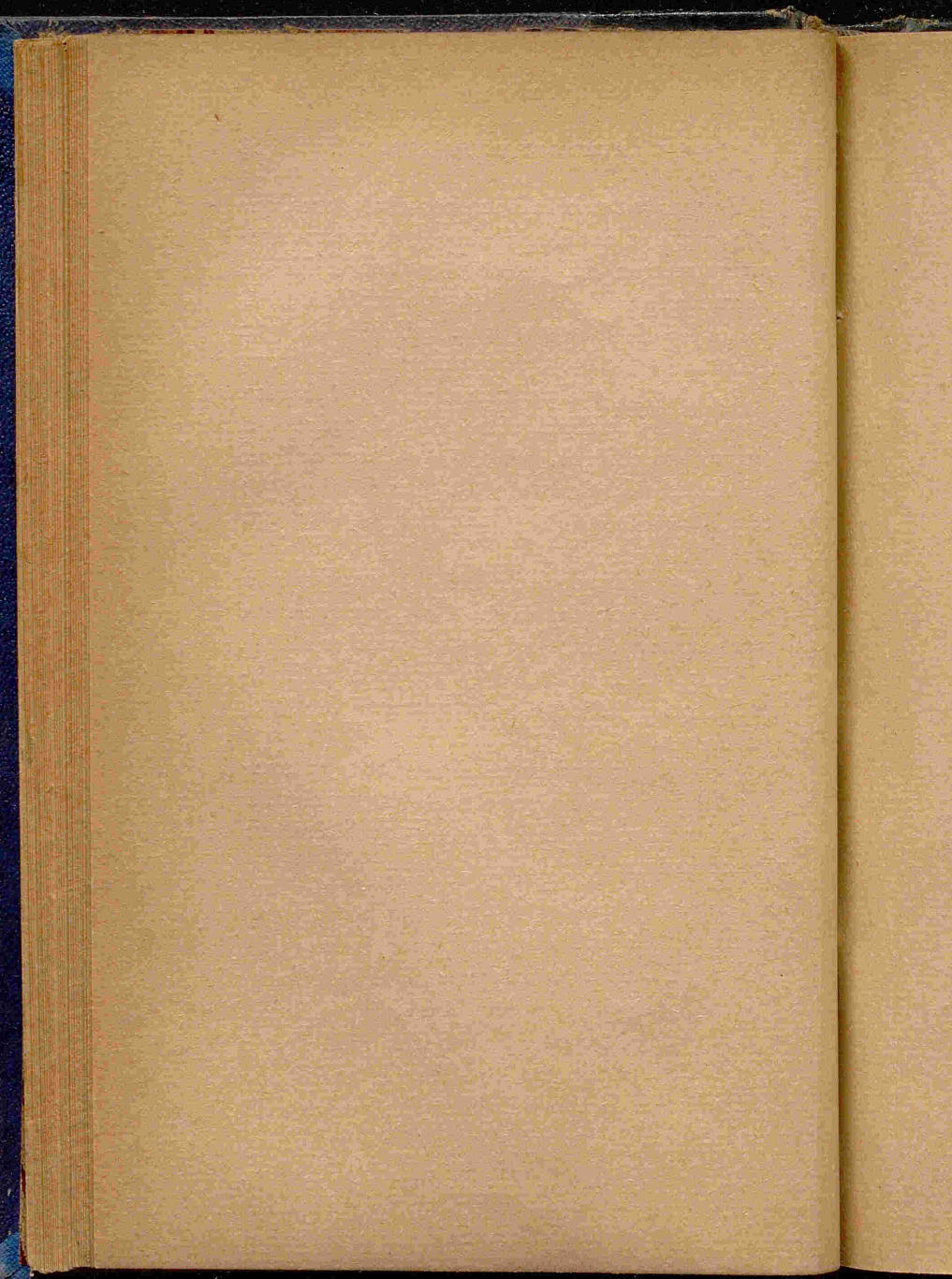
Europeos que nos habéis injuriado, y que después de haber comido abundantemente el pan con que os regalamos, volvisteis la espalda para no recordar sino nuestros defectos, o para inventar en nuestro daño cuanto os plugo, leed estas líneas del barón de Humboldt; leedlas, y en presencia de su juicio ecuánime, pensad que mientras vuestras obras efímeras han perecido, las de él perdurarán.

Y vosotros también, europeos adúladores, que por granjería nos elogiáis, recoged vuestra literatura mercenaria, que no necesitamos. Habéis defraudado a vuestros editores, o habéis sustraído fondos de nuestras arcas públicas a algún gobernante pícaro. Que os aproveche el lucro, si lo hubisteis, y si no, bien merecido el fracaso. Pero pensad también, como los calumniadores, que vuestros libros, carentes de sinceridad, no nos interesan, aunque estén bien escritos, que casi nunca lo están, y que nos asquean por venales.

Para escribir sobre un pueblo, aunque sea la última de las hordas de una selva, hay que saber mucho y hay que tener un alto carácter moral.

El Atlántico no da paso a un barón de Humboldt con cada buque de aventureros literarios que lo cruzan.

Por eso glorificamos constantemente al hombre de alma patricia que supo hermanar el culto a la ciencia y los dulces vínculos que engendra la hospitalidad.



LA OBRA

R

es
in

pa
de
co
la
vi
el
ot
ge
to
E
m
tr
ol
pa
vi
na

RELACIÓN SINTÉTICA DEL GRAN VIAJE

Antes de ver a Humboldt en cada uno de los escenarios del Nuevo Mundo que buscó su genio inquieto, señalaré la ruta del explorador.

La historia externa del viaje cabría en una página; los resultados obtenidos no pueden condensarse fácilmente. El mismo viajero así lo comprendió al declarar que la parte mínima de la expedición se componía de lo que es todo un viaje para la generalidad de los hombres, y que el conjunto de las aventuras personales no tiene otro valor que aquel de que sepa revestirlas el genio literario del narrador. Nulas en sí mismas, toman relieve en un temperamento artístico. Escritor de gran estilo, Humboldt no gastó nunca sus fuerzas en la evocación de incidentes triviales, aun cuando hubiera podido hacer una obra maestra de poesía y humorismo. Se esforzó para conseguir que la *Relación histórica del viaje* tuviera un carácter enteramente impersonal, y si, a pesar de eso, no hay nada más per-

sonal, en el único sentido que puede tener la palabra tratándose de un hombre superior, fue porque su temperamento de artista se rebelaba contra la austeridad científica del propósito fundamental. La *Relación histórica* quedó incompleta, como para dar a entender, o, más bien dicho, para confirmar que el autor le atribuyó siempre un valor secundario, y que lo más importante de sus esfuerzos se reservaba para los libros en que aparecen bajo un plan sistemático los resultados del viaje en cada orden separado de investigación.

Dedicaré un capítulo especial para dar a conocer los resultados de que hablo, sobre los que no es posible extenderse de un modo suficiente sin que el lector tenga antes a la vista el conjunto de la expedición. Embarcado en la fragata española *Pizarro*, salió de La Coruña el 5 de Junio de 1799. «La cabeza me da vueltas de alegría»—escribe, la víspera, á Freisleben. Y el día 20 del mismo mes llegaba «con un placer infinito» al pie del Pico de Tenerife. ¡Tierra africana! Tierra de cocoteros. Visitó el Pico—sólo para eso se detuvo el barco—, y penetró hasta el fondo del cráter. Vió un drago de cuarenta y cinco pies de circunferencia, que ya tenía ese volumen cuatrocientos años antes. El 25, casi llorando, dejó aquellos campos, aquellos bosques seculares de laureles, aquellos viñedos, aquellas rosas... ¡Quién pudiera vivir

allí! Era siempre su expresión de supremo entusiasmo: en el lago de Ginebra, en las costas venezolanas y en los valles del Anáhuac.

El 16 de Julio participaba a su hermano la llegada a Cumaná, un «país divino y el más rico de la tierra». ¿Cuánto tiempo permanecería en Cumaná? Tres meses en Cumaná y en Caracas. Tal vez más. «Hay que gozar de lo que se tiene.»

Según su plan primitivo debía ir directamente a la Habana y de allí a Méjico; «pero no pudo resistir al deseo de ver las maravillas del Orinoco y de la Alta Cordillera que desde la planicie de Quito se extiende hasta las riberas de Guarapiche y de Arco».

Locos, locos de alegría, él y Bonpland, durante los tres primeros días en Cumaná, no pudieron trabajar. «Bonpland asegura que perderá la cabeza si no cesan las maravillas. Pero superior a estas maravillas, tomadas independientemente, es la impresión que produce el conjunto de esta naturaleza vegetal poderosa, exuberante, y, sin embargo, tan dulce, tan fácil, tan serena.»

De Cumaná fué a Caracas, «gran capital, capital encantadora, que a causa de la proximidad de las montañas nevadas, es lo más fresco y lo más sano de América, con un clima como el de Méjico.» Después de subir a la *Silla*, sus planes toman proporciones cada vez más gigantescas. ¿Qué tiene ese país para retenerlo tanto tiempo?

El 16 de Octubre de 1800 escribe aún de Cu-

maná para decir a sus amigos de Europa: «Desde hace diez y seis meses recorremos el vasto territorio comprendido entre la costa, el Orinoco,—este mundo desconocido del Orinoco—, el río Negro y el Amazonas... Viendo la posibilidad que había de penetrar al interior, he emprendido dos viajes, uno a las misiones de los indios Chaymas del Paria, y otro a este vasto país, situado al Norte del Amazonas, entre el Popayán y las montañas de la Guayana francesa. Hemos pasado dos veces las grandes cataratas del Orinoco, las de los Atures y Maipure. Desde la boca del Guaviare y las riberas del Atabapo, Temi y Tuamini, llevaron por tierra mi piragua hasta el río Negro. Seguimos a pie por aquellos bosques de *Hevea*, de *Cinchona* y de *Winterana-Canella*. Bajé por el río Negro hasta San Carlos. Subí por el Casiquiare, que habitan los idapaminos, tribus que no se alimentan sino de hormigas ahumadas. Penetré en las fuentes del Orinoco, más allá del volcán de Duida, y avancé hasta dondello permitió la ferocidad de los indios guayacas y guaharibos, y bajé todo el Orinoco en la fuerza de su corriente hasta la capital de la Guayana, o sea quinientas leguas en veintiséis días, descontando los de descanso.»

Su salud resistió a las fatigas de aquel viaje de 1.300 leguas, y podía decir que «había satisfecho el más caro y el más ardiente de sus deseos». Esto ya por sí solo constituye una proeza.

¿Cuántos viajeros, con la cuarta parte de lo que vio y recorrió Humboldt en Venezuela, y con menos provecho para la cultura humana, no han formado el monumento de su gloria? Pero Humboldt no había hecho sino comenzar su aventura temeraria y magnífica. Embarcóse para Cuba, por la ruta de Santo Domingo y Jamaica. Después de permanecer tres meses en aquella isla, se disponía a embarcarse en la Habana, con el propósito de pasar de Veracruz a Acapulco y dirigirse a las islas Filipinas. Su proyecto era terminar el viaje en Constantinopla, pasando por Bombay, Basora y Alepo.

Pero las gacetas norteamericanas, falaces desde entonces, anunciaron que el capitán Baudin partiría para Buenos Aires, y que después de doblar el cabo austral de América, haría escala en las costas de Chile y del Perú. Ahora bien: cuando Humboldt estuvo en París, los planes de Baudin comprendían una estancia de diez a doce meses en el Paraguay y en la Patagonia, otro término igual destinado a visitar el Perú y Chile, y Méjico hasta la California. El tercer año se emplearía en recorrer el mar del Sur, el cuarto se dedicaría a Madagascar y el quinto a Guinea. ¿Habían cambiado los proyectos de Baudin? Humboldt no lo sabía. En todo caso, se consideraba obligado moralmente a incorporarse en la expedición, pues había ofrecido hacerlo, hallárese donde se hallare, y para cum-

plir su palabra, fletó una goleta en Batabanó, con el propósito de pasar a Cartagena de Indias, y atravesando después el istmo de Panamá, unirse a Baudin en Guayaquil o en el Callao.

Llevado por las corrientes hasta las bocas del Atrato, el barquichuelo de Humboldt no pudo llegar a Cartagena sino después de muchas peripecias y de correr no pocos peligros. El desembarco se efectuó en la primavera de 1801. Aconsejósele que no hiciera la travesía por el mar de Panamá a Guayaquil, y él, no por esto, sino porque estaba siempre dispuesto a preferir la vía de mayor resistencia, que era también la de mayor encanto, modificó sus planes.

¿El azar lo conducía? Sí; el azar, como a todos; pero en su caso el azar llevaba siempre el sello personalísimo de su alma y noble vocación. Resolvió, pues, visitar al célebre Mutis, y estudiar las fabulosas riquezas botánicas que atesoraba aquel sabio eminente. Recorrería los bosques de Turbaco, remontaría por el río Magdalena, conocería la catarata del Tequendama y el puente de Icononzo... En su imaginación inflamable surgían también, con el hechizo de lo exótico, que era la suprema pasión de su alma, el nevado de Tolimá. ¿Qué le importaban el fango y las lluvias? ¿Qué le habían importado en el Orinoco los peligros del río y los insectos del bosque? Las botas, podridas por la humedad, se le caían a pedazos; pero él, indiferente a estas miserias, ad-

miraba el país del platino y estudiaba el *grüns-tein* de su maestro Werner.

Además, todo tiene compensaciones, y después de las fatigosas jornadas del Cauca, disfrutaba de las dulzuras de un clima delicioso al pie de los volcanes de Puracé y Sorata. Cuatro meses de viaje a lomo de mula. Para Humboldt esos cuatro meses fueron cuatro meses de paraíso. Siempre exaltado y siempre lírico, llegó a Quito, «célebre en los fastos de la Astronomía por los trabajos de La Condamine, de Bouguer, de Godin, de Jorge Juan y de Ulloa». Reconoció el Pichincha, el Antisana, el Cotopaxi, el Tunguragua y el Chimborazo.

Estando en Quito supo que Baudin había partido para la Nueva Holanda por el Cabo de Buena Esperanza. Y se alegró de las falsas noticias que lo habían descaminado, dándole la oportunidad de visitar aquellos países, algunos de los cuales eran totalmente ignorados de los naturalistas. Siguió, pues, sus propios impulsos, y desde aquel momento lo que hizo lo hizo sin subordinarlo a planes ajenos. De Quito se dirigió a Lima, pasando por el Amazonas. Quería observar en la capital del virreinato el paso de Mercurio por el disco del Sol.

Abandonaba la zona de los volcanes y entraba en la de las ruinas de una civilización indígena, rival de la azteca. La región que cruzó—por Latacunga, Ambato y Riobamba—acababa

de ser agitada por el gran terremoto de 1797. Vio la cima nevada del Azuay, en Cuenca, donde lo agasajaron con una corrida de toros. Cruzó el páramo de Saraguro. En los bosques de los Malacates examinó el cincona, árbol que produce la quinina. Viajó por la gran calzada del inca. Determinó la situación geográfica de la confluencia del río Chamaya con el Amazonas. Y después de haber reconocido el alto Marañón, pasó por quinta vez la cordillera de los Andes. Visitó en Cajamarca el tambo del inca, donde Atahualpa acumuló en vano el oro del Perú para su rescate.

Bajó por fin la pendiente occidental de los Andes, vio el Océano Pacífico y examinó las pirámides indígenas de los alrededores de Trujillo. Aquella lengua costera, en que son desconocidos el trueno y la lluvia—«país dichoso, bueno para vivir y morir en él» como dice un viejo cronista,—le inspiraba expresiones hiperbólicas de admiración. «Aquí todo, hasta el poder más absoluto, y el más peligroso para el hombre—la teocracia, decía—parece imitar a las fuerzas benéficas de la Naturaleza.»

En el trayecto de Trujillo a Lima contempló los antiguos canales de riego del inca, reducidos a ruina por los blancos, lo que podía permitir que se viese la civilización europea como derogación destructora de una antigua cultura en un país clásico desolado por los bárbaros.

La capital del Perú le llenó, sin embargo, de admiración. Ya había visto a D. Carlos del Pozo en Venezuela, creando por sí mismo todos los aparatos de observación en un laboratorio improvisado. En Bogotá se había encantado con las maravillas reunidas por Mutis. Y en el Perú, «a una distancia inmensa de Europa, se le mostraban las últimas novedades en Química, en Matemáticas y en Fisiología». ¿Eran aquellos, se preguntaba, protestando contra una injusticia, los criollos indolentes de que hablan los europeos?

A principios de 1803 se embarcó en la corbeta real *Pastora* para Guayaquil, y desde la bahía, contemplando los esplendores de la vegetación tropical, oyó los rugidos imponentes del Coto-paxi.

En treinta días de navegación llegó a Acapulco, «célebre por la belleza de su rada, que parece abierta en las rocas graníticas a causa de la violencia de los terremotos; célebre por la miseria de sus habitantes, que presencian el embarque de millones de pesos para las Filipinas y el imperio chino, y tristemente célebre también por su clima, tan ardiente como mortífero».

No pensaba detenerse mucho en Méjico. Los instrumentos comenzaban a deteriorarse, y el viajero mismo veía con tristeza que los adelantos científicos, en su precipitación, podrían exponerlo a ser un anacronismo intelectual cuando presentara en Europa los resultados de su viaje;

«pero—siempre había peros que lo retenían—el atractivo de un país tan hermoso y variado como el reino de la Nueva España, la gran hospitalidad de sus habitantes y el temor a exponerse al vómito negro en Veracruz», lo retuvieron durante un tiempo relativamente largo en el virreinato. El barón de Humboldt calla una causa de encanto; tenía treinta y tres años y una bella mejicana... Pero respetemos la discreción caballerisca del viajero.

Había subido por los valles de Mezcala y del Papagallo a las alturas de Chilpancingo, Chilotepec y Tasco, centro de las más valiosas y antiguas minas del reino. Por el hermosísimo valle de Cuernavaca llegó al de Méjico, y entró en la ciudad que él comparaba, sin duda por amor y no por justicia, «a las más bellas de Europa», y cuyos establecimientos científicos «podían rivalizar con muchos del antiguo continente».

D. Andrés del Río, discípulo del gran Werner, y «uno de los mineralogistas más sabios de su tiempo», había estado con él y con Buch en las aulas de Freiberg. Sus condiscípulos guardaban grata memoria del estudiante mejicano. La víspera de su partida de La Coruña escribía Humboldt a Freisleben: «Veré en Méjico a un minero sajón, Del Río; hablaremos de Freiberg.» Ahora bien: después de hablar de Freiberg, Humboldt y Del Río hablaron de la extraña naturaleza geológica del suelo mejicano; de sus

basaltos, de sus amigdaloides y de sus formaciones calcáreas y secundarias, que Del Río había estudiado con profundidad y que interesaron extraordinariamente al viajero. Visitó las minas de Real del Monte y estuvo en Querétaro, de paso para otro de los centros de producción más importantes de América: Guanajuato, en donde vio la veta de mayor potencia en todo el mundo, perteneciente al conde de la Valenciana.

Por Valladolid bajó a Pátzcuaro, cuyo lago misterioso, centro de un ciclo de leyendas precortesianas, cautivó su fantasía de romántico, a la vez que el espectáculo de la Naturaleza le traía, no sin la melancolía de los recuerdos, la imagen deliciosa del lago de Valencia en los valles de Aragua, y el primer lago de sus ensueños, el de Ginebra, que veía reproducido en los lagos americanos, «si bien embellecidos estos últimos por una majestuosa vegetación».

Pero el geólogo predominaba sobre el contemplativo. Dirigióse, pues, al Jorullo, volcán que, en 1759, y en una sola noche, había brotado de la tierra a trescientos metros de altura, rodeado de millares de solfataras. Nadie pudo impedirle que descendiese hasta el fondo del cráter.

Volvió a Méjico por Toluca, en donde vio el celeberrimo *árbol de las manitas* (*Cheiranthostemon*), caracterizado por no existir sino un solo ejemplar de su especie.

No podía dejar de ascender al volcán del Po-

pocatépetl, ni olvidar la pirámide de Cholula, ni prescindir de escalar el Cofre de Perote, ni pasar de largo sin sentarse a la sombra de los liquidámbares en los bosques de Jalapa, la tierra de los poetas y de las mujeres hermosas, en donde se oye todavía el dulce son de la zampoña clásica.

Permaneció dos meses en la Habana, recogiendo los herbarios que tenía depositados allí desde 1800, para ponerlos a cubierto de «la piratería británica», terror de todos los mares. Era la segunda vez que estaba en la hermosísima capital de Cuba, y su puerto fue la última visión que llevó en el alma de las tierras tropicales.

Después de navegar treinta y dos días y de sufrir una tempestad que duró siete, desembarcó en Filadelfia. Su permanencia en los Estados Unidos fue grata, pero corta. El presidente Jefferson, dado a las letras, lo recibió con grandes honores.

En Agosto de 1804 llegó a Burdeos, acompañado de Bonpland y de Montúfar, llevando treinta y cinco cajas de colecciones de todo lo más notable que había podido recoger, y con seis mil especies de plantas reconocidas en el Nuevo Mundo.

El día 1.º, a bordo todavía, escribió a Freisleben, el mismo Freisleben de quien se despedía por carta escrita en La Coruña el 4 de junio de 1797: «Estoy felizmente de regreso en Europa,

después de una ausencia de cinco años. Hace dos horas entramos en el Garona. La travesía desde Filadelfia ha sido extraordinariamente feliz. Salí de Méjico en febrero, y de la Habana fui a la América del Norte, en donde el presidente del Congreso (quiso decir de la Federación), Jefferson, me colmó de testimonios de honor. Mi expedición, de 9.000 millas, en los dos hemisferios, ha sido de una dicha acaso sin igual. No he estado nunca enfermo, y me siento mejor, más fuerte, más laborioso, y aun más alegre que nunca.»

Tan alegre, que la palabra felicidad se repite varias veces en la carta, y que olvida las enfermedades que tuvo y los achaques de que iba á adolecer como seña de su paso por los trópicos. Todo ello, ¿qué importaba para aquel optimista y activo? Unas señales de viruela en la cara, la parálisis de un brazo... ¡Nada! Gajes del oficio. Pero, en cambio, ¿qué cosecha para la Humanidad!

PROYECTOS LITERARIOS

En la hermosa carta del 1.º de agosto, escrita a bordo de la *Favorita*, de la que acaba de hacerse mención, dice además Humboldt: «Vuelvo cargado de tesoros botánicos, astronómicos y geológicos. Necesitaré algunos años para publicar mi grande obra... Con pena he abandonado aquel mundo indiano, tan espléndido... Al terminar la cuarentena me dirigiré a París, para comenzar mi trabajo, sobre todo los cálculos astronómicos.»

El 24 de enero de 1805, en respuesta a una carta del editor Cotta, de Tubinga, dice: «Estaré en Berlín a fines del próximo estío, y me dedicaré entonces a trabajar en la publicación de ocho o nueve obras diferentes, semejantes, sin embargo, por lo que respecta a forma y planchas.»

El 3 de febrero de este mismo año, dirigiéndose a M. Pictet, le dice: «Mi respetable amigo: Me apresuro a comunicarle a usted la lista de

los trabajos que hemos traído, y que están ya bastante adelantados, para que aun en el caso de mi muerte, puedan publicarse, más o menos imperfectamente. Para comodidad del público, y, sobre todo, para facilitar la redacción, pienso que sean once obras diferentes.» Y da lo que él llama, con su gracia familiar y humorística, «la *carte de restaurateur*, para excitar el apetito de los libreros ingleses», pues se trataba de una traducción que haría M. Pictet.

Hablando de la *Relación histórica del viaje* se expresa en estos términos, que revelan lo exigente que era la preocupación artística en el espíritu delicado de Humboldt: «Quiero que el viaje sea escrito de tal modo, que interese a las personas de gusto. No contendrá sino los resultados de los cálculos, todo lo relativo a la parte física del país, a las costumbres, al comercio, a la cultura intelectual, a las antigüedades y a la hacienda pública, y también las pequeñas aventuras de los viajeros.»

¿En cuánto tiempo publicaría las once obras de que habla?

»Con la actividad que usted me conoce, creo que en dos años, o, a lo sumo, en dos años y medio, estará desembarcado todo el cargamento.»

Y agregaba que era necesario salir de aquello para estar dispuesto a iniciar otras empresas.

Ilusiones. América lo retuvo cautivo veintisiete años, y todavía en el ocaso espléndido de

la vida, su obra magistral, el *Cosmos*, contaría entre sus pasajes más brillantes los dedicados a la naturaleza americana, en su cielo, en sus montañas y en sus selvas.

Humboldt tenía siempre las prensas de Europa en actividad, ocupadas en difundir por todo el mundo sus recuerdos y sus estudios de la vida americana. Ya para el 10 de junio de 1805 había leído nueve Memorias en el Instituto de Francia, y estaba publicando el primer tomo de las *Plantas equinocciales*. Se hallaba en Roma, y esperaba con ansia que le llegaran de París algunos ejemplares de su *Cuadro físico de las regiones ecuatoriales*, para enviarlos a América.

Abreviaré. El 19 de noviembre de 1814 Humboldt escribía a M. Aimé Martín, colaborador entonces del *Journal des Débats*: «Se han publicado las tres cuartas partes de las obras que anuncié a mi regreso.»

4 X X Estas obras son: Primera, la *Geografía de las plantas*; segunda, el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*; tercera, *Colección de observaciones astronómicas y nivelación de las cordilleras*; cuarta, *Observaciones de Zoología y de Anatomía comparativa*; quinta, *Plantas equinocciales*; sexta, *Monografía de los melástomos*, y séptima, *Monumentos de los pueblos indígenas de América*.

Sólo faltaban ya tres tomos del *Itinerario* y el fin de la *Zoología* y de los *Melástomos*.

EL MONUMENTO BIBLIOGRÁFICO

Pero cuando ya la obra parecía llegar a su término, tomaba nuevos ensanches y nacían otros planes. De este modo, el viaje a América tuvo constantemente ocupado a Humboldt y a sus numerosísimos colaboradores durante todo el primer tercio del siglo XIX.

Ya terminado, el *Viaje á las regiones equinociales del Nuevo Continente, hecho entre 1799 y 1804, por Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland* (París, 1807 y siguientes), consistía en treinta volúmenes, en folio y en cuarto, y comprendía un número considerable de obras. Enumeraremos las principales:

Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América (dos volúmenes, folio, 1810).

Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente (1814-1834).

Atlas geográfico y físico del reino de la Nueva España (1811).

✓ *Ensayo sobre la geografía de las plantas* (1805).

Ensayo político sobre el reino de la Nueva España (1811).

Espectáculos de la Naturaleza (1808).

Relación histórica de un viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo (1814-1825).

Ensayo político sobre la isla de Cuba (incluido en el libro anterior).

✓ *Nova genera et species plantarum* (siete volúmenes, folio, 1815-1825).

Colección de observaciones astronómicas, de operaciones trigonométricas y de medidas barométricas, etc. (1808-1810).

Colección de observaciones de Zoología y de Anatomía comparativa (1805-1833).

Ensayo sobre la Pasigrafía geológica (1807).

✓ *Plantas equinociales* (dos volúmenes, en folio, 1809-1818).

Monografía de los melástomos y de otros géneros del mismo orden (1806-1823, dos volúmenes, en folio).

Mimosas y otras plantas leguminosas (1819-1824, dos volúmenes, en folio).

✓ *Synopsis plantarum* (1822-1826, cuatro volúmenes, en folio).

Ensayo geognóstico sobre el yacimiento de las rocas en los dos hemisferios (1823).

Observaciones sobre algunos fenómenos poco comunes que ofrece el Bocio bajo los trópicos (1824).

Evaluación numérica de la población del Nuevo Continente (1825).

Volcanes de las Cordilleras de Quito y de Méjico (1855).

Revisión de las gramíneas (1829-1834, dos volúmenes, en folio).

Además de estas obras, Humboldt publicó las siguientes, que por su pequeño número y por su poca extensión relativa en un autor tan fecundo, revelan el hecho indiscutible de que Humboldt consagró lo mejor de su vida, de su genio y de su actividad al estudio del continente americano. Las obras de que hablo son:

Fragmentos de geología y de climatología asiáticas (1831, dos volúmenes, en 8.º).

Asia Central (1843, tres volúmenes, en 8.º).

Después, y como coronamiento, vino la que, sin disputa, puede considerarse como su obra capital, síntesis de todas las meditaciones del barón de Humboldt:

Cosmos.

Tomos I y II (1845-1847).

Idem III y IV (1850-1858).

Idem V, fragmento (1862).

Ahora bien: si sólo hubiera sido autor del *Cosmos*, Humboldt no dejaría de ser por eso el autor de las páginas más bellas que se hayan escrito jamás sobre la naturaleza y la historia de la geografía de América.

LA OBRA CIENTÍFICA DEL VIAJERO

Aun cuando este libro no tiene por objeto discutir los resultados científicos de la expedición, es imposible que prescindamos de ellos en absoluto, y ya que se ha dado la lista de los libros de Humboldt, conviene que el lector vea por lo menos en conjunto la significación de estos trabajos.

«Sin perder de vista el objeto principal de mi viaje, usted comprenderá fácilmente, mi digno amigo—escribe Humboldt á Fourcroy, miembro del Instituto de Francia, con fecha 16 de octubre de 1800,—que con buena voluntad y un poco de actividad, dos hombres que recorren un continente desconocido, pueden hacerse cargo de muchas cosas y llevar a término muchas observaciones menudas.»

El objeto principal del viaje fue determinado en la misma carta, líneas arriba, en estos términos: «Conoce usted demasiado la naturaleza de mi viaje, y las dificultades y los gastos de

transporte hasta el centro de un vasto continente, para saber que me propongo más bien acumular ideas que objetos. Una sociedad de naturalistas enviados por un gobierno y acompañados de pintores, disecadores, coleccionadores, etcétera, puede y debe comprender en su programa todos los detalles de la Historia Natural descriptiva. Pero un particular, que poseyendo una fortuna mediocre, emprende el viaje alrededor del mundo, debe limitarse a los objetos de gran interés. Estudiar la formación del globo y de las capas que lo componen, analizar la atmósfera, medir con los instrumentos más delicados su elasticidad, su temperatura, su humedad, su tensión eléctrica y magnética, observar la influencia del clima sobre la economía animal y vegetal, y buscar puntos generales de contacto entre la química y la fisiología de los seres organizados, he ahí el trabajo que me he propuesto.»

La síntesis que el mismo autor da de sus libros en la introducción del *Viaje a las regiones equinocciales*, nos presenta el desarrollo de su programa.

I. *Colección de observaciones astronómicas*, etcétera.—Esta obra, dice Humboldt, a la que se han unido investigaciones históricas sobre la posición de muchos puntos de importancia para la navegación, encierra: 1.º, observaciones originales que he hecho desde el 12º de latitud aus-

tral, hasta el 41° de latitud boreal, tales como pasos del Sol y de las estrellas por el Meridiano, distancia de la Luna al Sol y a las estrellas, ocultaciones de satélites, eclipses de Sol y de Luna, pasos de Mercurio por el disco del Sol, acimutes, alturas circummeridianas de la Luna para determinar la longitud por medio de las diferencias de declinaciones, investigaciones sobre la intensidad relativa de la luz de las estrellas australes, medidas geodésicas, etc.; 2.°, una memoria sobre las refacciones astronómicas bajo la zona tórrida, consideradas como efecto del decrecimiento del calórico en las capas superpuestas del aire; 3.°, la nivelación barométrica de la Cordillera de los Andes, de Méjico, de la provincia de Venezuela, del reino de Quito y del de Nueva Granada, seguido de observaciones geológicas y con indicaciones de cuatrocientas cincuenta y tres alturas, calculadas según la fórmula de M. La Place y el nuevo coeficiente de monsieur Ramond; 4.°, un cuadro de cerca de setecientas posiciones geográficas del Nuevo Continente, de las cuales doscientas treinta y cinco han sido determinadas por mis propias observaciones, según las tres coordenadas de longitud, latitud y altura.

II. *Plantas equinocciales* recogidas en Méjico, en la isla de Cuba, en las provincias de Caracas, de Cumaná y de Barcelona, en los Andes de la Nueva Granada, de Quito y del Perú, y en

las orillas del Río Negro, del Orinoco y del Amazonas. M. Bonpland presenta allí las figuras de cerca de cuarenta nuevos géneros de plantas de la zona tórrida, referidos a sus familias. Las descripciones metódicas de las especies están a la vez en francés y en latín, y van acompañadas de observaciones sobre las propiedades terapéuticas de los vegetales, sobre su empleo en las artes y sobre el clima de los países en que se encuentran.

III. *Monografía de los melástomos, etc.*—Esta obra tiene por objeto dar a conocer más de ciento cincuenta especies de melastomáceos que recogimos durante nuestra expedición, y que constituyen uno de los más bellos ornamentos de la vegetación de los trópicos. M. Bonpland ha unido a ellas las plantas de la misma familia que entre tantas otras riquezas de historia natural trajo M. Richard de su interesante viaje a las Antillas y a la Guayana francesa, y cuya descripción tuvo la bondad de comunicarnos.

IV. *Ensayo sobre la geografía de las plantas, acompañado de un cuadro físico de las regiones equinociales, basado en medidas ejecutadas desde el 2° de latitud boreal hasta el 10° de latitud austral.*—He tratado de reunir en un solo cuadro el conjunto de los fenómenos físicos que presenta la parte del Nuevo Continente comprendida en la zona tórrida, desde el nivel del mar del Sur hasta la cumbre de la más alta cima de los Andes; a saber: la vegetación, los

animales, las relaciones geológicas, el cultivo del suelo, la temperatura del aire, los límites de las nieves perpetuas, la constitución química de la atmósfera, su tensión eléctrica y su presión barométrica, el decrecimiento de la gravitación, la intensidad del color azul del cielo, el debilitamiento de la luz a su paso por las capas superpuestas del aire, las refracciones horizontales y el calor del agua en ebullición, según la diferencia de altura. Catorce escalas dispuestas al lado de un perfil de los Andes, indican las modificaciones que sufren estos fenómenos por la influencia de la elevación del suelo sobre el nivel del Océano. Cada grupo de vegetales se halla colocado a la altura que le asigna la Naturaleza, y se puede seguir la prodigiosa variedad de sus formas desde la región de las palmeras y de los helechos arbóreos hasta las de las *Johamenia* (*Chuquiraga*, *Juss*), de las gramíneas y de los líquenes. Estas regiones forman las provincias naturales del imperio vegetal, y como las nieves perpetuas, se encuentran en cada clima a una altura determinada. Las especies febrífugas de quina (*Cinchona*), tienen también límites fijos que he indicado en la carta botánica que corre adjunta a este *Ensayo sobre la geografía de las plantas*.

V. *Colección de observaciones de Zoología y de Anatomía comparativa*.—He reunido en esta obra la historia del cóndor; experiencias sobre

la acción eléctrica de los gimnotos; una memoria sobre la laringe de los cocodrilos, de los cuadrumanos y de las aves tropicales; la descripción de muchas nuevas especies de reptiles, de peces, de aves, de monos y de otros mamíferos que no son muy conocidos. Un sabio ilustre, cuya constante amistad ha sido para mí tan honrosa como útil desde hace muchos años, M. Cuvier, ha enriquecido esta colección con una memoria sobre el *axolote* del lago de Méjico, y en general, sobre los proteos. El mismo naturalista ha reconocido también dos nuevas especies de mastodontes y un verdadero elefante, entre los fósiles de cuadrúpedos que hemos traído de las dos Américas. La descripción de los insectos recogidos por M. Bonpland se debe a M. Latraille, cuyos trabajos han contribuido tanto en nuestros días a los progresos de la entomología.

VI. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, con un atlas físico y geográfico, basado en observaciones astronómicas, medidas trigonométricas y nivelaciones barométricas.*—Esta obra, que tiene por fundamento numerosas memorias oficiales, consta de seis partes, en las que el autor ofrece consideraciones sobre la extensión y el aspecto físico de Méjico, sobre la población, las costumbres de los habitantes, su antigua civilización y la división política del país. Comprende en su cuadro la agricultura, las ri-

quezas minerales, las manufacturas, el comercio, la hacienda y la defensa militar de aquel vasto territorio. Al tratar de los diferentes objetos de la economía política he procurado considerarlos desde un punto de vista general; he puesto en paralelo la Nueva España, no sólo con las otras colonias españolas y con la Confederación de los Estados Unidos, sino también con las posesiones de los ingleses en Asia; he comparado la agricultura de los países situados en la zona tórrida con la de los climas templados; he examinado la cantidad de artículos coloniales que necesita Europa en el estado actual de su civilización... Al trazar la descripción geognóstica de los distritos mineros de Méjico he presentado el cuadro de la producción mineral, de la población, de las importaciones y de las exportaciones de toda la América española. Por último, he planteado muchas cuestiones que por falta de datos exactos no habían sido tratadas hasta hoy con toda la profundidad que exigen, como es la del flujo y reflujo de las riquezas metálicas, su acumulación progresiva en Europa y en Asia, y la cantidad de oro y plata que desde el descubrimiento de América hasta nuestros días ha recibido el Antiguo Continente por remisiones del Nuevo.

VII. *Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas del Nuevo Continente.*—Esta obra tiene por objeto dar a conocer algu-

nas de las grandes manifestaciones de la Naturaleza en las altas cordilleras de los Andes y penetrar en la antigua civilización de los americanos por medio del estudio de sus monumentos arquitectónicos, de sus jeroglíficos, de su culto religioso y de sus fantaseos astrológicos... Al lado de estos monumentos groseros de los pueblos de América, se encuentran en la misma obra las vistas pintorescas del país montuoso que habitaban aquellos pueblos, como las de la cascada de Tequendama, del Chimborazo, del volcán del Jorullo y el del Cayambé, cuya cima piramidal, cubierta de nieves eternas, está situada precisamente bajo la línea ecuatorial. En todas las zonas de la tierra, la configuración del suelo, la fisonomía de los vegetales y el aspecto sonriente de la Naturaleza influyen sobre los progresos de las artes y sobre el estilo que distingue sus producciones, y esta influencia es tanto más sensible cuanto más alejado está el hombre de la civilización. Hubiera podido añadir a esta obra algunas investigaciones sobre el carácter de las lenguas, que son los monumentos más duraderos de los pueblos, y he recogido sobre las de América muchos materiales de que se han servido los Sres. Federico Schlegel y Vatter, el primero en sus *Consideraciones sobre los indostanos*, y el segundo en la continuación del *Mitrídates*, de Adelung, en el *Repertorio etnográfico* y en las *Investigaciones sobre la población*

del Nuevo Continente. Estos materiales se encuentran actualmente en poder de mi hermano, Guillermo de Humboldt, quien durante sus viajes por España y una larga residencia en Roma ha formado la más rica colección de vocabularios americanos que haya existido jamás.»

cuen-
Gui-
viajes
na ha
larios

EL AUTOR, CELEBRADO;

SUS OBRAS, EN EL OLVIDO

Si ha de ser sincero, este capítulo debe contener un apremio para que se confiese, sin atenuaciones, el crimen que han cometido España y la América española por creerse desligadas de la obligación de conservar el monumento levantado a la cultura humana por el barón de Humboldt.

Al sabio viajero le han discernido muchos honores—aunque, en verdad, no todos los que merece—. En Méjico, por ejemplo, de donde es oficialmente benemérito, como ya lo he dicho, hay una estatua de Humboldt, cuya erección, iniciada por D. Victoriano Salado Alvarez, fue costeadada por el emperador Guillermo II. En Venezuela, como en Méjico, se guarda con cariño la memoria de Humboldt, y en todas partes los hispanoamericanos se sienten obligados a admirarle; pero esto nada significa o significa muy

poco. ¿En dónde están las ediciones monumentales de las obras de Humboldt? Sin el interés mercantil de algún librero, no habrían sido traducidas al español, y eso no todas, y algunas con criminal incuria. Una de las más importantes—la *Historia de la geografía del Nuevo Mundo*—, que España debería contar entre las obras cuya difusión exige el patriotismo, ha sido objeto de una impía mutilación en que el impudor de los editores llegó hasta la adulteración del título de la obra.

Los gobiernos, tanto de España como de América, las sociedades científicas, los congresos internacionales y los pueblos no han pensado que las obras de Humboldt merecen y esperan la reproducción facsimilar de las primeras ediciones, la traducción correcta para la gran edición de lujo, la anotación erudita, la abreviación inteligente en pequeños volúmenes de vulgarización, y todo, en fin, lo que hacen para honrar a un grande hombre los países deseosos de sustraerse a la barbarie de la riqueza estulta o a la barbarie de las agitaciones fratricidas.

Y dicho esto de América especialmente, o por lo menos, de los países americanos visitados por Humboldt—Venezuela, Cuba, Colombia, Ecuador, Perú y Méjico—, ¿qué diré de España? Este pueblo, más que ningún otro, a pesar de la emancipación americana, o precisamente por la emancipación americana, debió haber busca-

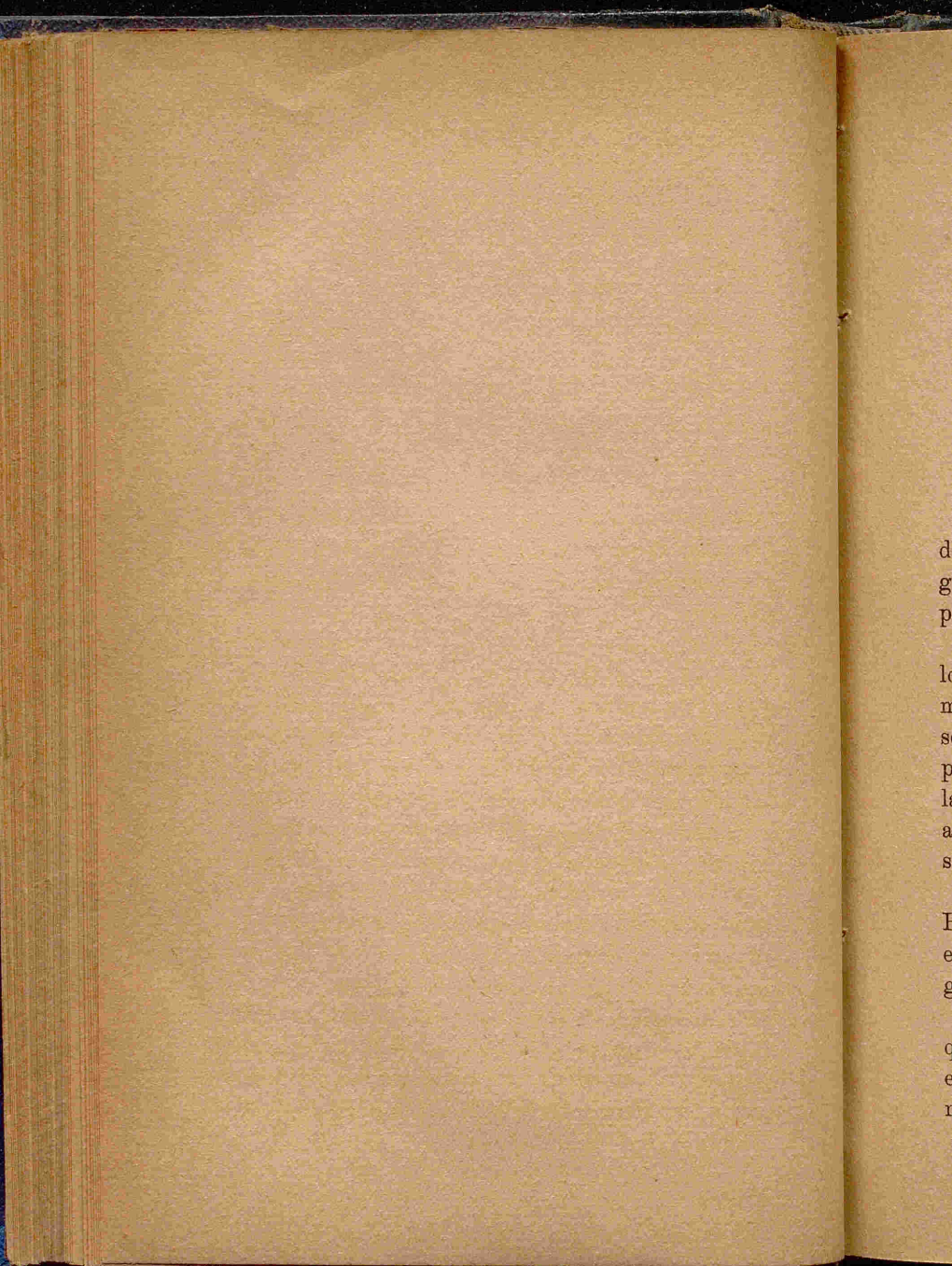
do desde hace mucho tiempo los libros de Humboldt como título preferente de su reivindicación histórica en el único sentido posible que puede tener esta palabra en nuestro tiempo; a saber: el estudio de lo que contiene de noble y duradero el pasado común, si hemos de reanudarlo en una coordinación de esfuerzos vigorosos y fraternales.

Para leer a Humboldt hay que visitar una antigua biblioteca, una de esas raras bibliotecas que son más bien museos de antigüedades. Y aun en bibliotecas de esta clase no es posible encontrar todas o las principales ediciones de los libros de Humboldt. Algunos hay que sólo pueden conocerse haciendo un viaje especial; pero aun los que pudiéramos llamar populares, como el *Cosmos*, la *Nueva España*, la *Historia crítica de la geografía del Nuevo Mundo*, los *Cuadros de la Naturaleza* y las *Vistas de las Cordilleras*, son libros que no están en el comercio, sino en Alemania, y que fuera de allí sólo figuran en catálogos de ocasión. De las *Vistas de las Cordilleras*, por ejemplo, existe sólo un ejemplar trunco en la Biblioteca Nacional de Madrid. Y ¿cuántas de las mejores y más famosas bibliotecas nacionales de la América española pueden facilitar a un curioso todas las ediciones de todos los libros americanos de Humboldt, o todas las primeras ediciones, o una edición cualquiera de todos ellos?

Ya he dicho que no todos los libros de Humboldt sobre América corren traducidos al español. Y aun los traducidos, ¿no son relativamente raros, y algunos muy raros? Por ejemplo, la obra maestra que se llama el *Ensayo político sobre la Nueva España*, y que es lo más profundo que se ha escrito sobre la colonización española, figura entre los libros más estimados por su fama que conocidos, aun de vista. ¿Cuántos son los hombres de estudio que poseen un ejemplar en español del *Ensayo sobre la Nueva España*? Este libro se lee más en Alemania que en Inglaterra; más en Inglaterra que en los Estados Unidos; más en los Estados Unidos que en Francia. En la América española se lee menos el libro de Humboldt que en Europa. Y en España, ¿quién lee en España al barón de Humboldt?

um-
spa-
nen-
o, la
o so-
ndo
ola,
r su
son
plar
ña?
gla-
Uni-
cia.
o de
nién

EL ARTISTA



d
g
p
le
m
s
p
la
a
s
E
e
g
q
e
n

EL ESTILO

No me propongo desflorar un tema que puede dar materia para un hermoso ensayo de psicología literaria, nutrido y abundantemente ejemplificado.

¿Cómo escribía Humboldt y cuál era su estilo? Esta pregunta expresa una curiosidad elemental de muchos lectores que antes de iniciarse en el conocimiento de las obras de un sabio, preguntan, y con razón, si este sabio es una de las insoportables eminencias que conservan su autoridad y su fama precisamente porque nadie se atreve á meterse en la maleza de sus escritos.

Ya he dicho, para impedir confusiones, que Humboldt pertenece al grupo de los delicados, en quienes la verdad y la belleza son hermanas gemelas. Por algo era amigo de Goethe.

En un estudio literario sobre Humboldt habría que determinar el género de su imaginación: si es visual o auditiva, y si le seducen más las formas o los colores; la familia á que pertenece el

autor por la naturaleza de sus ideas dominantes; las emociones que constituyen el fondo de su alma; la influencia de los modelos literarios que contribuyeron al desenvolvimiento de su sensibilidad; los efectos producidos en sus formas de expresión por el poliglotismo de sus hábitos literarios, y especialmente por no haber escrito sino muy tarde en su lengua nativa, cuando curado de la locura de París volvió al seno fecundo de las tradiciones patrias. Todo esto, aunque ajeno a mi propósito en estos momentos, encontrará respuesta fácil cuando el lector vea las admirables páginas de Humboldt sobre América que forman parte de este pequeño volumen.

Pero puedo, en cambio, hacer desde luego algunas indicaciones de carácter general, que apoyadas por todos los pasajes en que se ve al viajero poseído de un sentimiento profundo ante los espectáculos de la Naturaleza, ó ante las costumbres sociales, ó evocando hechos del pasado, nos den cuenta sin esfuerzo del carácter predominante de Humboldt como escritor.

xxx Hablando de Las Casas, el mismo Humboldt traza este retrato literario que podremos aplicarle á él tanto como á Las Casas: «Los hombres más dispuestos á la acción que á una dicción cuidadosa, y que se mantienen, por lo tanto, libres de todo artificio propio para producir emociones con el encanto del lenguaje, son quienes manifiestan en mayor grado la liga estrechísima

señalada desde hace tanto tiempo entre el carácter y el estilo.»

En estos hombres «el estilo es la expresión del carácter, el reflejo de la parte íntima». Hay en ellos una sinceridad que hace del estilo algo que no es «composición artificial», sino vida. Pero esta definición del estilo de los grandes activos sólo es completa por lo que se refiere á los vínculos entre el estilo y el carácter. Queda, sin embargo, mucho que decir, y es lo más interesante: el género de la actividad y su campo de acción. Un hombre activo que se nutre de dos o tres ideas, como en el ejemplo de Las Casas, evocado por Humboldt; una imaginación limitada ó seca; una pasión de fanático, no pueden producir las maravillas de una actividad como la de Humboldt, intelectual y emancipada de fines prácticos, que abarca todo lo existente; una imaginación que es á la vez cósmica y humana; una pasión que se mueve al impulso de todos los grandes intereses de la vida contemporánea.

Y todavía hay algo más y que toca más de cerca nuestro asunto. Un escritor sincero no es necesariamente un escritor descuidado; un escritor sin artificios puede huir de todos los recursos del verbalismo, pero no dejará de emplear el recurso supremo, sin el que no hay artista posible; algo que no se ve de fuera: el poder de autocensura para no decir demasiado sobre un asunto, para no decir muchas cosas á la vez, para no

decir lo inoportuno, para no emplear sino el número de palabras indispensables y para no tolerar aquellas que rompan el ritmo de la expresión.

En la carta más familiar y en el asunto más árido, como en el *Cosmos*, Humboldt fue siempre el discípulo que recordaba a Forster y a su hermano Guillermo, los dos tiranos que le impidieron salir del arte a la ciencia y secar su fantasía o prostituirla en los carriles de la garrulería inestética.

EL PAISAJE DE LAS CORDILLERAS

EN LA CONCEPCIÓN ARTÍSTICA DE HUMBOLDT

«La tentativa que tiene por objeto descomponer el mundo físico en sus elementos diversos está llena de temeridad, porque el gran carácter de un paisaje y de toda escena imponente de la Naturaleza depende de la simultaneidad de las ideas y sentimientos excitados en el observador. El poder de la Naturaleza se revela, por decirlo así, en la conexión de las impresiones, y en aquella unidad de emociones y afectos que, en cierto modo, se producen súbitamente. Si queremos indicar sus fuerzas parciales, es necesario descender por análisis á la individualidad de las formas y a la diversidad de las fuerzas. Los elementos más variados y ricos de este género de análisis se presentan a los ojos de los viajeros en el Asia Central, en el gran archipiélago de la India, y, sobre todo, en el Nuevo Continente, allí donde las cumbres de las altas Cordilleras

forman las grandes profundidades del Océano aéreo, y donde las mismas fuerzas subterráneas, que en otro tiempo levantaron cadenas de montañas, las conmueven todavía y las amenazan de destrucción».

De este modo comienza Humboldt, en el primer tomo del *Cosmos* su gran poema sobre la naturaleza física del mundo. El procedimiento del autor es característico. Para hablar de la montaña no habla de la montaña que tiene delante, sino de todo el sistema orográfico a que pertenece la masa que le impresiona en aquel momento.

Para él no hay divisiones directas de las cosas sin relaciones cósmicas con el conjunto de la creación. Y esto no es un modo razonante y explicativo de considerar el aspecto físico del mundo, para ilustrar á sus lectores, dándoles un medio de interpretación apropiado. No; es una impresión imaginativa, que despertando en su alma emociones del carácter más elevado, da a su estilo una fuerza, una amplitud y una armonía que comunican al lector el sentimiento de la sublimidad. En el rigor aparente de un análisis de naturalista obtiene efectos del arte más puro.

«Si en nuestra imaginación—dice—colocamos el monte Pilatos sobre el Schreckhor, ó el Schneekopfe sobre el Monte Blanco, no habremos podido aún alcanzar la altura de uno de los

grandes colosos de los Andes—el Chimborazo,—que tiene dos veces la altura del Etna. Si se coloca el Righi o el Monte Athos sobre el Chimborazo, puede formarse la imagen de la más alta cumbre del Himalaya, el Dhawalagiri. Aunque las montañas de la India, por su sorprendente elevación, sobrepujan con mucho a las cordilleras de la América meridional (y este resultado, que se negó durante mucho tiempo, está ya fuera de duda), a causa de su posición geográfica no pueden aquéllas presentar la inagotable variedad de formas que caracteriza a éstas.

»La impresión de los grandes aspectos de la Naturaleza no depende sólo de la altura. La cadena del Himalaya está muy lejos de la zona tórrida. Apenas se ve en ella alguna palmera como extraviada en los hermosos valles del Kumaoun y del Garhwal. A los 28° y 34° de latitud, en la vertiente meridional del antiguo Paropamiso, la Naturaleza no puede ya desplegar la abundancia de helechos y de gramíneas arborescentes, de heliconia y de orquídeas que en la zona tropical suben hasta las planicies más elevadas. En las pendientes del Himalaya, a la sombra del pino deodara y de las encinas de anchas hojas, propias de los Alpes de la India, la roca granítica y el micaesquisto se cubren de formas casi semejantes a las que caracterizan las regiones del norte de Europa y de Asia. Las especies no son idénticas; pero sí análogas en su

aspecto general y en su fisonomía: enebros, álamos alpestres, gencianas, la parnasia de los pantanos y el espinoso grosellero.

»A la cadena del Himalaya le falta asimismo el fenómeno imponente de los volcanes, que en los Andes y en el archipiélago de las Indias revelan frecuentemente a los indígenas, de un modo formidable, la existencia de las fuerzas ocultas en el interior de nuestro planeta. También la región de las nieves perpetuas, que en la pendiente meridional del Himalaya, bajo la influencia de las corrientes de aire húmedo y de la vigorosa vegetación del Indostán, comienza desde los 3.600 y 3.900 metros, forma un nuevo límite para el desarrollo de la vida orgánica, que en la región equinoccial de las Cordilleras se encuentra 850 metros más alta.»

El análisis no ha terminado, si puede llamarse análisis esta sucesión de imágenes imponentes. Falta todavía una consideración que, como las expuestas, no se expresa en las metódicas notaciones de un observador teorizante, sino en las visiones de un poeta cautivado por la potencia de las formas que reviste la vida vegetal bajo los trópicos. La última observación, en un resumen apasionado como el final de una gran sinfonía de Beethoven, con quien tanto se asemeja Humboldt en su expresión, contiene ya todo el cuadro de la brillante naturaleza americana: la Cordillera con su cumbre nevada, con sus ver-

tientes boscosas y con su cielo. «Los países que se aproximan al Ecuador tienen otra ventaja, sobre la que no se ha llamado todavía suficientemente la atención. Es la parte de la superficie de nuestro planeta en que, dentro de una extensión menor, la variedad de impresiones dimanadas de la Naturaleza llega al máximo de lo posible. En las montañas colosales de Cundinamarca, de Quito y del Perú, surcadas por valles profundos, puede el hombre contemplar todas las familias de plantas y todos los astros del firmamento. Una sola mirada basta para abarcar majestuosas palmeras, bosques húmedos de juncos, la familia de las musáceas y sobre estas formas del mundo tropical, encinas, nísperos, escaramujos y umbelíferas, como en nuestra patria europea. De una sola mirada se abarcan también la constelación de la Cruz del Sur, las nubes de Magallanes y las estrellas conductoras de la Osa que circulan en derredor del polo Ártico. Allí el seno de la tierra y los dos hemisferios del cielo, ostentan toda la riqueza de sus formas y toda la variedad de sus fenómenos; allí los climas, como las zonas vegetales cuya sucesión determinan, se encuentran superpuestos, á manera de pisos; allí las leyes del decrecimiento del calor, de fácil determinación por el observador inteligente, están inscriptas con caracteres indelebles sobre los muros de las rocas en la rápida pendiente de las Cordilleras.»

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

En suma: tendencia á ver en grande—cósmicamente—los aspectos de la Naturaleza, completando la impresión directa de la realidad con la visión imaginativa de los grandes conjuntos derivados del conocimiento científico; expresión artística de esta masa total de ideas transformadas en impresiones emocionantes. Este modo de considerar el mundo da al estilo una serenidad y a la cláusula un ritmo que recuerda las páginas de las grandes cosmogonías.

LA RUTA DE COLÓN Y LA DE GRAVINA

El trayecto de Santa Cruz a Cumaná, que es de 900 leguas, se hizo en veinte días. El *Pizarro* pasó á 50 leguas del cabo Bojador, del cabo Blanco y de las islas de Cabo Verde. En tiempo de Colón se tomaba primero hacia el oeste, y después de navegar hasta cierta distancia de la costa, en el sentido del paralelo, se bajaba hacia el sur, para hacer, por último, la travesía directamente en el paralelo del lugar de desembarco.

Este modo tradicional de los veleros se simplificó, bajando primero hasta la zona tropical, para atravesar el Atlántico en la parte que se llama el *Golfo de las Damas*.

«Navega uno en esos parajes—dice Humboldt—como si bajara por la corriente de un río, y no sería empresa aventurada hacer la travesía en barca sin puente.»

Gravina, el héroe de Trafalgar, propuso la li-

nea oblicua, cortando la del trópico veinte grados más al oeste de lo que se hacía comúnmente. Por esta ruta atravesó el Atlántico en 1807, y pudo llegar a Santo Domingo antes que la flota francesa.

An
los
de
ros
con
niñ
L
ren
ó a
El
flen
lo
ció
E
est
que
pu
llos
E

LA HIGIENE DEL GALLEGO

A medida que el *Pizarro* se aproximaba a las Antillas, iban desarrollándose con mayor fuerza los gérmenes de una fiebre maligna que se había declarado a bordo. Algunos pasajeros y marineros estaban en cama, y la alarma cundió cuando contrajeron el mal dos negros de Guinea y un niño mulato.

El capitán veía con la más completa indiferencia el peligro de la epidemia. ¿Fumigaciones ó alguna otra medida higiénica? Ni pensarlo. El médico, un excelente gallego, «ignorante y flemático», decía que todo aquello era efecto de lo que él llamaba sabiamente, «ardor y corrupción de la sangre», y que se curaba con sangrías.

Humboldt y Bonpland pidieron quinina para estar preparados. ¿Quinina? Ni una onza. ¿Para qué? Sangrías, sangrías, sangrías, era la respuesta del gallego á cada insinuación de aquellos dos extranjeros, pedantes y soñadores.

El día 8, uno de los marineros daba las últi-

mas boqueadas. Se le iba a llevar el Viático, pero como su litera estaba empotrada de tal modo que no podían arder los cirios en la topera fétida que le servía de alcoba, resolvióse darle los últimos auxilios espirituales cerca de la escotilla. Se improvisó con velas un camarín, y el pobre marinero, que ya no esperaba descanso sino en los brazos piadosos de la muerte, empezó a reanimarse y a salir paulatinamente de su estado letárgico. El aire libre, que comenzó la cura del enfermo desahuciado, la terminó de allí a pocos días; pero el gallego se contoneaba, ponderando la eficacia de sus sangrías.

Que Humboldt y Bonpland hablasen de aire puro cuanto quisiesen; que disertasen sobre las fumigaciones, los baños y la quinina; el gallego no salía de sus posiciones terapéuticas: sangrías, purgas y dieta. Y el que quisiera morir se muriera; él no alteraría su sistema para complacer á un organismo rebelde. «No tardamos en experimentar las consecuencias funestas de este tratamiento, y más que nunca deseábamos llegar á las costas de América.»

Humboldt, piadosamente, calla el nombre del gallego.

PRIMERA EMOCION

«Desde que llegamos a la zona tórrida, no nos cansábamos de admirar por las noches las bellezas del cielo austral, que mientras más avanzábamos hacia el sur, presentaba nuevas constelaciones ante nuestros ojos. Se experimenta yo no sé qué sentimiento desconocido cuando, llegando al Ecuador, y sobre todo, al pasar de uno a otro hemisferio, vemos bajar progresivamente, y desaparecer, por último, las estrellas que conocemos desde la primera infancia. Nada recuerda más vivamente al viajero la distancia inmensa de su patria como el aspecto de otro cielo. La agrupación de las estrellas de primera magnitud, algunas nebulosas dispersas que rivalizan en esplendor con la vía láctea y ciertos espacios notables por una negrura extrema, dan al cielo austral una fisonomía peculiarísima. Este espectáculo impresiona la imaginación de aquellos mismos que, careciendo de instrucción en las ciencias exactas, se extasían contemplando la

bóveda celeste, como se admira un hermoso paisaje o un sitio majestuoso. No es necesario ser botánico para reconocer la zona tórrida por el aspecto de la vegetación, y sin nociones de Astronomía, sin conocer familiarmente las cartas de Flamstead y de La Caille, sentimos la ausencia de Europa al ver elevarse en el horizonte la inmensa constelación del Navío o las nubes fosforescentes de Magallanes. Tierra y cielo, toda la Naturaleza toma un carácter exótico en la región equinoccial.

»Como las capas inferiores del aire estaban cargadas de vapores desde hacia algunos días, no vimos distintamente la Cruz del Sur sino en la noche del 4 al 5 de julio, a los 16° de latitud. Estaba notablemente inclinada y aparecía de tiempo en tiempo entre nubes, cuyo centro, surcado por relámpagos de calor, reflejaba una luz argentina. Si es lícito para un viajero que hable de sus emociones personales, añadiré que en esa noche vi realizado uno de los sueños de mi juventud.

»Cuando comienza el niño a fijar la vista en las cartas geográficas, y a leer las relaciones de los navegantes, se siente una especie de predilección para ciertos países y para ciertos climas, de la que no es posible darnos cuenta sino en una edad más avanzada. Estas impresiones ejercen una influencia visible sobre nuestras determinaciones, y como por instinto buscamos los

med
obje
to se
mina
la A
guir
cono
Pare
de v
cielo
»C
las r
vista
Cruz
que
telac

»L
desc
hemo
ción
solec
como
tes d

medios de ponernos en comunicación con los objetos que para nosotros han tenido un encanto secreto desde hace muchos años. Cuando examinaba el cielo, no para dedicarme al estudio de la Astronomía, sino sólo con el objeto de distinguir las estrellas, me agitaba un temor que desconocen los que gustan de la vida sedentaria. Parecíame doloroso renunciar á las esperanzas de ver las hermosas constelaciones próximas al cielo austral.

»Con la impaciencia que sentía por conocer las regiones ecuatoriales, no podía levantar la vista hacia la bóveda celeste sin pensar en la Cruz del Sur y en el pasaje sublime del Dante que los comentadores han aplicado á esta constelación:

Io mi volsi a man destra e posi mente
All' alto polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai fuor ch' alla prima gente.
Goder pareo lo ciel di lor fiamelle;
O settentrional vedovo sito
Poi che privato se' di mirar quelle!

»La satisfacción que experimentábamos al descubrir la Cruz del Sur, era compartida vehementemente por los individuos de la tripulación que habían vivido en las colonias. En la soledad de los mares se saluda a una estrella como a un amigo de quien hemos estado ausentes durante mucho tiempo. Los portugueses y

los españoles tienen motivos particulares que parecen dar mayor intensidad a esta predilección: un sentimiento religioso establece vínculos entre ellos y esta constelación, cuya forma les recuerda el signo de la fe implantada por sus padres en los desiertos del Nuevo Mundo.»

S
la p
can
lín
por
de
La
tos
de
me
ca
pin
dé
bin
for
Ju
lo
nu
co

s que
dilec-
ríncu-
forma
la por
ando.»

LAS ESTATUAS DE BRONCE

Son las once de la mañana. Los viajeros ven la playa de un islote bajo, sin habitaciones ni campos cultivados. Los cácteos, de formas cilíndricas, se elevan como candelabros. El suelo, por efecto del espejismo, finge los movimientos de una mar encrespada. ¿Era la isla Margarita? Las cartas de marear de la época presentan datos muy engañosos y no se ponen fácilmente de acuerdo con las indicaciones del cronómetro.

De pronto asoman algunas piraguas de pescadores. El *Pizarro* dispara un cañonazo. Las piraguas huyen. «La señal es inútil en donde el débil, cuando encuentra al fuerte, no cree recibir sino ultrajes. ¿Estaba el *Pizarro* frente a la fortaleza de Pampatar o era el valle de San Juan lo que veíamos a lo lejos? No, decían otros; lo que se ocultaba en lontananza, detrás de las nubes, sería, sin duda, la cima de Macanao. Las costas vistas desde lejos son como las nubes, en

que cada observador encuentra la forma de los objetos que ocupan su imaginación.»

Inopinadamente asoman otras dos piraguas. Suena un segundo cañonazo y se enarbola el pabellón de España; pero las piraguas no se acercan sino poco á poco, temiendo una alvosía.

Cada una de esas pequeñas embarcaciones, formada por un tronco de árbol, tenía a bordo diez y ocho indios, desnudos de la cintura para arriba. Son guaiquires. Altos, esbeltos, musculosos, de un color entre moreno y rojo cobrizo; de lejos, destacándose inmóviles sobre la línea del cielo, aparecen como hermosas estatuas de bronce. No eran los indígenas feos, débiles y desmedrados de que hablan algunos viajeros vulgares, sino los salvajes bellos como dioses del paganismo clásico que describían en sus libros los inspiradores de Montaigne y de Juan Jacobo Rousseau.

Los indios informaron al comandante del *Pizarro*, que se hallaba en un paraje, frente a la isla de Coche, muy frecuentado por cruceros ingleses, lo que explicaba sus temores.

Aquellos indios, pertenecientes a una de las variedades étnicas más admirables de la Tierra Firme, que habita la isla Margarita y los alrededores de Cumaná, se ocupaban en hacer el corte de madera de cedro entre el cabo de San José y la desembocadura del río Cumaná.

«Nos dieron cocos muy frescos y algunos peces del género *Caetodon*, cuyos colores no nos cansábamos de admirar. ¡Cuántas riquezas encerraban para nuestros ojos las piraguas de aquellos pobres indios! Cubrían sus racimos de plátanos con enormes hojas de vijao (*Heliconia bihai*). La coraza escamosa de un tato (*armadillo*, *Dasypus cachicamus*), el fruto del *crescentia cujete*, que sirve de copa a los naturales; todas las producciones naturales, en suma, que son más comunes en los gabinetes de Europa, tenían un encanto particular para nosotros, porque nos recordaban que llegados á la zona tórrida, alcanzábamos, por fin, el objeto hacia el cual tendíamos desde hacía mucho tiempo.»

CARLOS DEL PINO
(EL HUMBOLDT INDÍGENA)

El patrón de una de aquellas dos piraguas se ofreció como práctico, y permaneció a bordo del *Pizarro*.

Era un guaiquire recomendable por su honradez, lleno de sagacidad para la observación y que había estudiado con diligente curiosidad las producciones del mar y las plantas de la tierra.

«Quiso un azar venturoso», dice Humboldt, que el primer indigena a quien conoció en el momento de su llegada al Nuevo Mundo, fuera justamente el hombre que podía serle más útil, y que lo fue en realidad, para el objeto de sus investigaciones.

Durante diez y seis meses, Carlos del Pino —el Humboldt indigena—, acompañó a los dos viajeros en sus correrías, ya a lo largo de las costas, ya en el interior del continente.

El nombre del indigena venezolano vivirá en

la memoria de las gentes tanto como viva la memoria del sabio alemán.

¿Cuántos generales y poetas, presidentes y ministros quisieran un poco del prestigio póstumo de que disfruta Carlos del Pino?

EL CUADRO FÍSICO

DE LA ZONA TÓRRIDA

«Lo que en la vaguedad de las emociones se confunde y esfuma, como si estuviera privado de contornos, lo que permanece envuelto por ese vapor brumoso que en el paisaje roba a la vista las altas cumbres, se nos revela, resuelto en sus diversos elementos, bajo la acción del pensamiento que escruta las causas de los fenómenos. El pensamiento, efectivamente, individualiza cada uno de los componentes de la impresión total. Resulta de aquí que en la esfera de los estudios de la Naturaleza, como en la poesía y en la pintura de paisaje, la descripción de los sitios y los cuadros que hablan a la imaginación, tienen una verdad y una vida tanto más intensas cuanto más precisos aparecen los rasgos en la descripción literaria o en el paisaje del pintor.

»Si las regiones de la zona tórrida, por su riqueza orgánica y por su abundante fecundidad,

inspi
tamb
los h
gobie
en lo
la un
y en
lado,
y de
altur
tes en
tible
numé

»El
sobre
nanos
espec
tropi
núme
nicos
en los
hond
lecho
teza f
de los
del ci
mento
tanto
está
por la

inspiran las emociones más profundas, ofrecen también la ventaja inapreciable de mostrar a los hombres la invariabilidad de las leyes que gobiernan los movimientos celestes, reflejándose en los fenómenos terrestres, lo que aparece en la uniformidad de las variaciones atmosféricas y en el desarrollo de las fuerzas vitales, por un lado, y por el otro, en los contrastes de climas y de vegetación que nacen de la diferencia de alturas. Permítaseme detenerme algunos instantes en las pruebas de esta regularidad, susceptible de someterse a la escala y a la evaluación numérica.

»En las llanuras ardientes, de poca elevación sobre el nivel del mar, reina la familia de los bananos, de los cicasos y de las palmeras, cuyas especies, inscritas en las floras de las regiones tropicales, han aumentado prodigiosamente su número en nuestros días por el celo de los botánicos viajeros. En la pendiente de las cordilleras, en los altos valles o en las húmedas y umbrosas hondonadas, suceden a aquellos grupos los helechos arbóreos y el cincona que produce la corteza febrífuga. Los gruesos troncos cilíndricos de los helechos proyectan en el azul profundo del cielo el verdor joven de un follaje delicadamente dentellado. En el cincona, la corteza es tanto más salútfiera cuanto la cima del árbol está más frecuentemente bañada y refrescada por las ligeras neblinas que forman la capa su-

perior de las nubes que flotan sobre las llanuras. Y cuando se toca el límite de la región de los bosques, aparecen plantas que viven agrupadas, tales como las pequeñas aralias, el esparto y las andrómedas de hojas de mirto. La rosa alpina de los Andes, la magnífica befaria, forma un cinturón de púrpura en torno de los altos picachos. Poco á poco, en la región fría de los *Páramos*, expuesta al azote incesante de las tempestades, desaparecen los arbustos sarmentosos y las hierbas velludas, cargadas siempre de grandes y pintadas corolas. Las plantas monocotiledóneas, de espigas desmedradas, cubren el suelo de un modo uniforme. Es la zona de las gramineas, sabana que se extiende sobre inmensas planicies. En la pendiente de la cordillera esa zona refleja una luz amarillenta, que parece casi dorada en la lejanía. Allí pastan los llamas y el ganado introducido por los colonos europeos. Y en donde la desnuda roca de traquita atraviesa el césped y se eleva entre capas de aire, al aparecer menos cargadas de ácido carbónico, sólo vemos plantas de organización inferior, tales como líquenes, lecídeas y leprarias, que forman en el suelo manchas orbiculares. Los islotes de nieve esporádica recién caída, variables de formas y de extensión, detienen las últimas y desmayadas manifestaciones de la vida vegetal. A estos islotes, de carácter esporádico, suceden las nieves perpetuas. Tienen éstas una altura constante y

de fácil
lación
fuerza
tro pla
vano,
ciendo
levant
las fue
comun
por m
hueco
con m
vapor
nacion

de fácil determinación, a causa de la leve oscilación que experimenta su límite inferior. Las fuerzas elásticas que hay en el interior de nuestro planeta trabajan, y muy frecuentemente, en vano, para romper esas cúpulas que, resplandeciendo con la blancura de las nieves eternas, se levantan en lo alto de las cordilleras. Cuando las fuerzas subterráneas han logrado abrir una comunicación permanente con la atmósfera, ya por medio de cráteres circulares, ya en anchos huecos, rara vez producen corrientes de lava, y con más frecuencia arrojan escorias inflamadas, vapores de agua y de azufre hidratado, y emanaciones de ácido carbónico.»

CUMANÁ

«La ciudad, situada en medio de una colina sin verdor, está dominada por un castillo. La mirada no encuentra ni un campanario ni una cúpula, y sólo la detienen algunos troncos de tamarindos, de cocoteros o de datileros que se levantan sobre el plano de las azoteas. Las llanuras circunvecinas, sobre todo las que se extienden hacia el mar, presentan un aspecto triste, polvoriento y árido, que contrasta con la vegetación vigorosa que a lo lejos denuncia las sinuosidades del río, límite de la ciudad y de los barrios, o sea de la parte habitada por la población blanca y mestiza, y de la que ocupan los indígenas de tono cobrizo. La colina del fuerte de San Antonio, aislada, desnuda y blanca, refleja una gran masa de luz y de calor radiante: está compuesta de conglomerados, cuyas capas encierran petrificaciones pelágicas. Hacia el sur, y en lontananza, se prolonga un vasto y sombrío cortinaje de montañas. Son los altos Alpes calcá-

reos de la Nueva Andalucía, cubiertos de greda y de otras formaciones de cal más recientes.

»Esta cordillera interior está vestida de bosques majestuosos, que por medio de un valle poblado de árboles se une a los terrenos áridos, arcillosos y salinos de los alrededores de Cumaná. Las aves, que son de gran corpulencia, contribuyen á la fisonomía particular de aquellos países. En las playas marítimas y en el golfo hay bandadas de martines pescadores y alcatraces, de formas pesadas que producen el mismo sonido que el cisne cuando baten las alas. Más cerca de la población, las gallinazas, verdaderos chacales entre los volátiles, se ocupan constantemente en desenterrar animales muertos. Un golfo, surcado por cálidas corrientes submarinas, separa las rocas secundarias de las primitivas y esquistosas de la península de Araya. Las dos costas están bañadas por un mar apacible y azul, mecido mansamente por un viento constante. El cielo, puro y seco, que no presenta sino leves nubes á la puesta del sol, descansa sobre el Océano, sobre la península desnuda de árboles y sobre las llanuras de Cumaná, en tanto que entre las cimas de las montañas, hacia el fondo del paisaje, se forman, se acumulan y se resuelven las tempestades, productoras de las lluvias fecundas. En estas costas, como al pie de los Andes, el cielo y la tierra presentan grandes contrastes de limpidez y de nublados, de sequía y de chu-

bascos, de aridez absoluta y de follaje que se renueva sin cesar. En el Nuevo Continente las regiones bajas y marítimas difieren de las montañosas del interior, tanto como las llanuras del Bajo Egipto difieren de las altas mesetas de Abisinia.»

se re-
as re-
onta-
as del
as de

EL NUEVO MUNDO EN LA HISTORIA

DE LOS PROGRESOS DEL SABER

«El descubrimiento y exploración del Nuevo Continente, que permitió contemplar cordilleras en que rugen tantos volcanes, cuevas en que parecen sobreponerse todos los climas, y una capa vegetal que se desarrolla en una línea de 120° de latitud, señala sin disputa el período en que se ofreció al espíritu humano, en el espacio de tiempo más corto que sea posible imaginar, el más rico tesoro de nuevas observaciones sobre la Naturaleza.

»A partir de ese momento, en vano trataríamos de considerar ligados los progresos de la ciencia del mundo con estos o aquellos hechos políticos, cuya influencia se reduce necesariamente a un radio determinado. A partir de ese momento, decimos, la inteligencia puede producir grandes cosas por su propia fuerza, y no tiene ya que verse solicitada por los aconteci-

mientos externos para obrar simultáneamente en direcciones muy diversas. Guiada por una nueva asociación de ideas, se crea órganos nuevos también para analizar el tejido delicado de la substancia animal y vegetal, y para penetrar en las regiones del cielo.»

en-
una
que-
ado
pe-

¡MISERICORDIA! ¡TIEMBLA, TIEMBLA!

«Dice la tradición que en el terremoto de 1766, como en otro muy notable de 1794, las sacudidas eran simples movimientos horizontales. No fue así en el del funesto 14 de diciembre de 1797, pues entonces se sintió por primera vez en Cumaná el movimiento por elevación; es decir, de abajo hacia arriba. Más de las cuatro quintas partes de la ciudad fueron destruídas en esa ocasión, y el choque, acompañado de un fuerte ruido subterráneo, como en Riobamba, parecía producido por la explosión de una mina colocada a una gran profundidad. Por fortuna, el sacudimiento más rudo fue precedido de un ligero movimiento ondulatorio; así es que casi todos los habitantes pudieron salvarse saliendo a las calles, y no perecieron sino los muy pocos que se refugiaron en los templos. Según la opinión de los habitantes de Cumaná, los terremotos más destructores son precedidos de oscilaciones muy suaves y de un ruido sordo

que no escapa a la sagacidad de las personas familiarizadas con fenómenos de este género.

»En el momento fatal resuenan por todas partes los gritos de *¡Misericordia! ¡Tiembra, tiembra!* Es muy raro que un nativo del país se engañe y que se alarme sin fundamento. Los más preocupados observan atentamente los movimientos de los perros, de las cabras y de los cerdos. Estos últimos, dotados de un olfato extraordinariamente fino, y acostumbrados a escarbar la tierra, anuncian la proximidad del peligro con su inquietud y sus chillidos. No decidiremos si por estar más cerca de la superficie del suelo, oyen los ruidos subterráneos antes de que el hombre se dé cuenta de ellos, o si sus órganos reciben la impresión de alguna emanación gaseosa que salga de la tierra. No se podría negar la posibilidad de esta causa. Durante mi estancia en el Perú, los habitantes del interior observaron un hecho relacionado con estos fenómenos, y que ya se había presentado muchas veces. Después de violentos terremotos, la hierba de las sabanas de Tucumán adquirió propiedades dañosas. Hubo una epizootia, y muchos de los animales atacados parecían aturdidos o asfixiados por exhalaciones mefíticas del suelo.»

VENTA DE ESCLAVOS

«Si la orientación de nuestra casa en Cumaná favorecía singularmente la observación de los astros y de los fenómenos meteorológicos, nos proporcionaba a veces durante el día un espectáculo aflictivo. La plaza principal estaba rodeada en parte por arcadas sobre las que se extendía una galería de madera, que nunca falta en los países cálidos. Ese lugar servía para la venta de los negros llevados de las costas de África...

»Los esclavos expuestos para la venta eran jóvenes de quince a veinte años. Por las mañanas se les daba aceite de coco para que se frotaran el cuerpo, a fin de que la piel tuviera un aspecto brillante. A cada momento se presentaban compradores, que examinando los dientes de los esclavos, juzgaban por ellos de la edad y salud de los negros. Para esto les abrían la boca por fuerza, como se acostumbra en la compra de caballos. Este uso envilecedor es de procedencia

africana, como lo prueba el cuadro exacto de la venta de esclavos en Argel que traza Cervantes en una de sus piezas teatrales y que hizo después de un largo cautiverio entre los moros (1). Es cosa de llorar cuando piensa uno que haya todavía en las Antillas colonos europeos capaces de marcar a sus esclavos con un hierro candente para reconocerlos e identificarlos cuando se les escapan. Así se trata a los que «labran, siembran y cosechan para que los otros vivan» (2).

»Por la viva impresión que nos hizo la primera venta de negros que vimos en Cumaná, medíamos nuestra satisfacción de encontrarnos en un continente y en un país que presentan pocas veces aquel espectáculo y en donde el número de esclavos está muy lejos de ser considerable.»

(1) *El trato de Argel*. Jornada II.

(2) LABRUYÈRE: *Caracteres*, cap. XI.

EL TUNAL

«La colina de conglomerados calcáreos que acabamos de considerar como una isla en el golfo de Cariaco, está cubierta de un bosque espeso de cirios y nopales. Algunos de ellos tienen de treinta a cuarenta pies de altura, y el tronco, cubierto de líquenes y dividido en muchas ramas que toman forma de candelabros, es en verdad, de un aspecto extraordinario. Cerca de Manicuare, en Punta Araya, medimos un cacto cuyo tronco tenía más de cuatro pies y nueve pulgadas de circunferencia. (*Tima macho*.) El europeo que sólo conozca los nopales de nuestros inviernos, se sorprenderá al ver hasta qué punto extremo de dureza llega con los años la madera de este vegetal, cómo resiste a la acción del aire y de la humedad y cómo le emplean los indios de Cumaná para hacer remos y umbrales, prefiriéndolo a otras maderas.

»Cumaná, Coro, la isla de Santa Margarita y la de Curaçao son los lugares de la América meri-

dional en donde abundan más los vegetales de la familia de las nopáleas. Sólo allí, después de una larga estancia, podrían los botánicos hacer una monografía de los cácteos, que varían singularmente, no en sus flores y frutos, sino en la forma de su tallo articulado, en el número de las aristas y en la disposición de las espinas. Veremos después cómo desaparecen poco á poco estos vegetales, característicos del clima cálido y excesivamente seco, semejante al de Egipto y de la California, hasta no quedar ni un vestigio de ellos en el interior de la Tierra Firme.

» Los grupos de cirios y de nopales son, para los terrenos áridos de la América equinoccial, lo que los pantanos cubiertos de junciáceas y de hidrocarídeas son para nuestros países boreales. Se considera casi como impenetrable un lugar en que se reúnen grupos de cácteos espinosos de la especie más corpulenta. Estos lugares, que llevan el nombre de *Tunales*, no sólo detienen el paso del indígena, desnudo de la cintura para arriba, sino que inspiran temor aun a las castas de hombres vestidos. En nuestros paseos solitarios pretendimos penetrar a veces en el *Tunal* que corona la cúspide de la colina del castillo (de San Antonio), atravesado en parte por un sendero. Allí se podrá estudiar en millares de individuos la organización de esta especie singular. A veces la noche nos sorprendía súbitamente, porque el crepúsculo casi no existe en

aquel clima. Y nuestra situación era tanto más penosa, cuanto que la víbora de cascabel (*Crotalus cumanensis* y *Crotalus loeflingii*, dos especies nuevas), el coralillo y otras, armadas de aguijones venenosos, frecuentan los lugares secos y áridos en la época de la fecundación, para depositar sus huevos bajo la arena.

»El castillo de San Antonio se levanta en el extremo occidental de la colina. No ocupa el punto más elevado, y antes bien lo domina por el oriente una eminencia no fortificada. El *Tunal* se considera aquí, y en todas las colonias españolas, como un medio de defensa militar muy importante. Cuando levantan trincheras, los ingenieros procuran multiplicar los cirios espinosos y favorecer su desarrollo, así como se esmeran en conservar los cocodrilos en los fosos de las fortalezas. Bajo un clima en el que la naturaleza orgánica es tan activa y poderosa, el hombre llama en su defensa a los reptiles carnívoros y a las plantas armadas de espinas formidables.»

EL MANZANARES

(CHARLA CRIOLLA)

«El río Manzanares es de aguas muy limpidas, y felizmente no se parece en nada al Manzanares de Madrid, cuya insignificancia se nota más por contraste con el puente suntuoso que lo cruza. Como todos los ríos de la Nueva Andalucía, tiene sus fuentes en una parte de los *Llanos* conocida bajo el nombre de Mesas o Tablas de Jonoro, de Aroana y de Guanipa, y que cerca del pueblo indígena de San Fernando recibe el tributo de las aguas del río Juanillo. El gobierno se ha propuesto muchas veces, pero siempre sin resultado alguno, la construcción de una presa en el primer *Ipure* para establecer canales artificiales de riego en la llanura de las Charas, porque a pesar de su esterilidad aparente, la tierra es extraordinariamente productiva cuando se une la humedad al calor del clima. Los agricultores, que por lo regular no son muy acomoda-

dos en
lentos
presa.
yecto
bas m
licas
fecta.

» La
están
ceibas
Un río
tes baj
30° y
país de
donde
veces a
vida en
hasta l
familia
cerca d
se hace
nas, se
el río, y

» Var
Nosotr
de perso
el barri
agua, al
Hombre
semejant

dos en Cumaná, restituirían poco a poco los adelantos del gobierno para la construcción de la presa. En espera de la realización de este proyecto se han instalado ruedas con cubos, bombas movidas por mulas, y otras máquinas hidráulicas de una construcción demasiado imperfecta.

» Las orillas del Manzanares son muy amenas: están sombreadas de mimosas, de *erythrina*, de ceibas y de otros árboles de talla gigantesca. Un río cuya temperatura en tiempo de crecientes baja hasta 22°, cuando la atmósfera está a 30° y a 33°, es un beneficio inapreciable en un país de calor excesivo durante todo el año, y en donde quisiera uno bañarse no una sino varias veces al día. Los niños pasan buena parte de la vida en el agua. Y todo el mundo sabe nadar, hasta las señoras pertenecientes a las primeras familias. Allí donde el hombre está todavía tan cerca de la naturaleza, la primera pregunta que se hacen los amigos al saludarse por las mañanas, se refiere a la frescura del agua que lleva el río, y si está mejor que la víspera.

» Varía mucho el modo de gozar del baño. Nosotros íbamos todas las noches á un círculo de personas muy estimables que se reunían en el barrio de los guaiquires. Ponían sillas en el agua, al fulgor de los hermosos rayos de la luna. Hombres y mujeres llevaban vestidos ligeros, semejantes al que se usa para bañarse en las pla-

yas del norte de Europa. Las personas de la casa y sus visitas, reunidas en el río, pasaban horas y horas fumando y charlando sobre la extrema sequía de la estación, sobre la abundancia de las lluvias en las comarcas vecinas, y principalmente, sobre el lujo que gastan las damas de Caracas y de la Habana, y que naturalmente encuentran excesivo las señoras de Cumaná. La tertulia no se inquietaba por las *bavas* o cocodrilos, ya excesivamente raros, y que se acercan a la gente sin hacerle daño. Estos animales tienen de tres a cuatro pies de largo, y no los vimos ni una sola vez en el Manzanares. En cambio, había toninas que a veces remontaban la corriente del río durante la noche y asustaban a los bañistas, arrojando agua con sus aventadores.»

«L
a la
bían
clave
el río
19 de
princ
ruina
las se
gicas
penín
fresco
resce
mósf
y en
Lam
río. S
Itali
efect
ning

DANZA DE NEGROS

«La primera excursión que hicimos se dirigió a la península de Araya y a los países que habían sido tan célebres antaño por la trata de esclavos y la pesca de perlas. Nos embarcamos en el río Manzanares, cerca del barrio indígena, el 19 de agosto, a las dos de la mañana. El objeto principal de aquella breve excursión era ver las ruinas del antiguo castillo de Araya, examinar las salinas y hacer algunas observaciones geológicas en las montañas que forman la estrecha península de Manicuare. La noche era de una frescura deliciosa. Enjambres de insectos fosforescentes (*Elater noctilucus*) brillaban en la atmósfera, sobre terrenos cubiertos de *serubrium*, y en los bosques de mimosas (*Lampyrus itálica*, *Lampyrus noctiluca*) que cubren las márgenes del río. Sabido es cuánto abundan las luciérnagas en Italia y en todo el mediodía de Europa; pero el efecto pintoresco que producen no podría de ningún modo compararse con las innumerables

y movientes lucecillas que embellecen las noches de la zona tórrida, y que parecen reproducir sobre la ilimitada extensión de las sabanas, el espectáculo de la bóveda estrellada del cielo.

»Cuando en nuestro descenso por la corriente del río nos aproximamos a las *charas*, vimos la iluminación de un baile de negros. Una humareda leve y ondulante se levantaba hacia la cima de las palmeras, dando un color rojizo al disco de la luna. Era noche de domingo, y los negros danzaban al son estridente y monótono de la guitarra. Los negros africanos tienen un fondo inagotable de movimiento y de alegría...»

«I
cu
sias
una
nas
casti
»..
send
roca
men
tro c
casti
sitio
emba
zada
por l
das
diad
mim
obra

LAS RUINAS DEL CASTILLO

«Después de haber examinado las salinas, y cuando terminamos nuestras operaciones geodésicas, partimos al caer la tarde, para dormir en una cabaña de indígenas que se hallaba a algunas millas de distancia, cerca de las ruinas del castillo de Araya.

»... La noche nos sorprendió en un estrecho sendero que corría entre el mar y un muro de rocas cortadas a pico. La marea subía rápidamente, estrechando más y más a cada paso nuestro camino. Cuando llegamos al pie del antiguo castillo de Araya, disfrutamos de la vista de un sitio que tiene algo de lúgubre y romántico. Sin embargo, la belleza de estas ruinas no está realzada ni por la sombría frescura de un bosque, ni por la grandeza de las formas vegetales. Aisladas en una montaña árida y desnuda, con una diadema de agave, de cactus columnarios y de mimosas erizadas de espinas, más bien que una obra de los hombres, antójjase que son algo así

como esas rocas despedazadas durante las primeras revoluciones del globo.

»Resolvimos detenernos para admirar aquel espectáculo imponente, y para observar la puesta de Venus; pero el mulato que nos guiaba se moría de sed y nos pedía con vivas instancias que retrocediéramos. Había notado ya que estábamos desorientados, y tratando de impresionarnos con sentimientos de temor, hablaba sin cesar del peligro de los tigres y de las víboras de cascabel. Los reptiles venenosos son, en efecto, muy comunes en las cercanías del castillo de Araya. Y era verdad asimismo lo de los jaguares, pues recientemente habían sido muertos dos en las cercanías del pueblo de Manicuare. A juzgar por las pieles, aquellos jaguares diferían poco en corpulencia de los tigres de la India. En vano le decíamos al mulato que los jaguares no atacan al hombre en parajes como aquel, donde la abundancia del ganado cabrío les proporciona toda la alimentación que necesitan. Fue necesario ceder, y volvimos sobre nuestros pasos. Después de andar tres cuartos de hora por una playa que inundaba la marea creciente, nos encontró el negro encargado de llevarnos las provisiones. Inquieto por nuestra tardanza, había salido a buscarnos. Sirviéndonos de guía, nos llevó a través de una nopalera hasta una cabaña que habitaba una familia indígena. Fuimos recibidos con la franca hospitalidad que encuentra el via-

jero en aquellos países, entre los hombres de todas las castas. El exterior de la cabaña, la que brillaba por su limpieza, nos sirvió para colgar nuestras hamacas. Encontramos peces, bananas, y—lo que en la zona tórrida es preferible a los alimentos más exquisitos—, agua excelente.»

EL ZAPATERO DE ARAYA

«Entre las gentes de color cuyas cabañas rodean el lago salado, había un zapatero de raza castellana. Nos recibió con gravedad, mostrando el amor propio puntilloso que en aquellos climas caracteriza a casi todos los que se creen dotados de un talento particular. Ocupábase en tender la cuerda de su arco, y en aguzar flechas para cazar aves. Se quejaba de que por el encarecimiento de la pólvora en Europa (1), un hombre de su calidad se viese reducido a emplear las mismas armas que los indios. El zapatero era el sabio del lugar: conocía la formación de la sal por los rayos del sol y de la luna llena, los síntomas de los terremotos, los indicios para descubrir minas de oro y de plata, y las plantas medicinales, que como todos los colonos, desde

(1) A causa de las guerras, y, sobre todo, del terror que sembraba Inglaterra en los mares.

Chile hasta California, dividía en *plantas frías* y *plantas calientes* (1). Familiarizado con las tradiciones del país, nos dio detalles curiosos acerca de las perlas de Cubagua, objetos de lujo que él veía con el más profundo desprecio. Para que apreciáramos hasta qué punto le eran conocidos los libros santos, nos citó pasajes de Job, el cual tenía en más la sabiduría que todas las perlas de la India. La filosofía del zapatero de Araya no iba más allá de las necesidades ordinarias de la vida. Un asno fuerte que pudiera llevar una gran carga de bananas al embarcadero: tal era el objeto de todos sus deseos.

»Después de un largo discurso que nos dirigió sobre la vanidad de las humanas grandezas, sacó unas perlas pequeñas y opacas que tenía en una bolsa de cuero, y nos obligó a aceptarlas. Al mismo tiempo, nos conminó para que escribiéramos en nuestras memorias de viaje, que un zapatero indigente de Araya, pero eso sí hombre blanco y de la más pura raza castellana, nos había dado lo que *del otro lado del charco*, se solicita como un objeto de valor.

»Cumpló algo tarde la promesa que hice al buen hombre, y me felicito de poder agregar que su desinterés no le permitió aceptar la más pequeña retribución. La *Costa de las Perlas* pre-

(1) «Excitantes o debilitantes: asténicas o esténicas, del sistema Brown.»

sentía, sin duda, el mismo aspecto de miseria que *los países del oro y de los diamantes*, el Choco y el Brasil; pero allí la miseria no está acompañada del deseo inmoderado de lucro que excitan las riquezas minerales.»

que
noco
mpa-
citan

EL FRÍO EN LOS TRÓPICOS

«La barca en que atravesamos el golfo de Carriaco era muy espaciosa. Habían tendido pieles de jaguar, o tigre americano, para que descansáramos por las noches. Aun no llevábamos dos meses de vivir en la zona tórrida, y ya nuestros órganos se habían hecho tan sensibles a los cambios de temperatura más insignificantes, que el frío nos impedía dormir. Vimos con sorpresa que el termómetro centígrado se mantenía a 21°,8. Esta observación, bien conocida de los que han vivido mucho tiempo en las Indias, merece llamar la atención de los fisiólogos. Cuenta Bouguet que él y sus compañeros tiritaban de frío cuando llegaron a la cumbre del monte *Pelée*, en la Martinica, no obstante que el calor pasaba de 21° y medio. Y leyendo la interesante relación del capitán Bligh, quien se vió obligado a hacer en bote abierto una travesía de mil doscientas leguas, a consecuencia de un motín en el navio *Bounty*, vemos que sufría mucho más a causa del frío que del hambre. Duran-

te nuestra estancia en Guayaquil, en el mes de enero de 1803, observamos que los regnicolas se abrigaban, quejándose del frío, cuando el termómetro bajaba a $23^{\circ},8$, mientras que el calor les parecía sofocante a los $30^{\circ},5$. Seis o siete grados bastan para que se produzcan las sensaciones opuestas del frío y del calor, porque en las costas del mar del Sur la temperatura ordinaria de la atmósfera es de 28° . La humedad, que modifica la propiedad conductora del aire para el calórico, tiene parte muy principal en estas impresiones. En el puerto de Guayaquil, como en todas las regiones bajas de la zona tórrida, la temperatura no se enfría sino a causa de las lluvias tempestuosas, y he observado que cuando el termómetro baja a $23^{\circ},8$, el higrómetro de Deluc se mantiene a 50° y 52° , y que, por lo contrario, cuando la temperatura es de $30^{\circ},5$, el higrómetro baja a 37° . En Cumaná oye uno durante los grandes chubascos estos gritos en la calle: *¡Que hiela! ¡Estoy emparamado!* Y entre tanto, el termómetro expuesto a la lluvia, sólo baja hasta $21^{\circ},5$. Del conjunto de estas observaciones, resulta que en las llanuras situadas entre los trópicos, en donde la temperatura de la atmósfera se mantiene casi de un modo invariable durante el día arriba de 27° , siente uno por la noche la necesidad de abrigarse si el termómetro baja 4° ó 5° y medio, cuando hay humedad en el aire.»

VIDA CRIOLLA

«En el camino de Maracay a la hacienda de Cura, de vez en cuando se goza de la vista del lago de Valencia. La cadena granítica del litoral avanza un brazo a la llanura, por el sur. Es el promontorio del Portachuelo, que cerraría completamente el valle si no hubiera un desfiladero entre el Portachuelo y la roca de la Cabrera. Este lugar se ha hecho tristemente célebre en las recientes contiendas de la revolución de Caracas, pues todos los partidos se lo disputaban, por abrir el camino de Valencia y el de los Llanos. La Cabrera forma actualmente una península; pero no hace aún sesenta años era una isla rocosa del lago, cuyas aguas disminuyen progresivamente.

»Pasamos siete días muy agradables en la hacienda de Cura, en una casita rodeada de bosquecillos, pues la habitación principal, situada en medio de la hermosa plantación de caña de azúcar, presentaba cierto peligro, a causa de una

epidemia de bubas, enfermedad muy común entre los esclavos de esos valles. Vivíamos a la usanza de las gentes acomodadas del país, bañándonos dos veces al día, durmiendo tres y haciendo otras tantas comidas. La temperatura del agua en el lago es muy caliente, pues tiene de 24° a 25°; pero hay otro baño muy fresco y delicioso a la sombra de las ceibas y del grueso *Samán*, en la Toma, en un torrente que sale de las montañas graníticas del Rincón del Diablo. Al entrar en el baño no hay que temer las picaduras de los insectos, sino los pelillos rojizos que cubren las vainas del *Dolidus pruriens*, y que diseminados en la atmósfera llegan traídos por el viento. Cuando se pegan al cuerpo estos pelillos, bien caracterizados con el nombre de *picapica*, excitan una comezón extraordinariamente irritante. Se siente uno picado sin ver la causa del mal.»

«Ll
nas a
ausent
situac
todos
instru
Mil ve
pre nu
españ
son a
han ge
tura e
nos re
nos pr
todo l
dueño
ba de
esposa
ternid
que al

LA HOSPITALIDAD

«Llegamos muy tarde a Maracay. Las personas a quienes íbamos recomendados se hallaban ausentes; pero apenas advirtieron los vecinos la situación embarazosa en que nos encontrábamos, todos nos ofrecieron alojarnos, guardar nuestros instrumentos y encargarse de nuestras mulas. Mil veces se ha dicho, pero el viajero tiene siempre nueva necesidad de repetirlo: las colonias españolas son la tierra de la hospitalidad, y lo son aun allí donde la industria y el comercio han generalizado las comodidades y cierta cultura entre los colonos. Una familia de canarios nos recibió con la cordialidad más amable; se nos preparó una excelente comida y se evitaba todo lo que pudiera coartar nuestra libertad. El dueño de la casa (D. Alejandro González), andaba de viaje con asuntos mercantiles, y su joven esposa acababa de conocer los goces de la maternidad. Grande fue su alegría cuando supo que al volver de Río Negro pasaríamos por An-

gostura, a las márgenes del Orinoco, en donde se encontraba su esposo. Le llevaríamos la noticia del nacimiento de su primogénito. En aquellos países, como entre los antiguos, el viajero a quien se da hospitalidad es el conductor más seguro para las comunicaciones. Hay correos, es verdad, pero los correos no siguen caminos directos, y los particulares les confían raras veces sus cartas para los Llanos. Se mandó que nos trajeran al niño en el momento de la partida. Le habíamos visto por la noche, pero estaba dormido; era preciso que nos hiciéramos cargo de la fisonomía. Prometimos describírselo fielmente al padre, rasgo a rasgo; pero la joven esposa, viendo nuestros libros e instrumentos, sentía una cruel inquietud, pues decía que en un viaje tan largo y con tantas preocupaciones de otro género, podíamos olvidar hasta el color de los ojos del niño. ¡Dulces hábitos de la hospitalidad, expresión candorosa de la confianza que caracteriza la primera edad de la civilización!»

«D
busc
tra l
las p
cer a
Guac
casa
caba
nado
los, r
brem
cuadr
desn
de la
cuida
jan c
tiene
de co
llane

EN LOS LLANOS

«Después de pasar dos noches a caballo y de buscar inútilmente durante el día un abrigo contra los ardores del sol bajo el follaje tupido de las palmeras *Murichi*, llegamos antes de anocheecer a la hacienda del Caimán, llamada también Guadalupe. Es un hato de ganado, es decir, una casa aislada en la estepa, rodeada de pequeñas cabañas cubiertas de juncos y de pieles. El ganado, que se compone de toros, caballos y mulos, no estaba encorralado, sino que vagaba libremente en una extensión de muchas leguas cuadradas. No hay campos acotados. Hombres desnudos de la cintura para arriba y armados de lanzas, recorren a caballo las sabanas para cuidar de los animales, recoger a los que se alejan demasiado de la finca y herrar a los que no tienen la marca del propietario. Estos hombres de color, designados bajo el nombre de peones llaneros, son unos libres, otros manumitidos y

otros esclavos. No hay raza alguna más constantemente expuesta a los rayos devoradores del sol de los trópicos. Se alimentan de carne puesta a secar en el aire, y ligeramente salada. Hasta sus caballos comen carne a veces. Siempre montados, no imaginan que alguien pueda recorrer a pie el trayecto más insignificante. Encontramos en la finca a un viejo esclavo que gobernaba en ausencia del amo. Se nos hablaba de millares de cabezas de ganado bovino que pastaban en la estepa, y sin embargo, no pudimos conseguir un jarro de leche. Nos dieron a beber una agua amarilla, fangosa y fétida en calabazas de *tutumo*. Esa agua provenía de un pantano próximo. Es tal la pereza de los habitantes de los Llanos, que nadie piensa en hacer un pozo, aun cuando existe la seguridad de que ahondando diez pies, casi en todas partes corren hermosos veneros dentro de una capa de conglomerado rojo. Después de sufrir seis meses a causa de las inundaciones, aceptan pacientemente la más penosa escasez de agua durante la otra mitad del año. El viejo negro nos aconsejó que cubriésemos el vaso con un lienzo, y que bebiéramos como a través de un filtro, para que no nos incomodara el mal olor y para que tragáramos la menor cantidad posible de la arcilla inmundada y rojiza que tiene el agua en suspensión. No pensábamos entonces que durante meses y meses tendríamos que recurrir a este medio para beber

agu
men
de h
se a
med

agua. La del Orinoco está muy cargada de elementos terrosos, y es fétida en los recodos donde hay acumulación de cocodrilos muertos que se amontonan en los bancos de arena o quedan medio hundidos entre el fango.»

DON CARLOS DEL POZO

«En Calabozo, es decir, en el interior de los Llanos, encontramos una máquina eléctrica de grandes discos; encontramos electróforos, baterías, electrómetros, y, en suma, un gabinete casi tan completo como el de un físico europeo. Estos aparatos eran la obra personal de un hombre que jamás había visto un modelo, que no podía consultar con nadie y que sólo conocía los fenómenos de la electricidad por la lectura del *Tratado*, de Sigaud de La Fond, y de las *Memorias*, de Franklin. D. Carlos del Pozo, que así se llama aquel hombre estimable e ingenioso, comenzó por hacer máquinas eléctricas de cilindro, empleando grandes jarras de vidrio que rompió por el cuello. Al cabo de algunos años, pudo obtener que le enviaran de Filadelfia dos platillos, y así construyó la máquina de discos. Pruducía con ella los efectos más importantes. Es fácil imaginar cuántas dificultades tendría que vencer el Sr. del Pozo desde el día en que

llegaron a sus manos los primeros tratados sobre electricidad que conoció, y en que resolvió valientemente procurarse, con su propia industria, todo lo que veía descrito en aquellas obras. Hasta nuestra llegada sólo había gozado de la sorpresa y de la admiración con que veían sus experiencias las personas desprovistas de instrucción que le rodeaban y que no habían abandonado en su vida la soledad de los llanos. Nuestra residencia en Calabozo le proporcionó la ocasión de experimentar una satisfacción desconocida para él. Es de comprender que tuvieran a sus ojos cierto valor las apreciaciones de dos viajeros que podían comparar los aparatos que él había hecho con los que se fabrican en Europa. Yo llevaba conmigo electrómetros de paja, de bola de saúco y de láminas de oro forjado, y una botellita de Leyde que se podía cargar por frotamiento, según el método de Ingenhouss, y que me servía en mis experiencias fisiológicas. El Sr. del Pozo no pudo contener su júbilo, al ver por primera vez en su vida instrumentos que él no había fabricado y que parecían copia de los suyos. Le mostramos también el efecto del contacto de los metales heterogéneos en los nervios de las ranas. Los nombres de Galvani y de Volta se oían por primera vez en aquellas vastas soledades.»

LA PESCA DEL GIMNOTO

«Después de los aparatos eléctricos, obra de la sagacidad industriosa de un habitante de los Llanos, nada podía interesarnos en Calabozo como los gimnotos, aparatos eléctricos animados. Mi dedicación constante, desde hace muchos años, a trabajos de electricidad galvánica, y el entusiasmo que nos impulsa a la investigación, pero que nos impide darnos cuenta de lo que se ha descubierto, me llevaron a buscar con impaciencia, desde que llegué a Cumaná, la ocasión de procurarme anguilas eléctricas, pues yo había construído, sin darme cuenta de ello, verdaderas pilas, colocando discos metálicos, unos sobre otros, e intercalando fragmentos de carne muscular u otras substancias húmedas. Se nos habían hecho muchas promesas que no fueron cumplidas y que dejaron defraudadas nuestras esperanzas. El dinero pierde su valor a medida que se aleja uno de las costas, ¿y cómo vencer la flema imperturbable del pueblo cuando no le excita el deseo del lucro?

«... Trabajo nos costó formarnos una idea de esta pesca extraordinaria; pero pronto vimos que nuestros guías volvieron de la sabana después de hacer un rodeo, para traer mulas y caballos indómitos. Eran treinta por todos los animales de que iban a servirse para la pesca. Comenzaron por obligarlos a entrar en el pantano.

«El ruido extraordinario causado por el pataleo de las bestias, obliga a los gimnotos a salir del fango en que se hunden, y los excita a la lucha. Las anguilas, de un verde amarillento, parecen más bien grandes serpientes acuáticas. Ya en la superficie del agua, se agrupan bajo el cuerpo de los caballos y mulas. La lucha entre animales de una organización tan diferente presenta el espectáculo más pintoresco. Los indios, con varas de junco, largas y delgadas, se sitúan en derredor del estanque, sin dejar una sola salida. Algunos de ellos toman asiento en los árboles, cuyas ramas se prolongan horizontalmente sobre la superficie del agua. Dan gritos salvajes, y agitando sus largos juncos, azuzan a los caballos y a la vez les impiden la salida cuando las bestias, espantadas, procuran saltar sobre las orillas del charco. Las anguilas, aturridas por el ruido que hacen los indios y los cuadrúpedos, se defienden disparando descargas reiteradas de sus baterías eléctricas, y durante mucho tiempo la ventaja parece estar de su parte y asegurarles la victoria. Muchos caballos

sucumben por la violencia de los golpes invisibles, que hieren los órganos más esenciales a la vida. Agobiados por la fuerza y la frecuencia de las conmociones, desaparecen bajo el agua. Otros, jadeantes, con la crin erizada y los ojos extraviados por la angustia, se levantan y procuran huir de aquella tempestad que los sorprende; pero azuzados por los indios, vuelven a la parte media del estanque. Algunos, sin embargo,—los menos,—logran burlar la activa vigilancia de los pescadores. Salen, pues, a la orilla, y se les ve vacilar y caer sobre la arena, agotados por la fatiga, con los miembros adormecidos a causa de las conmociones eléctricas que les han producido los gimnotos.

» En menos de cinco minutos se habían ahogado ya dos caballos. La anguila, de cinco pies de largo, se adhiere al vientre del caballo, y hace una descarga con toda la extensión de su órgano eléctrico. Ataca simultáneamente el corazón, las vísceras y el *plexus coeliacus* de los nervios abdominales. Natural es que el efecto experimentado por los caballos sea más poderoso que el producido en el hombre por el mismo pez, cuando le toca sólo por una de sus extremidades. Probablemente los caballos no mueren a consecuencia de la descarga, sino que caen fuera de sentido, y no pueden levantarse por impedirlo la pelea de los gimnotos con los otros caballos.

» Creíamos firmemente que la pesca terminaría con la muerte sucesiva de los animales empleados en ella; pero poco a poco disminuye la impetuosidad de aquel combate desigual, y los gimnotos, fatigados, acaban por dispersarse. Necesitan de un largo reposo y de una alimentación abundante para reparar la fuerza galvánica que han perdido. Los caballos y mulas se mostraban cada vez menos asustados; ya no se les erizaba la crin, y los ojos no tenían el extravío del espanto. Los gimnotos iban aproximándose tímidamente á la orilla del estanque, y se les cogía con harpones pendientes de largas cuerdas. Cuando éstas se conservan secas, los indios no sienten conmoción alguna al sacar los peces. En pocos minutos obtuvimos cinco grandes anguilas, ligeramente heridas y durante la noche nos pescaron algunas más por los mismos medios.»

EN PELIGRO

«Jamás olvidaré su fidelidad abnegada (habla de Bonpland), de la que me dio la prueba más grande durante una tempestad que se abatió sobre nosotros el 6 de abril de 1800, en medio de la corriente del Orinoco. Nuestra piragua tenía ya los dos tercios de su capacidad llenos de agua, y los indios que nos acompañaban empezaron a echarse al río para salvarse a nado. Mi generoso amigo me rogó que siguiese el ejemplo que nos daban, y me ofreció salvarme de este modo.

»La suerte no quiso que pereciéramos en aquel desierto, en donde a una distancia de diez millas a la redonda, nadie hubiera descubierto ni nuestra suerte ni el menor vestigio de nuestro paso. La situación en que nos hallábamos era verdaderamente espantosa; la ribera estaba a una distancia de media milla, y sobre la superficie del agua asomaban en parte las formas de un gran número de cocodrilos. Aun esca-

pano
los
sido
los p
los k
y los
de li
de p
dria
vein
tan
allí
el m
de v
chue
No
nues
»j
pués
sobr
de n
no a
nub
nos
Fran
sent
sami

pando al furor de las olas y a la voracidad de los cocodrilos, y suponiendo que nos hubiera sido dado poner el pie en tierra firme, quedaban los peligros del hambre y de los tigres, porque los bosques son tan espesos en aquellas riberas, y los árboles están entrelazados por tal número de lianas, que hay una imposibilidad absoluta de penetrar en ellos. El hombre más robusto podría difícilmente avanzar una milla francesa en veinte días, con el hacha en la mano. Y el río es tan poco frecuentado, que apenas si pasará por allí una canoa de indígenas cada dos meses. En el momento más peligroso y crítico, una ráfaga de viento hinchó la vela de nuestro barquichuelo y nos salvó de un modo incomprensible. No perdimos sino algunos libros y parte de nuestras provisiones.

»¡Qué felices nos sentíamos por la noche, después de haber desembarcado, cuando nos vimos sobre la arena, cenando, sin que faltara uno solo de nosotros! La noche estaba oscura y la luna no apareció sino por un instante a través de las nubes empujadas por el viento. El religioso que nos acompañaba dirigió sus oraciones a San Francisco y a la Santísima Virgen. Y todos nos sentimos agitados por los más profundos pensamientos...»

EL JAGUAR

«Pocos meses antes de nuestra llegada, un jaguar de gran talla, y que no obstante eso, pasaba por ser de corta edad, hirió a un niño jugando con él. Empleo con toda seguridad una expresión que puede parecer extraña, y la empleo porque pude comprobar por mí mismo ciertos hechos que no dejan de ser interesantes para la historia de los animales. Un niño y una niña, los dos indígenas, de ocho y nueve años, estaban sentados sobre la hierba en un lugar próximo al pueblo de Atures, en medio de una sabana que cruzamos varias veces. Eran las dos de la tarde. Llega un jaguar, se acerca a los dos niños y empieza a saltar en torno de ellos. Ya se oculta entre las altas gramíneas, ya se lanza, enarcando el lomo y bajando la cabeza, como nuestros gatos domésticos. El niño ignora el peligro que corre, y no parece comprenderlo sino cuando el jaguar empieza a darle manazos en la cabeza. Los golpes, suaves primero, van ha-

ciéndose cada vez más rudos, hasta que, por último, las garras del animal rompen la piel de la cabecita y brota la sangre con fuerza. La niña entonces toma una rama de árbol y azota al animal, que huye.

Acuden los indígenas al oír los gritos de los dos niños, y ven al jaguar que se retira dando saltos y sin pensar en hacer movimientos de defensa.

»Se nos trajo al chiquitín, que parecía vivo e inteligente. La garra del jaguar le había levantado la piel en la base de la frente y le había dejado otra cicatriz en la coronilla. ¿Qué significa este acceso de alegría en un animal que, si bien llega a ser domado muy fácilmente en los jardines de aclimatación, se muestra constantemente feroz y cruel? Si se quiere admitir que, seguro de su presa, jugaba con el indito, como juegan los gatos con un pajarillo tronchándole las alas, ¿de qué manera se explica la mansedumbre de ese jaguar corpulento que huye azuzado por una niña? Si el jaguar no estaba acosado por el hambre, ¿á que fin venía que se acercase a los dos niños?

Hay misterios en los afectos y en los odios de los animales.

»Hemos visto leones que mataron a tres o cuatro perros que les introdujeron en su jaula, y que desde el primer momento acariciaron al quinto perro, que menos tímido, tomó por la

melena al rey de los animales. Los hombres ignoran el secreto de estos instintos. Diríase que la debilidad inspira un interés tanto mayor cuanto más confiada se muestra.»

«I
el ni
pies,
que
sado
las g
das
mira
sol, a
esper
esos
mien
» E
son n
los R
pures
Dudo
hombr
que l
lluvi

LOS MOSQUITOS

«Las capas inferiores de la atmósfera, desde el nivel del suelo hasta una altura de 15 ó 20 pies, se hallan pobladas de insectos venenosos que forman como una especie de vapor condensado. Colocándose uno en lugares oscuros,—en las grutas de las cataratas, por ejemplo, formadas por bloques de granito superpuestos,—y mirando hacia la abertura, iluminada por el sol, aparecen nubes de mosquitos, más ó menos espesas, según la agrupación o dispersión de esos animalillos, que giran sin cesar en movimientos suaves y cadenciosos.

»En la misión de San Borja los mosquitos son más intolerables que en Carichana; pero en los Raudales, en Atures, y sobre todo, en Maipures, el sufrimiento llega al último extremo. Dudo que haya un país en la tierra donde el hombre esté expuesto a tormentos más crueles que los que sufre allí, durante la estación de lluvias. Pasados los 5° de latitud, se siente nie-

nos el tormento de los mosquitos; pero en el alto Orinoco las picaduras producen más resquemores, porque el calor y la falta absoluta de viento hacen del aire un cáustico cuando se pone en contacto con la piel.

»—¡Qué bien debe uno de estar en la luna,—decía un indio saliva al P. Gumilla,—pues según la vemos de hermosa y de clara ha de hallarse libre de mosquitos! Estas palabras, que traducen las ideas de la primera infancia de un pueblo, son, en verdad, notables. En todo el Nuevo Mundo el satélite de la tierra es para el salvaje americano la patria de los bienaventurados y el país de la abundancia. El esquimal, que se considera rico cuando posee una tabla o un tronco de árbol arrojado por las corrientes a una costa que carece en absoluto de vegetación, ve en la luna ilimitadas florestas. Y el indio de los bosques del Orinoco encuentra en los valles de la luna, yermas sabanas cuyos habitantes no conocen la picadura de los mosquitos.

»Avanzando más hacia el sur, donde comienza el sistema hidrográfico de las corrientes amarillentas y oscuras llamadas *aguas negras*, en las riberas del Atabapo, del Temi, del Tuamini y del Río Negro, gozamos de un reposo, y pudiéramos decir, de una dicha que no esperábamos. Estos ríos, como el Orinoco, atraviesan selvas profundas; pero los insectos tupidos,

como
negra
blanc
ción
larva
consi
cos?..
y los
entra
térmi
el mu
de m
grand
a un
«Ya t
rica.»
jéram
misio
cada
piern
que c
blanc
deja l

como los cocodrilos, huyen de donde hay aguas negras. ¿Estas, un poco más frías que las aguas blancas, y diferentes también por su composición química, son por ventura adversas a las larvas y ninfas de los zancudos que podemos considerar como verdaderos animales acuáticos?... Pero nuestro alivio fue de poca duración, y los sufrimientos comenzaron de nuevo cuando entramos en el Casiquiare. En la Esmeralda, término oriental del Alto Orinoco, donde acaba el mundo conocido de los españoles, las nubes de mosquitos son casi tan densas como en las grandes cataratas. En Mandavaca encontramos a un viejo misionero que nos decía tristemente: «Ya tengo mis veinte años de mosquitos en América.» Y nos mostraba las piernas, para que dijéramos un día, *por allá*, lo que sufren los pobres misioneros en las selvas del Casiquiare. Como cada picadura deja un puntito negruzco, las piernas del fraile estaban de tal modo atigradas que difícilmente se podía reconocer el color blanco de la piel a través de las manchas que deja la sangre coagulada.»

EL RAUDAL DE MAIPURES

«Para abarcar con una sola mirada el carácter grandioso de estos sitios salvajes, hay que situarse en la pequeña eminencia de Manimi, muro de granito que sale de la sabana, al norte de la iglesia que hay en la Misión, y que no es sino una prolongación de la gradería de que se compone el raudalito de Manimi. Hemos visitado frecuentemente esa montaña, porque la vista no se cansa de contemplar el espectáculo extraordinario que se oculta en uno de los parajes más lejanos del mundo. Al llegar a la cima de la roca, los ojos miden de pronto una sábana de espuma que tiene por lo menos una milla de extensión. Enormes masas de piedra, negras como el hierro, salen de su seno: rocas agrupadas de dos en dos, que parecen columnas basálticas; otras en forma de torres, o de castillos, o de ruinas. Su color sombrío contrasta con el centelleo argentino de la espuma. Cada roca y cada islita es un tiesto desbordante de árboles vigo-

rosos. Desde el pie de esas columnas, y hasta donde alcanza la vista, hay un pesado cendal de vapores tendidos sobre la superficie de las aguas. Y a través de la blanquecina niebla se levantan hacia el cielo las cimas de las altas palmeras. ¿Qué nombre dar á estos árboles majestuosos? Supongo que se trata del *Vadgiai*, nueva especie del género *Oreodoxa*, cuyo tronco tiene más de ochenta pies de largo. Las hojas, en forma de penacho, tienen un brillo metálico, y se levantan casi rectas hacia el cielo. A cada hora del día cambia de aspecto la capa de espuma. Ya proyectan sobre ella sus sombras las islas montuosas y las palmeras; ya se quiebran los rayos del sol poniente en la nube húmeda que cubre la catarata. Se forman arcos de colores, que desvanecidos un momento, vuelven á presentarse de nuevo: juguetes ligeros del aire, su imagen se mece sobre la llanura.

»Tal es el carácter del paisaje que se descubre desde lo alto de la montaña de Manimi, no descrito por ningún viajero. No temo repetirlo: ni el tiempo, ni el espectáculo de las cordilleras, ni mi residencia en los tibios valles de Méjico, han podido borrar la viva impresión que me dejaron los raudales. Cuando leo descripciones de ciertos paisajes de la India, embellecidos por aguas vivas y por una vegetación potente, la imaginación me retrata el mar de espuma y los penachos de las palmeras surgiendo de una capa vaporosa.

Sucede con las escenas majestuosas de la naturaleza lo que con las obras sublimes de la poesía y de las artes: dejan un recuerdo que se repite sin cesar durante toda la vida, y que se asocia a todos los sentimientos de lo grande y de lo bello.

»La tranquilidad de la atmósfera y el movimiento tumultuoso de las aguas, forman un contraste que es característico de aquella zona. Jamás el soplo del viento agita los follajes, ni las nubes ocultan el esplendor de la bóveda azul del cielo.

»Una gran masa de luz se difunde en la atmósfera, en la tierra, cubierta de plantas de hojas bruñidas, y en el lecho del río, que se extiende hasta perderse de vista. Esto sorprende al viajero nacido en el norte de Europa. La idea de un sitio salvaje, con un torrente que se precipita de roca en roca, va ligada en su imaginación a la idea de un clima en que frecuentemente se mezcla el fragor de la tempestad al rugido de las cataratas; en donde las nubes, en días sombríos y brumosos, parecen bajar como falanges hasta el fondo de las cañadas y rasgarse en el cono agudo de los pinos. El paisaje de los trópicos, en las regiones bajas de los continentes, tiene una fisonomía particular: un aspecto grandioso y tranquilo que se conserva aun cuando alguno de los elementos luche con furia contra invencibles obstáculos.

BIBLIOTECA

«C
pesta
sierto
fera
consi

«Cerca del Ecuador, los huracanes y las tempestades son privativos de las islas, de los desiertos áridos y de los lugares en que la atmósfera cubre superficies cuya radiación difiera considerablemente.»

LA SELVA PANTANOSA

«Los recodos del río Temi producen inundaciones en la selva, de más de media legua cuadrada. Para evitar las sinuosidades de la corriente, y abreviar la navegación, se avanza de la manera más extraordinaria que pueda imaginarse.

»Los indios indicaron que debíamos dejar el lecho del río, y subimos hacia el sur, a través del bosque, por sendas, o sean canales de una anchura de cuatro a cinco pies. Estas sendas se forman en el bosque inundado, exactamente como las que abre el hombre en un terreno seco. Para ir de una misión a otra, procuran los indios pasar con sus canoas, siempre por el mismo trayecto; pero como las comunicaciones no son muy frecuentes, la fuerza de la vegetación opone a veces obstáculos inesperados. Un indio, armado de machete, cuya hoja mide cerca de catorce pulgadas de largo, iba en pie a proa, y cortaba sin cesar las ramas que obstruían el ca-

nal por ambos lados. El monte se espesaba, y de pronto oímos un ruido extraño. Fijamos la atención y vimos un tropel de toninas que tenían cuatro pies de largo, y que agitando con estrépito la maleza, se abrieron paso hasta rodear nuestra canoa. Las toninas se ocultaban entre las ramas de un *Bombax Ceiba*, y huyeron a través de la espesura de la selva, lanzando esas columnas de agua y aire comprimido a que deben el nombre de sopladores que se les da en todas las lenguas. ¡Curioso espectáculo, en el centro del continente, a trescientas y cuatrocientas leguas de las desembocaduras del Orinoco y el Amazonas!»

LA FILOSOFÍA DEL SOLDADO

CONTEMPLATIVO

«La mañana era fresca y hermosa. Llevábamos treinta y seis días de estar presos en una estrecha canoa, tan movable, que la habría volcado el peso de alguien que se levantara bruscamente de su asiento, sin advertir a los remeros para que restableciesen el equilibrio, apoyándose en la otra banda. Habíamos sufrido cruelmente á causa de las picaduras de los insectos; pero resistimos á la insalubridad del clima. Pasamos sin zozobrar, sorteando a tiempo las cataratas y represas que ponen obstáculos a la navegación fluvial, y la hacen a veces más peligrosa que las más largas travesías marítimas. Después de todo lo que habíamos sufrido hasta entonces, es lícito, lo creo al menos, que hable de la satisfacción que experimentamos por haber llegado hasta los afluentes del Amazonas, a través del istmo que separa dos gran-

des sistemas fluviales, y por estar asegurado el fin más importante de nuestra expedición, que era la determinación astronómica del curso que sigue el brazo del Orinoco que se precipita en el Río Negro y cuya existencia había sido demostrada y negada alternativamente desde hacía medio siglo. Lo que el hombre ha procurado alcanzar durante mucho tiempo, parece cobrar un interés mayor a medida que se aproxima el momento de lograrlo. Las riberas deshabitadas del Casiquiare, cubiertas de bosques y sin recuerdos de los tiempos pasados, ocupaban entonces mi mente, como la ocupan hoy las riberas del Eufrates y del Oxo, célebres en los fastos de los pueblos civilizados.

»En el interior del Nuevo Continente casi se acostumbra uno a ver al hombre como algo que no es esencial en el orden de la naturaleza. La tierra está oculta bajo una capa espesa de vegetales, y nada detiene el libre desarrollo de ésta. Un inmenso mantillo muestra la acción ininterrumpida de las fuerzas orgánicas. Los cocodrilos y las boas son señores del río: el jaguar, el pécarí, la danta y los monos atraviesan sin temor y sin peligro la selva, que es para ellos una antigua heredad, no disputada. Este aspecto de la naturaleza viva, en que el hombre es un ser completamente nulo, tiene algo de extraño y triste. En el Océano y en los arenales del África, se habitúa el espíritu, aunque con dificultad,

a ver la soledad como algo inherente a escenarios que nada tienen de común con el que forman nuestras campiñas, nuestros bosques y nuestros riachuelos, y no sorprende el silencio que nos rodea; pero en un país fértil, vestido y engalanado de frondas eternas, queremos buscar las manifestaciones del poder humano, y al no encontrarlas dijérase que hemos sido transportados a un mundo diferente de aquel en que nacimos.

»Estas impresiones son tanto más intensas cuando mayor ha sido su persistencia. Un soldado que pasó toda la vida en las misiones del Alto Orinoco, descansaba cerca de nosotros a las márgenes del río. Era un hombre inteligente. Durante una de aquellas noches serenas de los trópicos, empezó a dirigirme preguntas sobre la magnitud de las estrellas, sobre los habitantes de la luna y sobre otras mil cosas que yo ignoraba tanto como él. Viendo que mis respuestas no dejaban satisfecha su curiosidad, me dijo en tono firme:

»—No; yo no creo que haya hombres en los astros. Ha de ser aquello como la tierra cuando va uno de Yávita al Casiquiare. Yo creo ver en las estrellas, como aquí, un llano con muchas hierbas y mucho monte, atravesado por un río.

»Al citar estas palabras, traduzco la impresión que produce el aspecto monótono de aque-

llas soledades. ¡Que esta monotonía no se refleje en el diario de nuestra navegación, y que no fatigue al lector acostumbrado a la descripción de los sitios y a los recuerdos del Viejo Continente!»

EN LA COSTA DE CARTAGENA

«El 8 de marzo partí de Batabanó, que está en la costa austral de la isla de Cuba, a bordo de un navichuelo que apenas tenía veinte toneladas. Por carecer de agua, entramos al puerto de la Trinidad, en el extremo oriental de la isla, y pasamos allí dos días en una región bella y romántica. Hasta el 30 de marzo no llegamos a Cartagena. Habitualmente la travesía se hace en seis u ocho días; pero la calma fue casi constante, y el viento que tuvimos era muy débil. La corriente marina y la incredulidad del capitán, que no tenía confianza en mi cronómetro, nos llevaron muy lejos, hacia el oeste, de suerte que caímos en el golfo de Darién. Fue necesario entonces subir, siguiendo la costa durante ocho días, lo que era muy difícil y de mucho peligro por el viento tempestuoso que sopla constantemente durante aquella estación, y que en esos parajes procede ordinariamente del levante. Anclamos en el río, y herborizamos durante dos días en

una región que ningún observador había pisado antes de nosotros. Encontramos una naturaleza magnífica, rica en palmeras, pero salvaje, y llevamos un número considerable de plantas nuevas. La desembocadura del río, (situada entre la del río Atrato y la del Magdalena), tiene una anchura de cerca de dos millas, y está llena de cocodrilos. Vimos allí a los indios del Darién: pequeños, anchos de pecho, deprimidos, y en general, lo contrario de los caribes; pero bastante blancos y más gordos, más musculosos, más llenos que los indios que he visto hasta ahora. Viven sin coacción y en absoluta independencia.

»Ya ves que si nuestro viaje ha sido largo y difícil, nos ofrece sin embargo muchos objetos interesantes. Desgraciadamente, corrimos el mayor peligro al terminar este viaje, ya cerca de Cartagena.

»Queríamos penetrar en el puerto a toda costa. El mar estaba furiosamente encrespado. Nuestro navichuelo, (y no es culpa mía sino tomé otro mayor, pues no los hay menos pequeños entre Cuba y Cartagena), nuestros navichuelo resistía con muchas dificultades contra la violencia de las olas, y de pronto se inclinó sobre un costado. Una ola espantosa pasó por encima de nosotros e iba a devorarnos. El piloto permaneció impassible en su puesto; pero de pronto gritó: *No gobierna el timón*. Nos creíamos perdidos;

pero intentando el recurso final, se soltó una vela, que flotó libremente, y levántandose el navio con un movimiento brusco, quedó en la cresta de una nueva ola, y nos salvamos detrás de la Punta de los Gigantes.

»Aquí me amenazó un peligro tal vez mayor. Hubo un eclipse de luna, y para observarlo mejor, dispuse que se me llevara en una lancha a la costa. Pero apenas había desembarcado con mis compañeros, oímos un ruido de cadenas. Algunos negros cimarrones, muy fuertes, que se habían escapado de la cárcel de Cartagena, salieron precipitadamente de los matorrales, con las hachas en las manos, y corrieron hacia nosotros, tal vez para apoderarse de nuestro buque, pues, sin duda, habían visto que estábamos indefensos. Corrimos hacia el mar, pero difícilmente tuvimos tiempo para embarcarnos y abandonar la costa».

«E
mayo
mont
hoy s
por l
—y I
co o s
der ll
cer al
frío e
llegar
que n
lizarl
sólo d
acerc
que e
tentat
sus h
indio
hende

EL CRÁTER DEL PICHINCHA

«He llegado en dos ocasiones, el 26 y el 28 de mayo de 1802, al borde del cráter del Pichincha, montaña que domina la ciudad de Quito. Hasta hoy sólo La Condamine había visto ese cráter,—por lo menos, se ignora que otro lo haya hecho,—y La Condamine no llegó sino después de cinco o seis días de investigaciones inútiles, sin poder llevar sus instrumentos y sin poder permanecer allí más de doce o quince minutos, a causa del frío excesivo reinante en aquella cima. Yo pude llegar con mis instrumentos, tomé las medidas que más interesa conocer y recogí aire para analizarlo. Hice mi primera excursión acompañado sólo de un indio. Como La Condamine se había acercado al cráter por la parte baja del reborde, que está cubierta de nieve, yo hice mi primera tentativa por esa misma dirección y siguiendo sus huellas. Estuvimos a punto de perecer. El indio cayó, hundiéndose hasta el pecho en una hendedura, y con horror nos dimos cuenta de

que habíamos pasado por un puente de nieve endurecida, pues a pocos pies de nosotros se veían agujeros que dejaban libre entrada a la luz. Sin saberlo, caminábamos sobre bóvedas que cubren el cráter. Espantado, pero no desalentado, cambié de proyecto. Salen de la cintura del cráter, lanzándose, por decirlo así, sobre el abismo, tres picos o tres rocas, que no están cubiertas de nieve, porque los vapores que exhala la boca del cráter la funden constantemente. Subí a una de estas rocas y encontré en el vértice una piedra que, sostenida por un lado y minada por la base, avanzaba sobre el precipicio en forma de balcón. Allí me instalé para hacer mis experiencias. Pero la piedra no tiene más que doce pies de largo y seis de ancho, y la agitan con violencia las frecuentes sacudidas de los terremotos. Contamos diez y ocho en menos de treinta minutos. Para examinar mejor el fondo del cráter, nos echamos boca abajo. No es posible imaginar nada más triste, más lúgubre ni más espantoso que lo que vimos entonces... La boca del cráter forma un agujero circular de cerca de una legua de circunferencia, cuyos bordes, tallados a pico, están cubiertos de nieve en la parte superior. La cavidad es de una intensa negrura; pero el abismo tiene tales dimensiones, que se distingue en su interior la cima de muchas montañas. El más alto de aquellos picos parecía estar a trescientas

toes
dónd
de qu
ciuda
cráter
otros
te no
vidad
que n
los va
boca;
movi
nutos
ta los
distan
gran c
vió a
pués c
volví
go Bo
marqu
númer
utiliza
del crá
mos q
gunda
median
cha, hu
indios
duda e

nieve toesas más abajo de nosotros. Júzguese, pues, dónde estará la base de esas montañas. No dudo de que el fondo del cráter esté al nivel de la ciudad de Quito. La Condamine encontró el cráter apagado y cubierto de nieve; pero nosotros llevamos a los habitantes de Quito la triste noticia de que su volcán vecino está en actividad. Tuvimos de esto señales tan evidentes que no era posible dudar. Casi nos sofocaban los vapores de azufre cuando nos acercamos á la boca; veíamos aquí y allí llamas azules que se movían de una a otra parte; cada dos o tres minutos sentíamos el fuerte sacudimiento que agita los bordes del cráter, y que se advierte a una distancia de más de cien toesas. Supongo que la gran catástrofe del 7 de febrero de 1797, volvió a encender los fuegos del Pichincha. Después de haber visitado esta montaña yo solo, volví dos días después, acompañado de mi amigo Bonpland y de Carlos de Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre. Llevábamos mayor número de instrumentos que los que yo había utilizado la primera vez, y medimos el diámetro del cráter y la altura de la montaña. Encontramos que el primero tiene 754 toesas, y la segunda 2.477. En el intervalo de los dos días que mediaron entre una y otra ascensión al Pichincha, hubo un temblor muy fuerte en Quito. Los indios lo atribuyeron a ciertos polvos que sin duda eché al fondo del volcán.»

LAS CORDILLERAS DEL ANÁHUAC

«Hay pocas regiones en el Nuevo Continente que impresionen tanto al viajero por la proximidad de los más opuestos climas. Toda la parte occidental de la intendencia de Veracruz, ocupa la pendiente de las Cordilleras del Anáhuac. Basta el transcurso de un día para que los habitantes de aquel país, bajen desde la zona de las nieves perpetuas a las llanuras que se extienden junto al mar y en las que reina un calor sofocante. No hay ningún otro país en donde se reconozca mejor que allí, cuando el viajero va del puerto de Veracruz al llano de Perote, el orden admirable con que se suceden las diferentes tribus de vegetales, como si formaran capas superpuestas. A cada paso se ve algún cambio en la fisonomía del país, en el aspecto del cielo, en la forma de las plantas, en la figura de los animales, en las costumbres de los habitantes y en el género de cultivo a que éstos se dedican.

»A medida que la altura es mayor, la natura-

leza p
za de
sucul
lores
mejic
ha d
dica c
razón
desca
ese m
te al
punto
direc
morta
de liqu
follaje
bre la
ante e
basált
de la
vo de
despie
En Sa
pino a
tarse
viajer
recibe
Ochoo
demas
visten

leza parece menos animada, disminuye la belleza de las formas vegetales, los tallos son menos succulentos y las flores menos grandes y de colores menos vivos. La presencia de la encina mejicana devuelve la tranquilidad al viajero que ha desembarcado en Veracruz, y ella le indica que está fuera de la zona temida con tanta razón por los pueblos del norte, puesto que allí descarga toda su fuerza la fiebre amarilla. Y ese mismo límite inferior de las encinas, advierte al colono, habitante de la llanura central, del punto extremo adonde le es permitido bajar en dirección de la costa, sin temer la enfermedad mortal del vómito. Cerca de Jalapa, los bosques de liquidámbar, con la frescura de sus verdes follajes, anuncian que las nubes suspendidas sobre la superficie del Océano se detienen allí, ante el obstáculo que les presentan las cimas basálticas de las Cordilleras. Más arriba, cerca de la Banderilla, ya no madura el fruto nutritivo del banano. Es la región brumosa y fría que despierta al indio y lo estimula para el trabajo. En San Miguel llegamos a la altura en que el pino aparece sin que la encina deje de presentarse a la vista, pues todavía la encuentra el viajero en los altos llanos de Perote, donde lo recibe la sonriente extensión de los trigales. Ochocientos metros más arriba, el clima es ya demasiado frío para la encina, y las rocas se visten únicamente de pinares, cuyas copas pe-

netran en la zona de las nieves perpetuas. Así, basta el transcurso de algunas horas, para que el físico recorra en este país maravilloso toda la escala de la vegetación, desde la heliconia y el banano, cuyas hojas bruñidas toman considerables dimensiones, hasta el parenquima enjuto de los árboles resinosos.»

as. Así,
que el
oda la
onia y
onside-
enjuto

LAS SOCIEDADES AMERICANAS

EN LA OBRA DE HUMBOLDT

cón

ch
so
pu
ex
de
lit
via
la
de
de
qu
Es
Hu
br
sál
los

CÓMO SE ESCRIBIÓ

CÓMO SE PUBLICÓ Y CÓMO SE TRADUJO EL «ENSAYO
POLÍTICO SOBRE LA NUEVA ESPAÑA»

La visita de Humboldt a Méjico no es un hecho indiferente para el estudio científico de las sociedades americanas. Sin la menor hipérbole puede asegurarse que antes de Humboldt no existían aquellas sociedades para los hombres de pensamiento sino en la región poética de la literatura narrativa o en las descripciones de los viajeros, y que después del *Ensayo político sobre la Nueva España*, del *Ensayo político sobre la isla de Cuba* y del tomo IX de la *Relación histórica del viaje á las regiones equinocciales*, todo el que quiere conocer el mundo social de la América Española, tiene que seguir o continuar la obra de Humboldt, que perdura entre la sucesión de libros efímeros, como las hermosas columnas basálticas que se destacan entre las espumas de los raudales de Maipures.

El paso del conde de Revillagigedo por el virreinato de la Nueva España fue muy fecundo en bienes de todo género; pero el mayor de todos es, sin disputa, la preparación de los riquísimos materiales, que aprovechados sagazmente por el genio investigador del barón de Humboldt, se incorporaron como una corriente viva en el insuperable *Ensayo sobre la Nueva España*. Algún día se escribirá puntualmente, y será un acto de justicia, lo que debe Humboldt a Revillagigedo; pero lo que, aun cuando ya se ha dicho, no se ha dicho cuanto fuera necesario, es la deuda de la cultura humana al barón de Humboldt por lo que todos califican como su obra capital y como la obra capital en el estudio social de los pueblos de América.

Después de los *Cuadros de la Naturaleza*, que fueron un acontecimiento europeo, el *Ensayo sobre la Nueva España* ocupó un sitio de honor al lado de esos libros que desde su aparición, y antes de ella, quedan consagrados para siempre y entran en la corriente general de la cultura de todos los pueblos.

Sin duda, el *Ensayo sobre la Nueva España* no ha sido traducido a tantas lenguas como los *Cuadros de la Naturaleza*; pero si el campo de su difusión es menos amplio, puede asegurarse que como obra de autoridad, pocas habrá que hayan alcanzado igual influjo.

A principios de 1811, Humboldt decía que «en

este valle de lágrimas no había ventura posible para un libro cuando no lo anunciaba *Le Journal de l'Empire* con su voz que hablaba simultáneamente a treinta mil personas.» Dirigió, pues, una súplica a su amigo Malte-Brun,—*la musa de la geografía*,—y le pidió que insertase en el periódico una noticia en estos términos: «El día 1.º de marzo se pondrá a la venta un libro de M. Humboldt, titulado *Ensayo político sobre la Nueva España*, cinco volúmenes en 8.º, Schoell, librero, calle Fossés-Saint-Germain-L'Auxerrois, número 29.» Y el 17 de abril daba las gracias a su querido y respetable amigo M. A. Pictet, por los extractos que había hecho de su *Méjico*. «Esto será muy benéfico para mí,—agregaba Humboldt,—pues en estos tiempos los libros se hallan en un estado muy *asténico*.»

El 3 de junio escribía de nuevo a Malte-Brun: «Le hago a usted una súplica con la franqueza natural en mi carácter. No tengo ningún interés directo en la venta de mis obras, pero me preocupo mucho por los libreros, que hacen anticipos demasiado considerables para la edición de mis publicaciones. Un anuncio escrito por usted mismo puede ser un factor importante para la venta de la obra. ¿Me atrevería a rogarle que hiciese en su diario un extracto diminuto de mis tres obras: *Estadística de Méjico* (el *Ensayo*), *Astronomía* (*Observaciones en el Nuevo Continente*) y *Estudios de la Naturaleza* (los *Cuadros*)? No su-

pondrá usted que soy tan indiscreto que le pida elogios para mis libros. Eso sería necedad y no franqueza...»

Los ingleses,—hay que hacerles justicia,—se precipitaron sobre el *Ensayo político*, y se lo apropiaron como dominio británico o colonia de Su Majestad.

Ya desde 1805, es decir, seis años antes de que se publicara el *Ensayo*, Humboldt tenía la seguridad de que la *Estadística de Méjico*, nombre con que se designó primeramente el *Ensayo*, tendría muy buena aceptación en Inglaterra. La *Estadística* era por entonces en la mente del autor, y tal vez en la del editor de París, M. Schoell, «una obrita que se vendería muy bien en aquellas circunstancias», y que el autor podría publicar fácilmente en pocos meses.

Los editores Longman y Rees, de Londres,—dicho sea para mengua de Longman y Rees,—en las pláticas que tuvieron con un representante de Humboldt, hicieron a éste indicaciones ofensivas para un hombre de su autoridad en el mundo científico. «Podría yo quejarme de la enorme indelicadeza de esos señores Longman y Rees,—decía Humboldt a Pictet,—que me aconsejan la lectura de ciertos libros, suponiendo que no los conozco, cuando yo los tuve en mis manos, por lo menos cinco años antes de que en su isla encantada se conociese la existencia de tales obras. Me han tratado como si fuese un comer-

ciante en paños, o más bien como un fabricante de quien se teme que, por falta de existencias en almacén, sea capaz de pretender que pase con su marca un artículo procedente de otra fábrica. El resultado de todas estas maniobras es el siguiente: Señor, no queremos obras científicas, sino cuentecitos como los del príncipe Libou, y sobre todo, una estadística de Méjico para saber cuáles son los precios de la cochinilla en esta plaza.»

Ya en el camino de la sátira, Humboldt no se detenía fácilmente. «La tal estadística,—escribía,—vuelve locos a nuestros diplomáticos (ingleses). Mr. Hammond dice que esto vale 1.000 libras, y me habló de tal modo, que, según parece, él prefiere esas tablas estériles a todo lo que la imaginación y la ciencia pudieran producir. Pues bien, tendrán su estadística, y usted, amigo mío, recibirá la primera parte del manuscrito dentro de algunos meses.»

Con una verba endemoniada, él, que no supo en su vida ganar un cuarto, que se arruinaba haciendo viajes y que acababa de arruinarse para publicarlos, agregaba en su carta a Pictet, hablando como el más metalizado de los mercenarios: «El deseo de ganar dinero y el temor de que, a pesar nuestro, se publique una copia que tiene el príncipe de la Paz, me impulsan a comenzar la edición desde luego. Está toda la obra en español, pero la traduzco (al francés), y hago

comparaciones con Europa, a la Playfair. Sobre todo, escribo el original tal como debe imprimirse, para que produzca a la vista el efecto de un cuadro estadístico. Añadiré: primero, una gran carta de Méjico, que usted ha visto y que es el trabajo más completo que poseo; tiene, por ejemplo, los nombres de 900 minas y las nuevas divisiones de las provincias; segundo, la gran carta del valle de Méjico y de los alrededores, pues la de Robertson es enteramente falsa; tercero, el perfil desde la ciudad de Méjico hasta el mar; cuarto, el corte de uno a otro mar; quinto, una nota de los materiales que han servido para construir la carta. A causa de estas planchas, la mejor forma será un pequeño infolio: ellas lo exigen. Espero que toda alma inglesa se regocijará viendo tantos pesos, y más aún si toma los pesos por sus ponderosas libras esterlinas, a menos que quisiéramos *traducirlos*.

»A juzgar por todo lo que poseo sobre las minas, sobre la enorme exportación de plata y sobre el comercio, y a juzgar también por los materiales que proporcionan la carta y el perfil para el ataque del país, creo que la obra será muy picante.

»Debo creerlo tanto más, cuanto que veo el efecto que produjo en Londres, si juzgo por lo que me dijo lord Harrowby, el *Present State of Peru*, gran en 4.º, traducido del *Mercurio Peruano* español, y en el que se han diluido

millones de ineptias, efecto de la ignorancia científica y lingüística.»

Por lo demás, aquella *Estadística de Méjico* no debía ser lo que fue cinco años más tarde el *Ensayo político sobre la Nueva España*. Lo principal de «la tela», como decía Humboldt, había de quedarse para la *Relación histórica del viaje*, que todavía entonces no había resuelto truncar. «La *Estadística* no contiene nada sobre la parte física y las costumbres. Será una obra precisa, como las de Playfair; obra para comerciantes y políticos.» Y ya veía de antemano el efecto que produciría un libro de esa clase en Inglaterra, juzgando por el efecto que el autor personalmente había producido en lord Harrowby. Este lord Harrowby, que negociaba en las cortes europeas una coalición contra Francia, y sus colegas lord Gower, sir George Jackson y Mr. Geoage Hammond, — «toda la raza diplomática», en suma, — estaban encantados. «Me creían completamente afrancesado, escribe Humboldt, y no les cabía en el juicio que hablase el inglés con cierta facilidad y que supiese manejar el tenedor con la mano izquierda.»

Poco a poco fue dejando el autor sus primitivos planes, y la diminuta *Estadística* que debía salir a luz en 1505 o en 1506, puesto que el manuscrito estaba completo en febrero de aquel año y sólo faltaba traducirlo y arreglarlo; se alargó hasta «llevarse toda la tela» y formar

los cuatro volúmenes del *Ensayo sobre la Nueva España*.

Los editores *leopardos*, como llamaba a los ingleses, no podían excusar un zarpazo, y lo dieron con buen éxito para ellos. La obra, traducida al inglés por John Black, apareció en 1811-1812. Humboldt tuvo que acudir a la fuente inagotable de su serenidad y de su ironía para no indignarse contra el Sr. Black y para no darle un tiro. El Sr. Black paseó intrépidamente su estulticia por los cuatro volúmenes del *Ensayo*. «Salgo muy maltratado, escribía Humboldt a M. Pictet, su paño de lágrimas, el 17 de abril de 1817; pero el hombre (Black) es de una imbecilidad amarga. «Esto parecía ser ya un argumento para alegar la exculpación.» Ha puesto notas, á lo que él dice, para su solaz. Asegura que no ha habido una sola alma en Inglaterra que pudiera decirle lo que significa *moffette*. La expresión *raza del Cáucaso*, —nombre de una variedad de Blumenbach,—le parece una elevación de estilo. Y en cambio, rabia por erratas de imprenta que un niño podría salvar...»

Pero a pesar del traductor, la obra tuvo en Inglaterra un éxito más halagador quizás que en parte alguna. Humboldt, autoridad científica en Francia, en Alemania, en Italia, en España, en los Países Bajos, en Suiza y en Rusia, fue en Inglaterra, con el *Ensayo político*, un oráculo financiero que tenía su trípode en la Bolsa de Londres.

El capitalismo inglés, bajo la fe del *Political Essay on the Kingdom of New Spain*, y tal vez sin tomarse el trabajo de leerlo, envió a Méjico tres millones de libras esterlinas, sólo para la explotación minera. Y las compañías interesadas en aquellos negocios imprimían un tomo de *Selections on Mexico*, de las obras del barón de Humboldt, a quien se ofreció la dirección general de las negociaciones inglesas, «lo que por buenas razones», él no aceptó.

Y así, unas veces bien traducido y otras mal traducido; unas veces bien entendido y otras mal entendido; estudiado unas veces con fines desinteresados y otras estudiado para sacar una conclusión práctica o para justificar algún acto, resuelto de antemano, el *Ensayo político* ha sido la fuente de todos los errores y de todos los aciertos. Ese libro fue el inspirador de Mora y de Alamán, de Zavala y del Dr. Mier. Sus páginas animaban á los agentes de Jackson y de Polk en sus planes de filibusterismo. La obra de Humboldt puso celajes magníficos en las obsesiones insensatas de Napoleón III. Y no pudo estar ausente en los planes reestructores de Díaz y Limantour.

Con todo, el *Ensayo político sobre la Nueva España* no es un libro mejicano: es la obra fundamental de toda la América Española.

LAS SOCIEDADES AMERICANAS

EN LA OBRA DEL BARÓN DE HUMBOLDT

Humboldt no sólo sabía ver con profundidad: sabía ver en grande, abarcando el conjunto de las cosas. No se perdía entre la maleza de los datos minúsculos, ya se tratase de las plantas o de las rocas, de los climas o de las sociedades. El hombre que había creado la gran generalización en que se funda la geografía científica; a saber: que todos los hechos capitales de la vida vegetal, animal y humana encuentran su principio unificador en un sistema coherente de relaciones de aquellos hechos, con el relieve del suelo en el sentido vertical, y con la forma que en el sentido horizontal afectan las superficies de la tierra; el hombre que no creía pensar sino reduciendo todos los hechos a un orden capaz de elevarlo hasta las síntesis geniales de que fue autor, no era quien podía limitarse a ver en las sociedades americanas sólo el dato particular y

el ra
las i
color
y co
dad
al pa
pond
Ve
ocup
los 4
tud b
poseí
perab
tro ve
Esta
ve go
bía c
segun
Grana
cinco
cas; se
mala;
bana c
da, Ca
en tot
rrida,
y la H
rios pe
das. Po
enorme

el rasgo pintoresco. «Únicamente generalizando las ideas,—dice;—únicamente considerando cada colonia un su relaciones con las colonias vecinas, y con la metrópoli, se puede tener la seguridad de llegar a resultados exactos y de asignar al país que se discute el lugar que le corresponde...»

Veía a las posesiones de España en América ocupando todo el territorio comprendido entre los 41°,43 de latitud austral, y los 37°,43 de latitud boreal. Los dominios que el rey de España poseía en América tenían una extensión que superaba dos veces la de los Estados Unidos y cuatro veces la del Imperio Británico de la India. Esta enorme masa territorial se dividía en nueve gobiernos, independientes unos de otros. Había cuatro virreynatos: Primero, el de Méjico; segundo, el del Perú; tercero, el de la Nueva Granada, y cuarto, el de Buenos Aires. Y había cinco capitanías generales: Primera, la de Caracas; segunda, Puerto Rico; tercera, la de Guatemala; cuarta, la de Chile, y quinta, la de la Habana con las Floridas. El Perú, la Nueva Granada, Caracas, Puerto Rico y Guatemala se hallan en totalidad comprendidos dentro de la zona tórrida, mientras que Méjico, Buenos Aires, Chile, y la Habana con las Floridas, abarcaban territorios pertenecientes en parte a las zonas templadas. Pero la altura de las Cordilleras, sus masas enormes, el gran número de planicies que se ex-

tienden a 2.000 y a 3.000 metros sobre el nivel del mar, y a mayor altura todavía, dan a cierta parte de las regiones equinocciales una temperatura que permite cultivar el trigo y los árboles frutales de Europa. La latitud, por sí sola, influye tanto menos cuanto mayor es el relieve montañoso y la magnitud de una masa orográfica.

Considerados sólo desde el punto de vista de la fertilidad, los dominios americanos del rey de España se agrupaban por categorías muy diversas. Las provincias de Cumaná, Nueva Barcelona y Venezuela ocupaban el primer lugar. Esto y la articulación de las costas, extraordinariamente favorable para un gran desarrollo mercantil, daban a ciertos ramos de la agricultura un grado de perfección más alto en Caracas que en la Nueva España. Efectivamente, el Bajo Orinoco y la parte boreal de la Nueva Granada no diferían considerablemente de las provincias de Caracas en cuanto a fertilidad, y eran muy superiores a casi todas las de la Nueva España; pero como factor industrial, «el valor prodigioso de la explotación metálica, permitía en Méjico el cultivo de tierras áridas que, gracias a las obras artificiales de riego, no son menos productivas que las tierras húmedas, y la formación de centros de población considerables, próximos unos a otros, y por tanto un grado de civilización muy superior al de las otras colonias.» La influencia de la explotación minera de Méjico

en el C
pues, l
cedia a
nias.

Toda
cías de
así:

P
P

La i
do, era
Los
a cada

Virreina
ña y
Guate
Virreina
nia ge
Virreina
nada.
Virreina
Capitaní
Capitaní
bana y

La A
tonces e
tuaron s

(1) De

en el comercio de Europa y de Asia, explicaba, pues, la preferencia que la corte de Madrid concedía a Méjico respecto del resto de sus colonias.

Todas ellas en conjunto exportaban mercancías de un valor de 68.500.000 pesos, repartidas así:

Productos agrícolas.....	30.000.000
Productos mineros.....	38.500.000

La importación, comprendiendo el contrabando, era de 59.000.000.

Los productos de exportación correspondían a cada división política del modo siguiente:

PAÍSES	PRODUCTOS	
	Agrícolas.	Mineros.
Virreinato de la Nueva España y Capitanía general de Guatemala.....	9.000.000	22.500.000
Virreinato del Perú y Capitanía general de Chile.....	4.000.000	8.000.000
Virreinato de la Nueva Granada.....	2.000.000	3.000.000
Virreinato de Buenos Aires..	2.000.000	5.000.000
Capitanía general de Caracas.	4.000.000	»
Capitanía general de la Habana y Puerto Rico (1). ..	9.000.000	»

La América Española se dividía ya desde entonces en dos grupos, que posteriormente acentuaron sus diferencias características: En territo-

(1) Después de la enajenación de la Florida.

rios esencialmente agrícolas y territorios mineros.

Todas las exportaciones de oro y plata que formaban el objeto casi único de la explotación en el ramo de minas, procedían de Méjico, Perú, Chile, Nueva Granada y el Alto Perú, comprendido en el virreinato de Buenos Aires. Los otros países: Buenos Aires, Caracas, la Habana y Puerto Rico, proporcionaban por sí solos la mitad de las exportaciones agrícolas. Para hacer más sensible esta diversidad de potencia productora, reflejada en las exportaciones, hay que considerar la población. Caracas, la Habana y Puerto Rico, exportadoras de 13.000.000 de productos agrícolas, en un total de 30.000.000, tenían una población de

PAÍSES	Habitantes.
Caracas (sus nueve provincias).....	900.000
Habana y Puerto Rico (1).....	800.000
TOTAL.....	1.700.000

en los que están comprendidos 230.000 esclavos de Cuba y Puerto Rico y 54.000 de Caracas.

(1) Debe tenerse en cuenta que la población de Cuba y Puerto Rico, sobre todo el elemento negro, aumentó considerablemente entre 1790 y 1825. Llegó a alcanzar una cifra de 925.000 almas en las dos islas.

Los datos del texto se fundan en cálculos aproximados del aumento de población entre 1791, año en que se llevó

La
38.500
extrac
era la
bre el
mente

Nu
Nu
Pe

a cabo
que las
moción
un estu
tes sob
planter
1817 da
tidos a

Esto
para n
La in
tre los
33.409.
consid
negros
en 180
1802 su
año m
1816 fu
a 1820
dujo

La población de los países exportadores de 38.500.000 pesos de productos mineros, y cuya extracción minera llegaba en total a 45.000.000, era la siguiente, no contando el Alto Perú, sobre el cual los datos estadísticos eran absolutamente inaceptables:

Nueva España y Guatemala...	8.000.000
Nueva Granada.....	1.800.000
Perú y Chile.....	1.800.000
TOTAL.....	11.600.000

a cabo un empadronamiento general, y el de 1811, en que las Cortes trataron la cuestión de la esclavitud, a moción de los diputados Argüelles y Alcocer, y se hizo un estudio minucioso de todos los documentos existentes sobre la población de Cuba, para ilustrar la cuestión planteada por los diputados. El empadronamiento de 1817 da un total de 572.363 habitantes, en Cuba, repar- tidos así:

Blancos.....	257.380
Libres de color.....	115.691
Esclavos.....	199.292

Estos datos tienen el grado de exactitud necesario para nuestro objeto, y no es preciso discutirlos aquí.

La introducción de esclavos en Cuba fue de 60.000 en tre los años 1521 y 1763. Desde 1763 hasta 1790, fue de 33.409. Desde 1790 hasta 1820, la introducción aumentó considerablemente. En 1790, la importación de esclavos negros alcanzó la cifra de 2.534; en 1791 subió a 8.498; en 1801 descendió al punto más bajo con 1.659; pero en 1802 subió a 13.832, y sin que se importara en ningún año menos de 1.000, en casi todos pasaba de 4.000. En 1816 fue de 17.737, y en 1817, de 25.811. El total de 1790 a 1820 es de 225.574. El régimen de la esclavitud introdujo a Cuba, en tres siglos de trata, 372.449 negros.

Es todavía mayor el contraste si comparamos dos de estas divisiones políticas:

PAÍSES	Población.	Exportación de productos agrícolas.
Nueva España y Guatemala..	8.000.000	9.000.000
Habana y Puerto Rico.....	800.000	9.000.000

Y más aún si consideramos las importaciones, que arrojan:

Nueva España y Guatemala..	>	22.000.000
Habana y Puerto Rico.....	>	11.000.000

o sea una capacidad de consumo del exterior que era para Méjico de menos de tres pesos, y de más de trece para las posesiones antillanas.

Méjico se presentaba ya desde entonces como la fachada deslumbradora de un edificio sin fondo ni cimientos; país sujeto a la acción enervadora de dos millones y medio de indios ilotizados que tenía entonces; país tributario, entonces como hoy, cuyas riquezas forman el caudal asombroso de un conde de la Valenciana o los enormes dividendos de un sindicato londinense; pero que carece de una miserable ración de maíz para sus hijos; país por lo mismo condenado a las más hondas perturbaciones morales y a los peligros de la absorción, en forma desmem-

bradora por el vecino anglosajón, que codicia sus riquezas y explota sus debilidades.

Y este dato sobre Méjico podía extenderse a otras de las antiguas colonias de España, aunque en escala menor. Y puede servir asimismo para explicar las derogaciones de la ley de estancamiento y ruina a que casi todas ellas parecían destinadas, no menos que las derogaciones de la ley de gran prosperidad a que otras eran acreedoras por sus recursos naturales. Así, por ejemplo, las provincias de la Capitanía de Caracas, con una agricultura tan activa, con un sistema de costas maravillosamente articulado, con una población inteligente y ambiciosa, que llevó siempre la supremacía del genio político, con la vecindad estimuladora de los ingleses y de los holandeses, permaneció, sin embargo, en un estado inferior a las promesas que parecían desprenderse de su situación excepcional a principios del siglo xix. ¿Apreció Humboldt este fenómeno? Yo creo que sí. No en el *Ensayo político sobre la Nueva España*, sino en el tomo IX de la *Relación histórica del viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*. Este es, en cierto modo, un estudio compensador del optimismo, demasiado complaciente acaso, del *Ensayo político*. Entre 1811 y 1825, Humboldt ha tenido ocasión de observar nuevos hechos y de hacer nuevas comparaciones. El que quiera sacar provecho de la lectura de los libros de Humboldt,

debe tener en cuenta la trans formación de las ideas del autor durante el transcurso de los años.

Venezuela, territorio espléndidamente dotado para el cultivo de artículos coloniales, no puede competir en la producción de cereales con los países situados al norte del golfo de Méjico. Y las ventajas de sus radas y golfos se anulan por la situación que ocupa el país en el fondo de un saco, y por no tener un *hinterland* suficientemente explotable, ni estar industrializado en el grado á que era preciso llegar para esperar los beneficios de un extenso tráfico.

Comparando el grupo de las colonias españolas que se habían emancipado hasta entonces, (1825), con los pueblos americanos de habla inglesa, Humboldt encontraba datos concluyentes contra algunos de los acentos más líricos de su obra relativa a la Nueva España, publicada en 1811. Muchos que han querido corregirlo después, proceden ignorando las rectificaciones hechas por él mismo en su libro de viaje.

A su admiración de naturalista maravillado ante el espectáculo de la zona tórrida, sucede la reflexión del estadista que estudia los efectos del clima tropical obrando con su acción paralizadora para detener el aumento de la población humana y el desarrollo de la riqueza. Mientras los Estados Unidos,—y lo mismo podría decirse años más tarde de la República Argenti-

na,—bajo un cielo templado y en un suelo que se prolonga sin relieves abruptos,—y que cuenta con un sistema fluvial benéfico para la tierra y favorable para las comunicaciones; mientras los Estados Unidos se abrían a la colonización, ofreciendo tierras libres al emigrante de Europa, sofocado por la presión económica, ¿cuál era la perspectiva de las nuevas repúblicas españolas?

Méjico se presentaba a la vista del observador bajo un aspecto triste, sin ríos, sin un buen régimen de lluvias, y, por lo mismo, sin porvenir para la colonización. Alguien escribió en Europa: «Méjico tendrá cien millones de habitantes en 1913» (1). «No»—contestaba Humboldt.—Y llevando su pensamiento desde los valles de

(1) Las riquezas fiscales, o tributadoras, de Méjico eran la causa de una gran ilusión respecto de la potencia del país como asiento de hombres libres y felices.

El fisco español sacaba de Méjico dos tercios del producto neto de todas sus colonias, americanas y asiáticas, y las colonias daban el 20 por 100 de los gastos del gobierno de la metrópoli; pero, además, el monopolio mercantil de España en América daba a las cajas del real Tesoro, por derechos aduanales, de cuatro a cinco millones de pesos, y muchas manufacturas españolas vivían de América, sin cuyo mercado, que tenían abierto por la fuerza, no hubieran podido subsistir. Así, pues, lo que significaba sólo para el gobierno de la metrópoli la posesión de sus colonias americanas era 8.000.000 de líquido remisible y 5.000.000 de derechos aduanales sobre artículos extranjeros destinados a América, en un total de 35.000.000 de pesos a que montaban sus gastos.

Guanajuato,—una Lombardía,—al extremo austral de la Cordillera de los Andes, veía en la agrupación sedentaria de ocho millones de indígenas, herederos de una agricultura precolombina,—es decir, en la mitad de la población de los países organizados por la actividad española,—la condición inmovible, dejando aparte las de clima y situación geográfica, propia para perpetuar un tipo de civilización estacionaria. «La raza bronceada—decía—ha permanecido envuelta en su timidez y desconfianza y en su impasibilidad misteriosa, sin tomar parte en los movimientos sociales, que, aun á pesar suyo, tendrán que serle benéficos algún día, mientras los hombres de color,—negros, mulatos y mestizos libres,—han abrazado con calor la causa nacional.» ¿Por qué? «Mucho tiempo antes de la revolución, los indios eran agricultores pobres y libres, que, aislados por la lengua y por las costumbres, vivían sin contacto con los blancos.»

El indio no era un esclavo, pero tampoco era,—no es,—un hombre libre. Cuando el esclavo negro se emancipa, entra a formar parte activa de las agrupaciones de hombres libres. Así Cuba, en una población de 600.000 almas, tenía, es verdad, 212.000 esclavos; pero de los 388.000 habitantes libres, 114.000 eran de color, o, lo que es igual, habían pasado, directamente o en sus ascendientes, del estado de sumisión al de libertad, y en éste no constituían un elemen-

to aislado. El movimiento de incorporación era tanto más rápido cuanto mayor era la actividad económica en la isla de Cuba. Pero en las antiguas colonias continentales, sobre todo en las del Anáhuac y de la Cordillera, el indio emancipado y elevado a las esferas superiores de la sociedad, es un indio menos, y es un indio excepcional, pues la masa sigue en el secular alestargamiento de sus antepasados.

La condición de los indígenas americanos interesó profundamente al barón de Humboldt, tanto como la condición de los esclavos; pero como después de sus exploraciones en América, y precisamente en el tiempo transcurrido desde su regreso á Europa hasta la publicación de los últimos tomos del viaje, se produjo la abolición total de la esclavitud de los negros en las nuevas repúblicas españolas, el problema que tuvo Humboldt a la vista estaba muy simplificado en sus términos. Por una parte, veía cinco millones de esclavos negros en los Estados Unidos, en las Antillas y en el Brasil; por la otra, ocho o nueve millones de indios en Méjico, en la América central, en Colombia, en Perú y en Bolivia. ¿Cuál era la acción social de la esclavitud y cuál era la del elemento indígena? En los Estados Unidos no se planteaba sólo una cuestión de trabajo y de humanidad, sino una cuestión apremiante de seguridad. Durante un momento, parecía que el elemento africano tendía

a multiplicarse más rápidamente que el caucásico, y así hubiera sucedido sin las oleadas sucesivas de inmigrantes que, ocupando nuevos territorios libres, reducían numéricamente la importancia del negro, y a la vez lo diseminaban en el interior del continente. En las Antillas, los señores de la caña de azúcar vivían preparándose para imponer al gobierno el decreto de emancipación, o para la tragedia sangrienta (1). En el Brasil, como en las Antillas espa-

(1) En la *Representación del Ayuntamiento, Consulado y Sociedad patriótica*, de la Habana, que lleva fecha del 20 de julio de 1811, leemos: «Aún hay más: estamos muy distantes de adoptar máximas que las naciones de Europa, que se glorian de su *civilización*, han mirado como innegables; por ejemplo, la de que sin esclavos no puede haber colonias. Nosotros declaramos, por el contrario, que sin esclavos, y aun sin negros, hubieran podido existir colonias, y que toda la diferencia hubiera consistido en la mayor o menor ganancia y en el aumento menos rápido de los productos. Pero si esta es nuestra firme persuasión, debemos también recordar a V. M. que una organización social, en la que la esclavitud se introdujo una vez como elemento, no puede mudarse con una precipitación irreflexiva. Confesamos que fue un mal contrario a los principios morales, el llevar los esclavos de un continente al otro, y que fue un error en política desatender las quejas que Ovando, gobernador de la Española, dio contra la introducción y acumulación de tantos esclavos al lado de un corto número de hombres libres; pero cuando estos males y abusos son ya inveterados, debemos evitar el que se empeore nuestra posición y la de nuestros esclavos con

ñolas, el peligro negro creaba en el hombre blanco raíces de fidelidad para la dinastía ó la metrópoli, y aplazaban los problemas políticos para después de que se hubiera resuelto el problema social de la esclavitud.

De todos modos, la rapidez de las transformaciones sociales en núcleos de gran riqueza, como Cuba y los Estados Unidos, permitía esperar el fin más o menos próximo de la esclavitud y la transformación del trabajo servil en trabajo mercenario. Lo que no se veía, ni en las remotas previsiones de un moderno Las Casas, era la incorporación social de los indígenas americanos, sedentarios y agricultores, en los grupos de marcada estratificación a que estaban sometidos.

Humboldt no se presentaba con la presunción de haber encontrado explicaciones satisfactorias sobre la ilotización de los indígenas americanos en los países de habla española. Como siempre, reconocía su deuda de justa admiración a los hombres que le proporcionaban datos para llegar a la verdad científica, y más si le presentaban en fórmulas precisas las conclusiones co-

emplear medios violentos. Lo que os pedimos, Señor, es conforme al deseo manifestado por uno de los más ardientes protectores de los derechos de la humanidad y el enemigo más encarnizado de la esclavitud: queremos, como él, que las leyes civiles nos liberten al mismo tiempo de los abusos y de los peligros.»

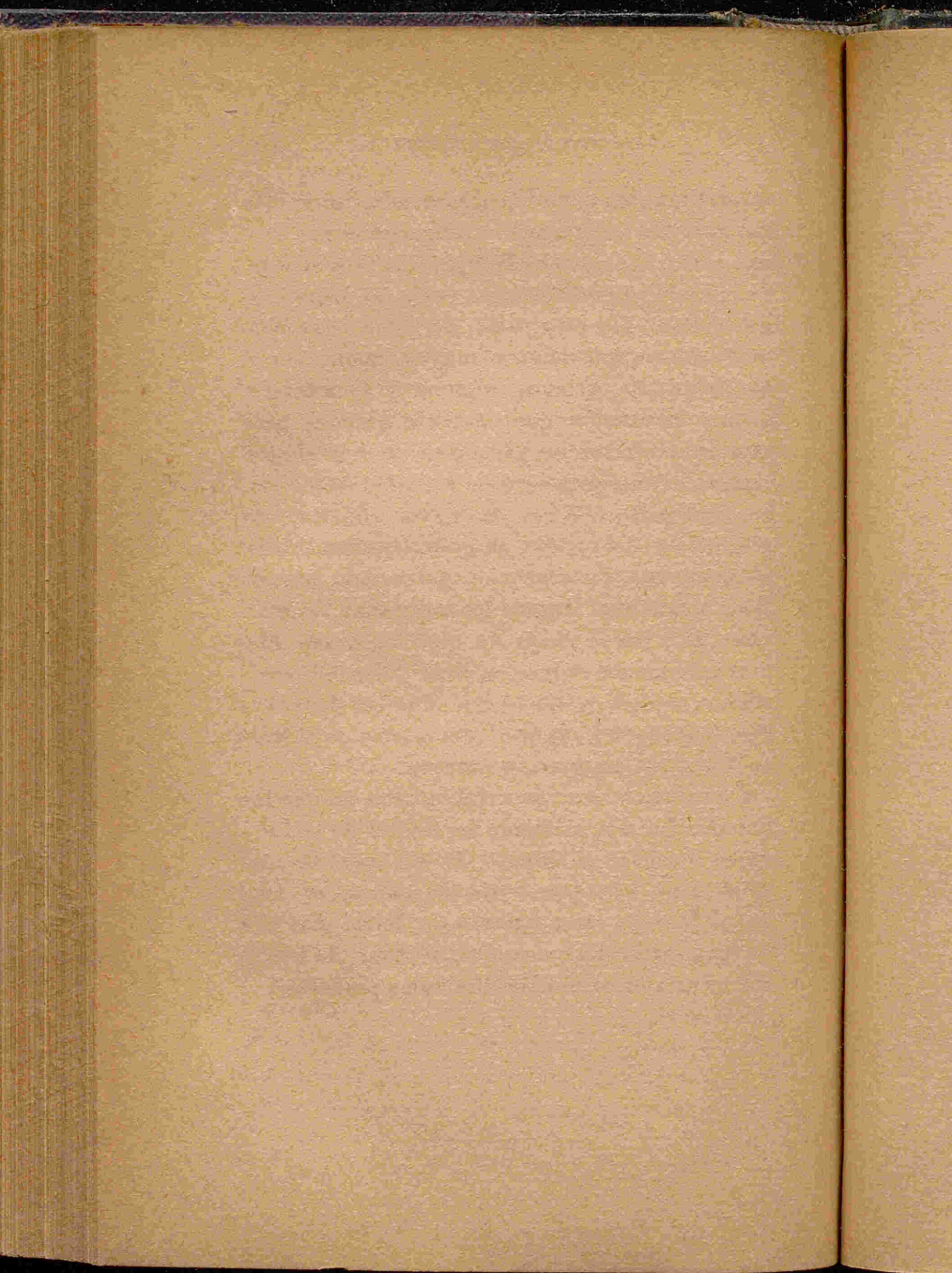
rectas que podían desprenderse de los hechos. El había visto la perplejidad de los juristas españoles, como Solórzano, que se preguntaban en presencia de las leyes de Indias, cómo a pesar de un sistema tan clemente y humanitario, los indígenas de América degeneraban tristemente y no se avenían a formar parte de una sociedad progresiva, con la actividad y el entusiasmo de los negros. Dos hombres eminentes, el virtuosísimo fray Antonio de San Miguel, obispo de Valladolid en la Nueva España, y el que fue después obispo electo de la misma diócesis, D. Manuel Abad y Queypo, persona de gran saber, le demostraron que la causa del abatimiento de los indios, debía buscarse justamente en una legislación que para protegerlos comenzaba por declararlos inferiores y que no era plenamente eficaz sino en la perpetuación de esa inferioridad lamentable.

Si Humboldt hubiera podido anticiparse a los hechos, habría visto con igual tristeza que la independencia, en una reacción insensata de individualismo, barriendo las antiguas leyes que declaraban menores a los indios, los emancipó totalmente, sin conservar el régimen de colectivismo agrario, que era su defensa única contra el mercantilismo despiadado de los blancos, más exterminador, dentro de formas hipócritas, que la codicia de los encomenderos del siglo xvi.

Para Humboldt estas desigualdades aflictivas

encerraban dos temas de meditación, sobre los que discurre largamente su pluma generosa. Por una parte, consideraba la injusticia en sí misma. El indio le interesaba tanto como el negro esclavo. Pero, por otra parte, así como se preocupaba, con un sentimiento muy humano, por el propietario de esclavos, víctima y beneficiario de una institución que contenía grandes peligros, a la vez que los gérmenes de una depravación involuntaria en toda sociedad esclavista, por otra parte veía con la mayor solicitud las dificultades del criollo, en quien recaían principalmente las consecuencias del estado miserable a que habían llegado los indígenas. En gran parte, esta era la causa de que los países hispanoamericanos se mantuvieran lejos del movimiento general, y sin recibir ninguna de las corrientes renovadoras que llevaba consigo al Nuevo Mundo la emigración europea.

De un modo muy especial, notaba ya que los Estados Unidos, salvando los límites de la Luisiana, llevarían el empuje de sus avances conquistadores a los territorios mejicanos, en donde los colonos veían pasar a lo lejos, más allá de las fogatas del comanche, el tropel de los bisontes que recorrían las ilimitadas praderas.



ESPEJISMO Y ENSUEÑOS

din
lor
go
raz
El
sin
es
car
tie
am
exp
ing
ció
su
ile
má
y

¿CUÁNTO GASTÓ HUMBOLDT

EN EL VIAJE?

Humboldt conocía exactamente el valor del dinero; pero para él no tenía ese valor otro valor, que el de un medio para un fin. Un psicólogo ha puesto la avaricia entre las pasiones de la razón y entre las que muestran menos razón. El hombre más despreciable, no moralmente, sino mentalmente, por su falta de imaginación, es el que se muere de hambre, real o metafóricamente, sobre un montón de oro. El egoísmo tiene muchas formas y muchos grados; pero el amor a la posesión por la posesión misma, es la expresión última de la indigencia mental. Washington retardando algunos años la emancipación de sus esclavos, y manteniéndolos contra su conciencia en un estado que él consideraba ilegítimo, es moralmente un ser situado en lo más bajo de la escala de los valores humanos, y no difiere, por la pobreza de emoción y por la

impotencia imaginativa, del que se abandona a las criminales imprevisiones del vicio.

El desinterés tiene cumbres. Se llama Bolívar en la América del Sur, entregando su fortuna a la patria; se llama Francisco Aguilera en Cuba, llegando con serenidad a las durezas de una indigencia contraída voluntariamente por imposiciones de la conciencia. Humboldt no perteneció a este grupo. No fue un héroe, pero fue un hombre superior que supo vivir según su alta concepción de la vida.

«Mi fortuna,—escribía,—mi fortuna líquida, segura, en producto, era el 16 de junio de 1797, de 85.375 táleros 4 granos, cuyos intereses anuales son 3.476 táleros». Y el 13 de junio, en una carta de Méjico decía: «Pensaba hoy que a la vuelta de mi viaje habré tomado de mi capital 8.000 táleros, sin contar lo que gano con la literatura. Probablemente mi capital será de 75.000 táleros en 1804».

Kunth, que descifraba los misterios de la contabilidad de Humboldt, le dio un desengaño, pues le dijo que su fortuna no era sino de 58.500 táleros y que éstos producían 2.854 táleros por año.

Pero un nuevo estado de cuentas a fines de 1805, dio por resultado el conocimiento definitivo de los gastos del viaje, y se supo que la expedición había costado en realidad, pues Humboldt recibía partidas de diversas procedencias,

la cantidad de 38.500 táleros, y que no le quedaban en su activo sino 46.500.

No obstante esto, se arrojó sin vacilar a la empresa de las publicaciones, que no era, por cierto, de las que pueden iniciarse con buen deseo. «Se ha necesitado, en verdad, cierto valor,—escribía en una carta a M. Candolle, el 10 de abril de 1818,—para acabar una obra de botánica cuyas dos ediciones costarán 180.000 francos de gastos de fabricación».

Con una resolución y una esplendidez admirables, alistaba a sus numerosos colaboradores, —Bonpland, Kunth, Oltman, etc.,— y sin contar con el editor, hacía él frente a los gastos, pagando de su peculio el honorario convenido, sin pensar en el reembolso, muchas veces incierto.

En su carta del 1.º de junio de 1820, dirigida al barón de Altenstein, se ve que este ministro de Estado le tendió un cable, y que pudo salir de muy serias dificultades, con la cantidad de 24.000 francos, prometidos desde 1815 por el ministro de Estado Bülow para la publicación de las *Plantas Equinocciales*. Algo del «reconocimiento profundo» que guardó siempre Humboldt por la generosidad del rey de Prusia, facilitando la publicación de una obra que poco a poco llegó a tener un coste de 600 ó 700.000 francos, es deuda de gratitud que América debiera tomar a su cargo.

Entre los rasgos de despredimiento que no es posible omitir, figura la renuncia que hizo Humboldt de 48.000 francos de beneficios a que tenía derecho, según contrato, para que la obra saliese sin demora y para desprenderse él de toda liga pecuniaria que estorbara sus proyectos de viaje a Persia y a la India.

Podía decir, y lo decía, sin jactancia, pero lleno de íntima satisfacción: no tenía ningún interés pecuniario en la venta de sus libros, pues no deseaba sino que saliesen a luz para promover los adelantos de la Ciencia.

L
Hur
dran
dign
L
en u
zále
gico
conc
Eur
soro
plar
cons
para
la E
O
ropa
no,
muc
que

LAS COLECCIONES

Las piedras, plantas y animales recogidos por Humboldt en América tienen una historia muy dramática en parte, y en todos sus puntos muy digna de interés.

La tercera parte de esas colecciones se perdió en un naufragio en que pereció fray Juan González, joven franciscano, valiente, activo y enérgico, que había recorrido muchas regiones desconocidas de la Guayana, y que de regreso a Europa, se encargó de llevar algunos de los tesoros de Humboldt. La desaparición de los ejemplares encomendados al pobre franciscano no constituyó afortunadamente una pérdida irreparable, pues Humboldt se había reservado en la Habana los duplicados.

Otra remisión muy importante que hizo a Europa, con los papeles de viaje, llegó a su destino, pero él nada supo de esto y tuvo durante mucho tiempo una cruel incertidumbre, hasta que ya de regreso para Europa, leyendo en Fi-

ladelfia unas revistas, encontró que «los papeles del Sr. de Humboldt habían llegado felizmente a poder de su hermano».

Las colecciones formaban á veces un bagaje bastante considerable para infundir las más serias preocupaciones. Durante largos meses necesitó de los servicios de 24 indios para el transporte fluvial de sus instrumentos y colecciones, y de 14 mulas en los senderos de las cordilleras.

En su primera carta al rey de Prusia, cuando volvió á Europa, le decía que su colección contenía productos mineralógicos que no existían en ninguna otra colección europea.

«Indiferente a toda posesión personal,—añadía con perfecta sinceridad,—y convencido de que estos objetos tan raros no estarán en ninguna parte mejor que en el excelente museo mineralógico de V. M., ya me ocupo en ordenarlos cuidadosamente y en enviarlos muy bien empacados al ministro de Estado, Luchesini. Sería muy feliz si V. M. se dignara aceptar esta colección de productos mejicanos y peruanos, como débil testimonio de mi adhesión profunda.»

Llamaba la atención especialmente hacia un fragmento de platino encontrado en 1.801 en el Choco, y que pesaba 16 onzas, 1354 gr.

A Karsten le dice que como lo único que ha recibido son distinciones honoríficas, pero ningún auxilio pecuniario, no pudo llevar a Europa todo lo que hubiera querido. Debía, pues,

cont
colec
por c
tant
bold
mien
colec
proc
Pich
sión
Lo t
era c
muse
como
muy
de q
El
Fran
pues
nase
En
sieu
dice
M. P
hom
que
que
traba
todo
M. E

contentarse su querido amigo Karsten con una colección geognóstica que le dedicaba, «pequeña por el número de ejemplares, pero muy importante para el progreso de las ciencias». Humboldt podía señalar la altura, la capa y el yacimiento para cada ejemplar. No había en Europa colección que contuviera objetos como aquellos, procedentes del Chimborazo, del Cotopaxi y del Pichincha. Los objetos duplicados de la remisión destinada a Karsten eran para Klaproth. Lo único que suplicaba Humboldt a su amigo era que no cediese aquella colección a algún museo antes de que él publicara sus obras, pues como no había reservado nada para sí, le sería muy útil poder consultar los raros ejemplares de que se desprendía.

El donativo al museo de Historia Natural de Francia, fue a la vez generoso y caballeresco, pues contenía una petición para que se pensase a Bonpland.

En una ponencia firmada por Lamarek, Jussieu y Desfontaines, el 1.º de enero de 1805, se dice: «Sin hablar de los trabajos particulares de M. Humboldt sobre diversas ciencias que un hombre puede difícilmente abarcar á la vez, y que añaden mucho prestigio a la reputación de que ya gozaba, no hablaremos aquí sino de los trabajos relativos a la botánica, en los que sobre todo ha sido secundado perfectamente por M. Bonpland... Su colección de plantas, conte-

nida en cuarenta y cinco cajas, se eleva a seis milespecies diferentes, entre las cuales una cuarta parte puede ser nueva, lo que debe apreciarse como muy considerable después de los descubrimientos anteriores. Añadiremos que ningún viajero ha traído un herbario más considerable en especies, y que los lugares recorridos por los señores Humboldt y Bonpland, por ser en parte desconocidos de los naturalistas, y por estar situados en lugares cerca del Ecuador y tener producciones muy diferentes de los nuestros, deben ofrecer los elementos de nuevos géneros y de nuevas familias.

» Estas consideraciones debían hacer desear a la administración del museo la posesión de estas nuevas riquezas botánicas, para agregarlas a la gran colección y ensanchar más y más el dominio de la ciencia. El Sr. de Humboldt, que por su parte ha sentido igualmente la importancia de tal adición para el herbario del museo, propone entregar al establecimiento ejemplares de todas sus plantas. Este sabio viajero, noble prusiano, que goza en su país de una fortuna considerable, y que ha hecho este viaje a su costa, nada pide para él en cambio de esta colección. Se contenta con atestiguar que si su expedición ha tenido algún resultado en este punto, ello se debe principalmente a M. Bonpland, quien partió con él de Francia, y que ocupado más esencialmente en las investigaciones botá-

nicas, fue quien recogió el mayor número de las plantas del herbario e hizo las cuatro quintas partes de las descripciones.

»El señor de Humboldt invita a la administración del museo a que haga una recomendación en favor de su amigo, para que la tenga en cuenta la generosidad del gobierno...»

El resultado de la moción hecha por Jussieu, Lamarck y Desfontaines, fue este decreto imperial de 13 de marzo de 1804:

«Napoleón, emperador de los franceses:

.....
»Art. 2.º Como expresión de reconocimiento por este donativo, y de conformidad con el deseo manifestado por el señor de Humboldt, se concede a M. Bonpland, que ha compartido los trabajos de su viaje, una pensión anual de *tres mil francos*...

»Firmado, *Napoleón*.»

VARIOLOSO Y CHAMBELAN

El regreso de Humboldt a Europa era, por una parte, lo que él más anhelaba; pero contenía tres causas de malestar profundo. Primeramente, le anticipaba sufrimientos la readaptación a los climas del norte. ¡Si al menos pudiera vivir en Italia durante algún tiempo! En segundo lugar, cinco años de libertad absoluta, selvática, con toda la extensión y fuerza de la palabra, habían intensificado su odio a las disciplinas artificiosas de la sociedad y de la clase a que él pertenecía. Y, por último, él hubiera querido fijar su residencia en Berlín de un modo independiente; pero a no ser esto posible, y no lo era, encerrarse en un quinto piso de una casita aislada y modesta, en la ribera izquierda del Sena, para ordenar sus papeles y sus ideas y trabajar ininterrumpidamente hasta la terminación de los libros que pensaba publicar.

No bien desembarcó en Europa, dirigió a su rey, Federico Guillermo III, una carta muy di-

plomática, en la que pedía permiso para pasar el invierno en Italia al lado de su hermano, que se encontraba en Roma, pues temía los efectos del clima de Berlín después de cinco años de permanencia en países cálidos. El rey no sólo concedió el permiso que Humboldt solicitaba, «a pesar del vivo deseo que tenía de conocer a un hombre que por amor a la ciencia y con una constancia desconocida hasta entonces, se había expuesto durante años enteros a los trabajos y peligros más grandes, dándole con esto a su patria nueva gloria». Añadía el rey al permiso de permanecer en Italia, la seguridad de que, cuando regresase, recibiría el viajero, no sólo la distinción debida a su glorioso mérito, sino una pensión anual que le permitiera vivir para sí mismo y para las ciencias.

Humboldt permaneció en París hasta marzo de 1805. Se ligó íntimamente con Gay-Lussac en la casa de Berthollet. El origen de esa amistad es honrosísimo para Humboldt. «Durante mi ausencia de Europa, M. Gay-Lussac, que trabajaba a las órdenes de M. Berthollet, demostró que yo me había equivocado en la evaluación de la relación numérica de la absorción de oxígeno por el gas nitroso. Censuró mis errores de un modo muy vehemente. Reconociendo que la censura estaba bien fundada, tuve la buena idea de asociarme a un químico más instruído que yo, y de reemplazar,—como se dice en la

memoria que presenté con Gay-Lussac en la Academia de Ciencias,—un trabajo de mi primera juventud por otro fundado en bases más sólidas.» Humboldt declara que el mérito de haber encontrado el hecho de la saturación, se debe completamente a la sagacidad de Gay-Lussac, y que si en ese hecho, como lo dice Berzelio, está el germen de lo que después se descubrió sobre las proporciones fijas, no es Humboldt, sino Gay-Lussac quien debe recibir la palma.

Estos dos hombres, unidos por sentimientos tan elevados, partieron de París por la vía de Lyon, Chambery, Saint-Jean-de-Maurienne y Mont-Cenis. Bajaron por Turín a Génova, subieron a Pavía y a Milán, y por Parma, Módena y Bolonia llegaron a Faenza y a Rimini, a las orillas del Adriático. Pasando por Nocera y Spoleto, y después de visitar la cascada de Terni, llegaron a Roma los dos sabios.

La casa de Guillermo de Humboldt era el centro de la vida literaria en Roma. Madame Stael «formaba las delicias de la ciudad eterna». Gay-Lussac, embriagado con las bellezas naturales y artísticas que por primera vez perturbaban su vida modesta de sabio, «se dedicó a aprender el italiano». Humboldt hábilmente sustrajo a Gay-Lussac de los peligros del mundo y de las tentaciones del arte...

La voluntad enérgica y tenaz no dormía en la naturaleza de Humboldt. Creía no saber todo lo

que
apro
exper
«com
sobre
la col
paxi,
lado
va cu
Su
ñero
hered
de ge
tifica
a las
aque
lano,
much
socio
Hul
rante
truyó
lupo.
ron «p
de cor
los cor
cia de
Por
la patr
Lussac

que era necesario saber sobre los volcanes, y aprovechando la compañía de Gay-Lussac y la experiencia de Buch, que fue a incorporárseles, «comenzó a ver con más claridad muchas cosas, sobre todo lo relativo a los volcanes». Y aunque la colina del Vesubio, comparada con el Coto-paxi, era lo mismo que un asteroide alemán al lado de Saturno, podía ser tanto más instructiva cuanto más accesible.

Su ascensión al Vesubio, llevando por compañero a un joven americano, Simón Bolívar, rico heredero en quien adivinó una mezcla extraña de genio y entusiasmo, tuvo importancia científica muy grande, no sólo por lo que se refiere a las ideas teóricas de Humboldt, sino porque aquellos días de intimidad con el turista venezolano, iban a darle con el transcurso de los años muchos temas de meditación profunda sobre las sociedades americanas.

Hubo un espantoso cataclismo en Italia durante el viaje de Humboldt. Un terremoto destruyó las ciudades de Isernia, Bojano y Cantalupo. En esta última, la tierra se abrió y surgieron «pirámides de arena mezclada con pedazos de conchas marinas, fenómeno semejante al de los conos de Moya que aparecieron en la provincia de Quito, en 1797».

Por último, había que partir y reintegrarse a la patria. ¿Iría por Viena? No, a causa de Gay-Lussac. «Las ciencias no son un Paladión des-

de que reina en Europa, ininterrumpidamente, una guerra de maháratas.» Visitó a Volta en Como, y se precipitó por el San Gotardo, como si fuera a cruzar el páramos de Pasto. Nunca había sufrido tanto como en el trayecto de Lugano a Lucerna. Toda la Suabia estaba cubierta por una capa de nieve, a principios de octubre. «¡Y dicen, tal vez por broma, que esta es la zona templada!» Pasaría por Heidelberg, Cassel y Gotinga,—con permiso del ejército ruso,—y llegaría á Berlín «para ocuparse exclusivamente en sus trabajos sobre América».

La patria no fue clemente. Una erupción cántea,—viruela, en buenos términos,—lo puso en cama y lo dejó marcado, aunque otros dicen que «el aire boreal de estos desiertos, (*pars mundi damnata a rerum natura*, como dice Plinio), me recibió mal».

Y, sin embargo, no es el clima lo que le contraría y entristece, sino el muro de bronce que le impide toda comunicación mental. Se halla en un mundo extraño y hostil. Es demasiado francófilo. Hay desconfianza y antipatía contra aquel espíritu negador y exótico. Quisiera ser uno de los antílopes que tiene Cuvier en su museo, para estar siempre en aquel centro luminoso adonde lo llevan su imaginación y su deseo. Él, Klapproth, Tralles y Wildenow se consuelan mutuamente. Los cuatro se comprenden, y cuando Humboldt recibe el nombramiento de chambe-

lán, los cuatro sonríen melancólicamente. El agraciado esconde su nombramiento, por un sentimiento de pudor muy comprensible.

«No hable usted de esto,—le escribe a Pictet;—pero diga, en cambio, algo amable acerca de mi rey, que, efectivamente, me distingue mucho.»

CRISIS DE SENSIBILIDAD

En la primavera de 1806 el *desierto despoblado* de Berlín lo tiene melancólico y enfermo. Sufre a causa de una fiebre reumática; pero, sobre todo, lo aflige la soledad. Llama a Carolina von Wolzogen, cuñada de Schiller, y a Goethe, y los cita para Leuchstadt. Su invocación es patética y elocuente. Pocas páginas habrá más hermosas: «A pesar de las masas de montañas y a pesar de los mares, y de lo que es más alto y profundo que ellas y ellos, la evocación de una naturaleza que casi produce espanto por su vivacidad; entre el presente y el pasado, a pesar de los mil fenómenos y figuras que ocupan mis sentidos, me familiarizaba con todo lo que acababa de conocer, y lo que parecía exteriormente extraño, se adaptaba fácilmente a las antiguas imágenes, y así pude reconocer en las selvas del Amazonas y en los contrafuertes de los Andes, que el mismo soplo anima la vida de un polo al otro polo, en las piedras, en las plantas, en los animales y en

el pecho ambicioso del hombre. El sentimiento de la gran influencia de Jena me perseguía por todas partes, y las ideas de Goethe sobre la naturaleza me elevaron, dotándome, por decirlo así, de nuevos órganos para ponerme en contacto con ella.»

El alemán resucita en el sabio poliglota, como si al escribir en su propio idioma, despertasen los sentimientos profundos de la raza, adormecidos momentáneamente.

Empezaba a comprender que se le hubiese nombrado chambelán.

Detrás del diploma estaba el afecto del monarca, y nunca hubo chambelán menos cortesano, ni rey más íntimamente ligado a un oficial de su casa, por los lazos humanos de la simpatía.

LA BATALLA DE JENA

Hemos visto que la influencia de «los días de Jena» le acompañó en sus exploraciones americanas.

Pero Jena, la universitaria, iba á tomar otra significación: iba á ser el nombre simbólico de la humillación prusiana, bajo el caballo del odiado *condottiere*.

Humboldt no malgastó su energía en lamentaciones, ni se hizo galófobo. ¿Por qué? En París estaba el foco antibonapartista. Allí vivían silenciosamente los amigos y los aliados, que aguardaban el día de las vindicaciones humanas.

Su patriotismo buscaba orientaciones, y las encontró. Fue de los grandes reconstructores de su patria, que se sumergía en el cono sombrío de un eclipse vergonzoso.

Con un sentimiento contenido, pero no menos vehemente, habla de los infortunios nacionales en una carta dirigida al pintor Gérard,

con
volv
go í
fue e
mora
truir
han
hacia
mis k
natur
pués
que c
vaga
comp

con fecha 12 de febrero de 1807: «Desde que volví de Italia, y, sobre todo, desde que mi amigo íntimo Gay-Lussac partió de aquí, (la carta fue escrita en Berlín), he vivido en un desierto moral. Los acontecimientos que acaban de destruir nuestra independencia política, y los que han preparado esta caída desastrosa, y que la hacían prever, todo me infunde la nostalgia de mis bosques del Orinoco y de la soledad de una naturaleza tan majestuosa como benéfica. Después de haber gozado de una dicha constante, que duró diez ó doce años, y después de haber vagado en regiones lejanas, ¡he vuelto sólo para compartir las desdichas de mi patria!»

HUMBOLDT EN PARÍS

A LOS CINCUENTA Y TRES AÑOS

Quería buscar consuelo en el trabajo. Consuelo y elementos positivos de reorganización para su patria. «La esperanza de estar cerca de usted me consuela,—dice a Gérard en la carta citada.—Ejecutaré este proyecto tan pronto como me lo permita la delicadeza de mis deberes. Siento diariamente que no es fácil trabajar bien sino en donde otros trabajan mejor en torno nuestro. Así es que la publicación de mis libros no podrá terminar sino cuando regrese a París...» Regresó en 1808, como consejero del príncipe Guillermo, hermano del rey, para aplacar al corso.

Los años de París, en espera de las fatalidades históricas que habían de vengar a su patria; estos años, digo, son los años de la madurez tranquila, en la plenitud feliz de las fuerzas productoras. Poco á poco se fue serenando su espí-

ritu. En París tuvo su centro hasta 1826. El alargamiento indefinido de la tarea americana, que, como se ha visto, llegó a cobrar proporciones colosales, no hubiera sido posible sin la estancia en París, donde el trabajo, facilitado por una colaboración activa de los sabios más ilustres de aquel siglo, tenía además el alivio compensador de una sociedad inteligente. Humboldt fue el tipo perfecto del mundano.

Nadie hubiera dicho que no estaba identificad para siempre con París. Hasta los cocheros de los fiacres, cuando un extranjero les daba las señas del sabio para ir a visitarle, interrumpían la inútil indicación, diciendo: «¡Ah!, sí; a la casa del señor de Humboldt.»

Cambió muchas veces de habitación, pero el tipo de su casa era siempre el mismo, y el mismo su género de vida. «Vivía en el muelle Napoleón, cuarto piso, (muelle de la Escuela, número 26),—cuenta Boussingault,—en un cuarto con vista hacia el Sena, casi en frente de la Moneda. Tenía cincuenta y cinco años, (en realidad cincuenta y tres). Su estatura era mediana; tenía los cabellos blancos, la mirada indefinible y la fisonomía viva y espiritual. Estaba un poco picado de viruela, enfermedad que contrajo en Cartagena, de Indias. Tenía una parálisis del brazo derecho, como consecuencia de la afección reumática que contrajo por dormir sobre un lecho de hojas húmedas en las riberas del Orinoco.

MUSEO DE HISTORIA NATURAL

BIBLIOTECA

Cuando quería escribir o dar la mano, tenía que levantar con la izquierda el antebrazo paralizado, a la altura necesaria. Su traje era del corte que se usaba en la época del Directorio: casaca azul con botones amarillos, chaleco amarillo, pantalón rayado, botas con vuelta,—las únicas que había en París hacia 1821,—corbata blanca y sombrero hecho una lástima.

»Creía encontrar al chambelán del rey de Prusia en una habitación espléndida, y fue por lo mismo grande mi sorpresa cuando entré a la casa del célebre viajero. Trabajaba en una alcoba pequeña, que tenía una cama sin cortinas, cuatro sillas de paja y una gran mesa de pino, en la que escribía. Toda la tabla de la mesa estaba cubierta de cálculos numéricos y de logaritmos. Cuando ya no había espacio para una sola cifra, venía el carpintero y pasaba una garlopa. No tenía libros, o apenas uno que otro, como las *Tablas*, de Callet, y el *Conocimiento de los tiempos*.

»Comía en los *Hermanos provenzales*. Por las mañanas pasaba siempre una o dos horas en el café de Foy, y se dormía allí después del almuerzo.»

Por lo demás, el chambelán de S. M. el rey de Prusia no podía vivir con el esplendor que esperaba Boussingault. Todo el dinero se le iba a Humboldt en imprimir libros y en pagar a sus colaboradores. «Los 625 francos mensuales que tengo aquí,—le dice a su hermano Guillermo,—

no me bastan estando a mi lado el joven Kunth, (su colaborador), y de tiempo en tiempo es necesario que venga una refacción y pagar deudas.»

¿Verdad, señores ministros, señores generales y señores diputados, que cuesta muy poco un verdadero grande hombre?

¡Seiscientos veinticinco francos! Pedidle su opinión a vuestros *chauffeurs*.

AMISTADES Y RELACIONES

DE HUMBOLDT EN AMÉRICA

Un espíritu inclinado naturalmente a la benevolencia; un ser simpático, dispuesto a vibrar con cada emoción de sus semejantes; un hombre para quien nada de lo humano era indiferente; el que mismo lo admiraba a Arago, que al guaiquire Carlos del Pino, y filosofaba con la misma seriedad en el círculo de M. Berthollet que en la sociedad de un misionero del Casiquiare, no podía haber pasado por España y por América sin dejar afectos muy hondos y sin señalar su paso por actos del entusiasmo comunicativo que le abría todas las puertas y le daba un sitio de amigo predilecto en todos los hogares.

América estaba dividida por odios profundos entre criollos y peninsulares. Además, existían en forma menos violenta, pero no menos enconosa, las diferencias de color y de casta. Humboldt vio eso, pero hizo como si no lo viera. Su

espíritu y su corazón se pusieron, naturalmente, del lado de los criollos, pero no por eso dejó de ser menos amigo de los españoles peninsulares. Prefería a los blancos, pero no dejó de ver las cualidades de los mestizos. Se dio cuenta de todos los defectos de los indios, pero su suerte le interesó, y su redención le preocupaba constantemente. Por último, el negro, cuya esclavitud le sublevaba, y que le inspiró algunas de sus páginas más bellas, no era para él únicamente un problema de rigurosa humanidad, puesto que en el negro emancipado se preocupaba por el hombre de una casta inferior.

Ya se ha visto cuántas expresiones afectuosas hay en todas sus cartas para españoles y americanos. Voy a pasar en revista sus relaciones con los hombres, individualmente, para hablar después de sus relaciones con los pueblos de América.

Restringiendo la materia del primer punto, trataré aquí sólo del espíritu justiciero con que Humboldt reconoció el mérito de españoles y americanos. En esto, su delicadeza era exigente, y pocas veces quedaba él mismo satisfecho de los elogios que tributaba al mérito de los demás.

«El capitán de marina Churruca y el capitán de fragata Fidalgo, han emprendido desde 1792 un trabajo extraordinariamente importante en el golfo de Méjico. Después de haber determinado, los dos unidos, el primer meridiano de la Amé-

rica española en el castillo de San Antonio, y Puerto España de la Trinidad, sirviéndose de cinco cronómetros ingleses, de muchos teodolitos y de grandes cuadrantes de Ramsdem, Fidalgo emprendió la determinación de toda la costa del continente hasta Cartagena, en donde se encuentra en este momento, mientras que Churruca se ocupaba en determinar todas las islas. La guerra ha interrumpido estas operaciones (1799), que a lo que se me dice sobrepujan en exactitud, y con mucho, a los trabajos de To-finno.»

De D. Hipólito Ruiz y de D. José Pavón, compañeros de M. Joseph Dombey en el Perú y en Chile, y autores de la *Flora Peruviana et Chilensis*, habla en una carta á Wildenow, refiriéndose á los herbarios de esos naturalistas, que había visto en Londres.

«Haga usted una lista de las personas a quienes hay que elogiar perpetuamente», escribía Humboldt a Bonpland, en Roma, el 10 de junio de 1805, refiriéndose á los naturalistas que trataban de América. Especialmente decía esto por Nées, francés naturalizado en España, y botánico del viaje de Malaspina en derredor del mundo. Nées pedía elogios, y Humboldt no se los regateaba; pero Mutis, Caldas, Cavanillas, Zea, Pavón, Ruiz, Tafalla, Olmedo y Cervantes, no se los pedían, y Humboldt tampoco los regateó.

«El retrato del viejo Mutis,—dice Humboldt

al final de la carta citada,—si usted lo encuentra bueno, figurará en mi obra, porque ya el fascículo le ha sido dedicado.» El retrato del viejo Mutis figura, en efecto, como lo deseaba Humboldt, en sus *Plantas Equinocciales*.

Pero no era sólo cuando hablaba del gran Mutis y del gran D. Jorge Juan: siempre estaba él dispuesto al panegírico, aun tratándose de los hombres más humildes. Ya se dijo la impresión de asombro y de simpatía que le dejó D. Carlos del Pozo. Lo mismo pasó con D. Antonio Santos, «hombre extraordinario que hablaba todas las lenguas o idiomas de los indios, y que desnudo y pintado de *onoto*, pasó sin que se le reconociera, por entre los indios más antropófagos, hasta salir de Angostura y del Caroni, para visitar la *Laguna Dorada*. Cayó después en manos de los portugueses, y fue ahogado por ellos en la confluencia del río de Aguas Blancas y del Amazonas. Ningún europeo había llegado tan lejos como él en la parte interior y más recóndita de este continente, y con su muerte se perdieron las noticias más apreciables.»

Los dos hermanos, D. José y D. Fausto Elhuyar, célebres mineralogistas de la escuela de Freiberg, como D. Antonio del Castillo, se distinguieron, el uno, D. José, como director de minas en San José de Bogota, y D. Fausto como director de minas en Méjico.

De D. Vicente Cervantes, colaborador de Ses-

sé y Mociño en la *Flora Mejicana*, decía: «Este profesor tiene mucha instrucción y mérito, que deben ser conocidos en Europa.»

Tafalla y Manzanilla, profesor el primero en Lima, y el segundo, adjunto, trabajaron con Humboldt, y éste declaró que «herborizaban con ardor y habilidad».

Pero no es lo que dijera de este o del otro lo que más nos interesa, sino la forma que tenía para acortar distancias cuando él era quien tenía la superioridad, y al contrario, el esmero natural, pero empeñoso, para que se viera el rendimiento cuando tributaba homenaje por un mérito sobresaliente.

HU.

El
de las
que at
de Bo
compl
entre
vuelta
celsa
ricano

Hu
pero t
no sól
vez ad
en Bo
las fue

A m
boraci
nación

HUMBOLDT Y LOS NUEVOS ESTADOS

DE AMÉRICA

El historiador Mancini, que es hasta hoy una de las autoridades de mayor competencia en lo que atañe á los primeros años de la vida pública de Bolívar, se extiende con gran penetración y complacencia en el principio de las relaciones entre Humboldt y el joven americano que a la vuelta de pocos años debía ser la figura más excelsa de cuantas descollaron en los países americanos.

Humboldt influyó profundamente en Bolívar; pero también Bolívar impresionó a Humboldt, no sólo como un joven de talento, en quien tal vez adivinó los centelleos del genio, sino porque en Bolívar pudo ver Humboldt el símbolo de las fuerzas potenciales del mundo americano.

A medida que Humboldt avanzaba en la elaboración de sus libros sobre América, la fascinación de la figura de Bolívar se hacía más im-

periosa. Para Humboldt los destinos de América están vinculados en las inspiraciones del brillante caudillo venezolano, y cuando lo ve próximo a emancipar un continente, el sabio prusiano siente el impulso de consagrar toda la pujanza de su carácter y todos los tesoros de su saber al desenvolvimiento de las nuevas naciones.

Otro amigo suyo, el insuperable estadista mejicano D. Lucas Alamán, se perfila á lo lejos con la figura de un creador de instituciones. El sabio alemán adivina posibilidades ilimitadas. Es su hora americana, hora breve, seguida de dolorosos desencantos. Verá a Sucre asesinado, a Bolívar proscrito, a Alamán desconocido por los suyos, a Méjico insultado por Europa y desmembrado por los Estados Unidos; verá a la Gran Colombia hecha fragmentos; presenciará los atentados europeos en el Río de la Plata; sentirá en el corazón el acto de estupidez del doctor Francia, apoderándose de la persona de Bonpland y reteniéndolo diez años en el Paraguay; pero todas las tragedias y todas las mascaradas de la América española, espectáculos acompañados del no menos humillante que dio frecuentemente Europa con su impudicia diplomática, todo lo que fuera negación era para él episódico, y sólo quedaba en su espíritu el espectáculo de una grandeza futura.

Entre los cincuenta y dos y los cincuenta y

tres
pare
siem
rica,
«Par
de la
No s
este
gún
más
en e
men
el es
Co
ropa,
encar
perdi
hacia
atraco
defini
diado
una g
mosa
teorol
distan
nes; u
comun
distin
Fe de
valien

tres años, Humboldt, cansado un poco de París, parece fluctuar entre el Oriente, que le presentó siempre la magia de sus esplendores, y la América, triste y grave, en donde tanto se le quería.

«París, (desde 1818), se alejaba de los estudios y de la actividad literaria como nunca lo estuvo. No sé si las agitaciones políticas son la causa de este estancamiento; pero ya que no se hace ningún progreso en el camino de la libertad, valdria más que esta gente se ocupara en las ciencias. Si en el Instituto se trabaja poco, no por eso hay menos disputas. ¡Cómo dulcifica las costumbres el estudio de la naturaleza!»

Como él, muchos querían desprenderse de Europa, y no volver. Era el tiempo en que los desencantados que no podían consolarse de haber perdido la hermosa quimera revolucionaria, se hacían colonos en Tejas... Humboldt siente la atracción del Nuevo Mundo, pero como centro definitivo de sus trabajos y de su gloria. A mediados de 1822, habla de «un establecimiento en una gran ciudad de las Cordilleras, con una hermosa colección de instrumentos y aparatos meteorológicos y magnéticos distribuida a grandes distancias; una centralización de las observaciones; una correspondencia activa que pondría en comunicación a los sabios establecidos en las distintas estaciones, desde la Plata hasta Santa Fe de Bogotá; un grupo de jóvenes instruidos, valientes y activos, empleados por los distintos

gobiernos y todos unificados en sus miras; mucha independencia; el apoyo de los poderosos, y cierta benevolencia en Europa, a fin de procurarse los mejores elementos».

Esto era pedirle mucho a la vida; «pero aquello no podía ser un sueño». Pocos días después de escrito lo anterior, estaba a punto de caer en el más hondo desaliento. «Las noticias de Méjico,—escribe el 13 de agosto de 1822,—las noticias de Méjico me llenan de desolación; pero no soy hombre que pierde el valor fácilmente, y no temo por Bolívar.»

Esto, como digo, se escribía el 13 de agosto. El 22, volvía a hablar de sus propósitos. «Sólo la muerte puede obligarme a no realizar mis proyectos. Tengo cincuenta y dos años, y mi espíritu es muy joven todavía. Mi resolución está tomada, y es firme. Quiero salir de Europa y vivir bajo los trópicos, en la América Española, en un lugar donde he dejado algún recuerdo y en donde las instituciones se armonizan con mis anhelos.

»Me he equivocado tantas veces en los pronósticos que hice sobre la época de mi partida, que temo fijar una fecha, pero creo que la salida será de aquí a quince o diez y ocho meses.

»Primeramente iré a Méjico, me estableceré y haré mi entrada. Ya sabe usted que me han dado sumas considerables para la *India*; así, pues, para combinar este *deber*, iré de Acapulco a las

Filipinas, y tardaré un año; pero volveré a Méjico para quedarme allí, o si las instituciones no me agradan, en la América del Sur...»

El rey se lo lleva a Verona, como se lo ha llevado a Nápoles. Para Humboldt, estos viajes con el rey son «como paseos a Saint-Cloud»; pero no le gusta andar con reyes y diplomáticos.

En Verona escribe con fecha 17 de octubre: «Tengo un gran proyecto de un gran establecimiento de ciencias en Méjico, para toda la América libre. El emperador de Méjico, a quien conozco personalmente, está a punto de caer, y habrá un gobierno republicano.» Hay que notar cómo escribe Humboldt en las barbas de la Santa Alianza, y que el que así habla es chambelán del rey de Prusia.

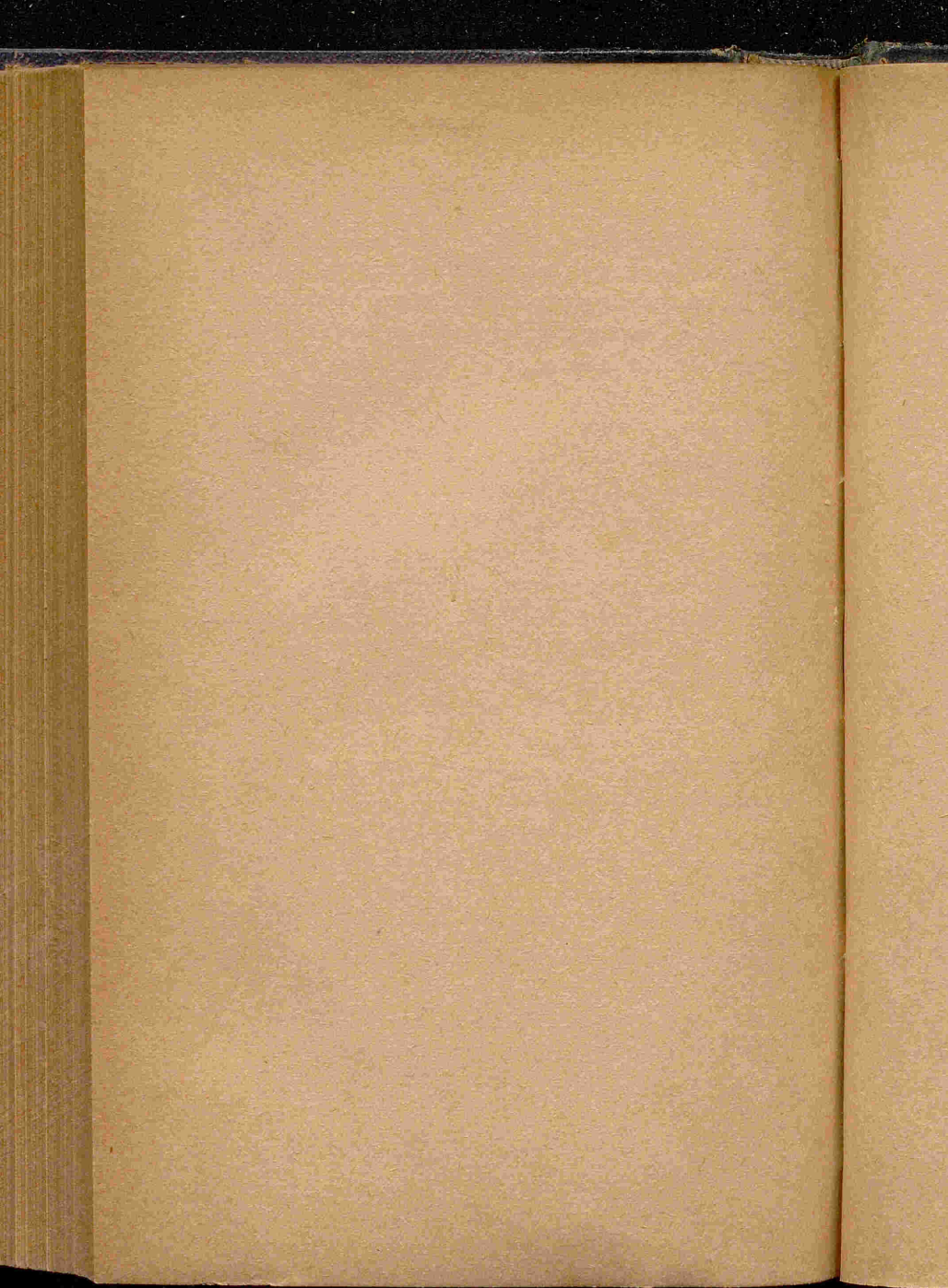
«Tengo la idea de acabar mis días de un modo más agradable y útil para la ciencia, en una parte del mundo en donde soy extraordinariamente querido, y en donde todo me da razones para esperar una existencia feliz. Este es un medio de no morir sin gloria, de reunir a mi lado muchas personas instruidas, y de gozar de la independencia de opiniones y sentimientos que necesito para mi felicidad. El proyecto de un establecimiento en Méjico y de salir a explorar desde allí las 19/20 del país que no he visto, (los volcanes de Guatemala y el Istmo...), no excluye un viaje a las Filipinas y a Bengala. Es una

excursión muy corta... Se están reuniendo en Francia de cuatro a cinco millones para reorganizar el trabajo de las minas en Méjico. Yo no tendré responsabilidad ninguna en este gran negocio de dinero, pero me servirá, porque se dará empleo a los hombres más distinguidos en las ciencias, y que, como yo, desean salir de Europa. Los que proporcionan estos recursos, aceptan mis consejos cada vez que me atrevo a dárselos. Cuento en el establecimiento con la colaboración de Kunth y de Valenciennes. Este viaje me permitirá enriquecer inmensamente las colecciones del rey; la zoología de Méjico es completamente desconocida, y ¡cuántas plantas hay en aquel país cuyo cultivo se podría introducir en nuestros bosques, en plena atmósfera!»

Guillermo, a quien va dirigida esta carta, se ríe diciendo: «Viejo incorregible. Niño de cincuenta y dos años.» El malicioso corresponsal presiente la interpretación que van a recibir sus ingenuidades, y acaba así: «Tal vez te reirás al ver que me ocupo con tanto ardor en este proyecto americano; pero cuando no tiene uno familia, ni hijos, hay que pensar en poner un sello de belleza a la vejez...»

Dos años más tarde todavía está en pleno idilio con su mundo americano. «En Méjico, el gobierno republicano federal marcha de un modo maravilloso. Mi amigo íntimo, el Sr. Alamán, es el jefe del ministerio. El ejecutivo acordó que

se me dirigiera en nombre de la Nación una carta, y es una hermosa carta en la que se me dan las gracias por los servicios que he prestado dando a conocer al mundo las fuentes de su gran prosperidad interior...»



PUESTA DE SOL

ren
for
ció
las
ció

má
till
al

bro
via
vo
en
pro
tic
no
gal
y

LA EXCURSIÓN AL ASIA CENTRAL

La vida de Humboldt acabó en un largo y sereno crepúsculo. A los sesenta años sintió en el fondo de su alma la voz imperiosa de su tradición y de su raza. Era el momento de recoger las velas y de contar los azares de sus navegaciones.

Así lo hizo, pero pronto interrumpió una vez más las pláticas al calor de la chimenea del castillo de Tegel, para emprender el histórico viaje al Asia Central.

La excursión duró nueve meses; pero esta brevedad no fue la única diferencia entre aquel viaje y el de América. No iba como en el Nuevo Mundo, solo y libre, confiando únicamente en sus propios recursos, pero entregado a sus propias inspiraciones y a sus caprichos fantásticos. Hay otra diferencia, y es que Humboldt no era ya el joven de treinta años, ni se entregaba en todo el vigor de la vida a los peligros y a las dificultades de un continente virgen.

Hay algo de precipitación y de tristeza en este viaje.

El gobierno de San Petersburgo proporcionó al viajero prusiano las facilidades que podía desear, con la más liberal munificencia. Llevaba tres coches, conducidos por un empleado superior del ramo de minas, y precedidos por un correo de la corona. En cada estación había treinta o cuarenta caballos para el relevo. «Yo no podía considerar esto,—dice Humboldt,—como muestras de benevolencia y de consideración personal, sino como un homenaje público que se tributaba a las ciencias, y como una noble munificencia que se desplegaba en favor de los progresos de la civilización moderna.»

Siguió la ruta de Moscú y Nidji-Novgorod; navegó por el Volga hasta Kasán: visitó las ruinas de Bolgari; subió a los Montes Urales por los valles de Kungur y de Perm; visitó las minas de oro y de piedras preciosas, y se dirigió al oriente, pasando por Tobolsk y por Omsk. En Tobolsk había variado sus planes, y en vista de la belleza de la estación estival, en vez de visitar a Slatust, decidió seguir hasta el Altai y el alto Irtysh. Era una añadidura de 3.000 verstas al proyecto inicial. En la estepa de Baraba los mosquitos le trajeron el recuerdo del Orinoco, y el lago romántico de Kolywan llevó a su mente la imagen de los valles de Aragua y los juncuales de Janicho en el lago de Pátzcuaro. Después de

visitar las minas de Siriaínovski, se le presentó a la vista la gran cordillera del Altai.

Recibido por el comandante chino de la frontera que tenía a sus órdenes el punto de Baty, su amor a lo pintoresco encontró pábulo en la cómica gravedad de aquel guerrero oriental, recién llegado de Pekín, que para recibir al huésped alemán se puso sus mejores sedas y sus más gallardas plumas de pavo real. Humboldt lo obsequió con un retazo de paño y otro de terciopelo rojo. El comandante chino correspondió al obsequio con una obra de historia en cinco tomos.

Aquella cadena de montañas parecía rejuvenecer al viajero. Por lo menos volvió a sentir el lirismo de su antiguo entusiasmo. ¿En dónde podría encontrarse una expansión igual de masas graníticas puras?

Acompañaban a Humboldt dos eminentes colaboradores: M. Ehrenberg, «el más sabio de los zoólogos después de Cuvier», y M. Rose, ilustre geólogo.

La hermosísima memoria leída por Humboldt ante la Academia Imperial de San Petersburgo, a su regreso del Altai, el 16/28 de noviembre de 1829, es de una elocuencia desbordante. «Restituido a mi patria después de haber recorrido la cresta nevada de las Cordilleras y los bosques de las bajas regiones equinocciales, y encontrándome de nuevo en la agitada Euro-

pa, después de haber gozado largo tiempo de la calma que brinda la naturaleza y del aspecto imponente de su salvaje fecundidad..., estaba lejos de adivinar que no tomaría asiento bajo vuestra presidencia, señor, sino después de volver de las riberas del Irtysh, de los confines de la Sangaria china y de las costas del mar Caspio. Por el feliz encadenamiento de los sucesos en el curso de una vida inquieta y a veces laboriosa, he podido comparar los terrenos auríferos del Ural y los de la Nueva Granada, las formaciones de levantamiento porfirítico y traquítico de Méjico y las del Altai, los Llanos de Venezuela y las estepas de la Siberia Meridional, que ofrecen un vasto campo a las conquistas pacíficas de la Agricultura...»

En este párrafo está el resumen de su actividad como viajero.

CONFERENCIAS A TRES LUISES

Sin violencia, pero con un gran dejo de amargura, quejábase Humboldt en una carta escrita el 23 de febrero de 1828,—antes, pues, de su viaje a Rusia,—y dirigida desde Berlín al *Moniteur Universel*, de París, rectificando la noticia dada por el periódico francés y fundada en la aseveración «de un periódico extranjero», sobre un curso de geografía física, abierto por Humboldt, con billetes de entrada a tres luises. Humboldt no creía necesario desmentir la especie para Francia, en donde era demasiado conocido; pero como el *Monitor* circulaba en otros muchos países, valía la pena de que se dijese la verdad; a saber, que Humboldt había inaugurado, no uno, sino dos cursos públicos, que, como los de Francia, eran gratuitos.

Efectivamente: la única retribución que recibió Humboldt, muy honorífica y muy merecida, fue una medalla con la imagen del sol y esta leyenda: *Illustrans totum radiis splendentibus Orbem.*

Un amigo y corresponsal de Goethe, el arquitecto y músico Zelter, escribía al poeta una carta en la que se tradujo todo su entusiasmo por las conferencias de Humboldt. El sabio viajero había abierto un colegio de maravillas de la naturaleza para un auditorio numerosísimo y muy respetable. Zelter se exaltaba recordando aquel espectáculo. «Veo ante mí a un hombre,—un hombre como yo, de carne y hueso,—que prodiga sus terosos sin tasa ni medida, ¿y para quién había de reservar él algo de lo que sabe? Sin preámbulos, sin capítulos, sin obscuridades, sin artificios, nos lleva adonde quiere y nos impone la fe que le place.»

Espectáculo raro, tal vez único en la historia del saber. Durante diez y seis noches, en conferencias de hora y media, a las que asistían el rey,—una vez,—el príncipe heredero, el feldmarschal conde Gneisenau, las damas de la corte encabezadas por la princesa von Liegnitz, esposa morgánica de Federico Guillermo III, y toda la gente que imponía la moda; un sabio, un Aristóteles moderno, representante de la ciencia de su siglo, resumía sus conocimientos ante una de las cortes de Europa. Muchos vieron, es verdad, en aquel acto, una especie de *snobismo* en que los ineducados presumían de sabios, y el sabio se hacía cortesano; pero no: aquello, independientemente del valor intrínseco de las conferencias, que fueron las primicias del *Cos-*

mos, tenía esta significación: Humboldt recibía en su patria la consagración oficial a que tenía derecho y el homenaje que se le debía por sus méritos.

Convencido de que las conferencias no podían formar un libro, según su propósito inicial, rehizo la obra, la enriqueció y formuló en los dos primeros tomos del *Cosmos*, que aparecieron diez y seis años después, la síntesis definitiva de su saber enciclopédico.

LA VOZ DE LA PATRIA

Humboldt no fue a Berlín por su voluntad. Se resistió cuanto pudo, y fue al fin, obligado por una orden imperativa del monarca. Uno de sus biógrafos recuerda el episodio novelesco del recluta de Walter Scott, que pedía quedarse una noche más en el cuartel. Pero hay que preguntar si la orden dada por el rey no expresaba una exigencia patriótica, y si á pesar de su renuencia, el mismo Humboldt no sentía dentro de su corazón un eco de la voz que lo llamaba.

Los treinta y dos años que pasó en Berlín, con las interrupciones del viaje a Rusia y de las escapatorias a París y a otras ciudades, fueron de lucha contra las intrigas de los feudales, que odiaban al francófilo y republicano, sospechoso de ateísmo. «El gato enciclopédico», se le llamaba. Pero si tenía en contra suya el odio de la nobleza y muchas prevenciones de la corte, había en la Patria el acento de otras voces profundas y graves que le hablaban amorosamente. Su

hermano, su cuñada, y muerta ésta, su sobrina Gabriela, esposa del barón Bülow, le hicieron ver que en el atardecer de la vida, los goces superficiales del salón parisiense y la intermitente fraternidad de los colegas de Instituto, no llenan todo el corazón.

Desde el punto de vista psicológico, los últimos años de Humboldt, o por lo menos los que corren desde su instalación en la casa núm. 4 de la calle Neuen Packhof, hasta que vio extinguirse su generación, deben considerarse como los más ricos en experiencias de orden espiritual y en actos encaminadas a fines transcendentales. Pero aquí termina la tarea de estos apuntes.

BAJANDO LA PENDIENTE

Vienen los años tristes. Comienzan las despedidas. Los árboles de la selva quieren hojas nuevas, y caen las que brotaron en la última primavera.

Antes del viaje a San Petersburgo, muere la esposa de Guillermo, y durante la expedición, desde los montes Urales y desde las llanuras de la Rusia meridional, envía a su hermano las quejas de una alma dolorida.

El 8 de abril de 1835, muere Guillermo. «Compadézcame, usted,—escribe a su impresor Gide.—Soy el hombre más infortunado. Acabo de presenciar una lucha mortal que ha durado diez días. Antier, a las seis de la tarde, murió mi hermano.»

»Ya no soy,—escribía humorísticamente en el año 1838,—sino un viejo antediluviano del Orinoco». Se creía, o se decía, un despojo viviente. Pero ese viejo antediluviano que publicaba sus estudios asiáticos, que preparaba sin

descanso las páginas asombrosas del *Cosmos*, y que desempeñaba funciones de ministro de Instrucción Pública, sin sueldo y sin cartera, se agitaba como una fronda primaveral ante cada acontecimiento de la vida contemporánea, ya se tratara de las ciencias físicas, ya de los hechos de la vida social, ya de las investigaciones históricas, sobre todo de las relativas al Oriente y al Nuevo Mundo.

En una de sus visitas a París estudiaba la carta de Juan de la Cosa, que acababa de salir del polvo en una biblioteca, y que daba impulsos a sus investigaciones históricas sobre los descubrimientos geográficos de la época de Colón. Pero a la vez que sigue, con aquel apasionamiento suyo por todo lo grande, la carrera de los exploradores del siglo xv y del siglo xvi, es el consejero de los exploradores de su tiempo. Le interesan por igual la memoria de Buch sobre su viaje a los países escandinavos, y los recuerdos indostánicos del príncipe Waldemar; la expedición de Mölhausen a las montañas Rocallosas y la de Schönnbonk a la Guayana.

«Tiene uno más autoridad y más gloria,—decía,—a medida que se vuelve más imbécil». Pero su autoridad y su gloria, como oráculo de los dos Mundos, se fundaba en capacidades ilimitadas de rejuvenecimiento intelectual. El episodio de sus relaciones con Agassiz es característico de un corazón generoso y de un amante

del saber. Lo encuentra en 1838, joven y desvalido, lo protege, como a tantos había protegido,—Quetelet entre ellos,—y lo impulsa a las investigaciones que el sabio suizo realiza en la América del Norte. De este modo Humboldt prolonga su acción científica en la parte del Nuevo Mundo que había quedado fuera de su examen personal, aunque siempre con el deseo, expresado a Gallatin, de explorar la cuenca del Mississipí y los territorios del Oeste.

EL SAMÁN DE GÜERE

Bajo el reinado de Federico Guillermo IV, que sucedió a su padre en 1840, Humboldt intensificó su actividad exterior. «El demócrata de la corte» estuvo siempre al lado de su rey, pero con el corazón y el pensamiento inclinados hacia el rumbo de donde venían los soplos libertadores.

Vivió en la vejez como había vivido en la juventud. Su actividad, siempre multiforme, destacaba el mismo ardor científico, y la misma voluntad animosa, después de los ochenta años que antes de los cuarenta. Pero todo acaba.

Cuenta el escritor venezolano D. Arístides Rojas que Pablo de Rosti mostró a Humboldt un álbum de fotografías tomadas en Venezuela pocos meses antes de la muerte del ilustre sabio. Entre esas fotografías figuraba un samán que hay en Güere, entre Turmero y Maracay.

Cuando el viejo patriarca vio la fotografía del samán, dicen que se llevó la mano a la frente, que los ojos se le llenaron de lágrimas y que,

agitado en lo más hondo de su alma por aquel recuerdo, habló «de los días en que el entusiasmo juvenil ponía un sello de belleza a sus estudios.»

»El samán se halla exactamente tal como lo vimos Bonpland y yo. En cambio, ¿qué es de nosotros?...»

Murió como había vivido. Su muerte fue un tránsito al reposo final.

El 10 de mayo de 1859, fueron entregados sus despojos a la tierra, en el parque del castillo de Tegel. Bajo el césped en que jugó cuando era niño, unió el polvo de sus huesos al polvo de los huesos de su amado Guillermo.

el
s-
s-
lo
le
n
is
le
ra
os

APÉNDICE

INTRODUCCIÓN

ACADEMIA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

de
pa
m
se

m
bu
in
ra
ce
bo
ti

do
pa
po
br
la
fia
ha

ONOMÁSTICA HUMBOLDTIDIANA

La huella que ha dejado Humboldt en la historia del saber es indeleble. Tendría que recordarlo el que pase revista a los progresos de las ciencias en la primera mitad del siglo xix. Su nombre se ha inscrito en solemnes consagraciones.

Recordaré las principales. Hay tres nobles monumentos erigidos a la memoria de Humboldt. Uno es el busto que figura en el Instituto de Francia,—el hogar intelectual de Humboldt.—Otro es el grupo escultural en que Berlín patentiza el orgullo de haber sido el centro de la vida doméstica de los dos hermanos Humboldt. Y el tercero, en Méjico, evoca la imagen de una tierna memoria juvenil.

Muchos nombres de calles y paseos en todo el mundo, pero sobre todo en América,—y ninguno en España,—evocan el recuerdo de Humboldt. Pero esto es poco para un hombre ilustre que dejó escrito su nombre en la extensión de los continentes, en las cimas de las cordilleras y en las corrientes del mar. La geografía física y política debía encargarse de perpetuar sus hazañas científicas, y así lo ha hecho.

Hay, en efecto:

I. La corriente de Humboldt, o corriente peruana de Aguas Frias, que corre al occidente de la América del Sur, y se une a la corriente ecuatorial en el Pacífico del Sur.

II. Los Montes de Humboldt, en China, al norte de la Mesa del Tibet.

III. El Ventisquero de Humboldt, en Groenlandia.

IV. La Bahía de Humboldt, en Nueva Guinea.

V. La Bahía de Humboldt, en Panamá.

VI. El Valle, el Lago y el Río de Humboldt, en Nevada, Estados Unidos.

VII. El Monte y la Bahía de Humboldt, en California, Estados Unidos.

VIII. El Río de Humboldt, en el Perú.

IX. El Condado de Humboldt, en California, Estados Unidos.

X. El Condado, la Salina y el pueblo de Humboldt, en Nevada, Estados Unidos.

XI. El Condado de Humboldt, en Iowa, Estados Unidos.

XII. El Condado de Humboldt, en Illinois, Estados Unidos.

XIII. El Condado de Humboldt, en Kansas, Estados Unidos.

XIV. El Condado de Humboldt, en Michigan, Estados Unidos.

XV. El Condado de Humboldt, en Nebraska, Estados Unidos.

XVI. El Condado de Humboldt, en Dakota del Sur, Estados Unidos.

XVII. El Condado de Humboldt, en Tennessee, Estados Unidos.

XVIII. La población de Humboldt, en la provincia de Laskatchewan, Canadá Occidental.

XIX. El Distrito y el Pueblo de Humboldt, en Santa Fe, República Argentina.

En la Zoología hay el *Logothrix Humboldti*, *Spider Monkey*, *Ateles*, mono que forma numerosas especies que viven en los bosques de la América tropical.

En Botánica:

La Humblocia, (*Humblotia comorensis*), género de enforbiáceas.

La humboldtia, género de arbustos, de las familias de las leguminosas, tribu de las cesalpíneas, cuyas especies crecen en Asia.

En Mineralogía:

I. La Humboldttilita, silicato de alúmina y de cal, que se encuentra en el yacimiento de la meyonita, en el Vesuvio.

II. La Humboldtina, oxalato de fierro que se encuentra en los lignitos de Hungría y Bohemia.

III. La Humboldtita, borato de cal cilicico del Tirol.

BIBLIOGRAFÍA

La base actual de todos los escritos biográficos acerca del barón Alejandro de Humboldt, es la obra del profesor Karl Bruhns: *Alex. von Humboldt*, (Leipzig, 1872; tres volúmenes). Traducción inglesa por las Srtas. Las-sell (Londres, 1873).

Loewenberg.—*A. von Humbolds Reisen in Amerika und Asien* (Berlin, 1843; dos volúmenes, 2.^a edición).

Bastian.—*Vie de Humboldt* (Berlín, 1869).

Klencke.—*A. von Humboldts Reisen, Leben und Wissen* (Leipzig, 1882; 7.^a edición).

S. Günther.—*A. von Humboldt* (Berlín, 1900).

Humboldt (A. de).—*Correspondance Scientifique et Littéraire*, (París, 1865-1869).

T. E. Hamy.—*Lettres Américaines d'Alex de Humboldt*, (París, 1909).

Aristides Rojas.—*Recuerdos de Humboldt*, (Puerto Cabello, 1874).

Hay otros estudios del Sr. Rojas sobre Humboldt que no he podido consultar.

Debe advertirse que algunos de los libros citados arriba, están agotados y que no figuran en los catálogos de nuestras bibliotecas.

El libro de Hamy es la mejor guía para conocer la obra americana de Humboldt.

Como resumen biográfico, fiel, completo y animado, se recomienda la pequeña obra de Günther, cuya traducción al español sería de la mayor importancia, para el decoro de la cultura hispanoamericana.

No

Los

Ens

La

Em

Exc

Lab

Hac

En

La

El i

Ord

Rela

Proy

El m

La c

El a

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
NOTA PRELIMINAR.....	7

EL VIAJERO

Los primeros años y la educación del viajero.....	15
Ensayando el vuelo.....	21
La instrucción profesional.....	26
Empleado público.....	30
Excursiones en zig-zag.....	35
Labores científicas.....	38
Hacia los países del ensueño.....	40
En París.....	42
La cordillera del Atlas.....	45
El invierno en España; la primavera en Esmirna..	48
Ordena su majestad.....	51

LA OBRA

Relación sintética del gran viaje.....	57
Proyectos literarios.....	70
El monumento bibliográfico.....	73
La obra científica del viajero.....	76
El autor, celebrado; sus obras, en el olvido.....	85

EL ARTISTA

El estilo.....	91
El paisaje de las Cordilleras en la concepción artística de Humboldt.....	95
La ruta de Colón y la de Gravina.....	101
La higiene del gallego.....	103
Primera emoción.....	105
Las estatuas de bronce.....	109
Carlos del Pino (el Humboldt indígena).....	112
El cuadro físico de la zona tórrida.....	114
Cumaná.....	118
El Nuevo Mundo en la historia de los progresos del saber.....	121
¡Misericordia! ¡Tiembla, tiembla!.....	123
Venta de esclavos.....	125
El tunal.....	127
El Manzanares (charla criolla).....	130
Danza de negros.....	133
Las ruinas del castillo.....	135
El zapatero de Araya.....	138
El frío en los trópicos.....	141
Vida criolla.....	143
La hospitalidad.....	145
En los Llanos.....	147
Don Carlos del Pozo.....	150
La pesca del gimnoto.....	152
El peligro.....	156
El jaguar.....	158
Los mosquitos.....	161
El raudal de Maipures.....	164
La selva pantanosa.....	168
La filosofía del soldado contemplativo.....	170
En la costa de Cartagena.....	174
El cráter del Pichincha.....	177

Las cordilleras del Anáhuac.....	180
----------------------------------	-----

LAS SOCIEDADES AMERICANAS EN LA OBRA DE HUMBOLDT

Cómo se escribió, cómo se publicó y cómo se tradujo el <i>Ensayo político sobre la Nueva España</i> ..	185
Las sociedades americanas en la obra del barón de Humboldt.....	194

ESPEJISMO Y ENSUEÑOS

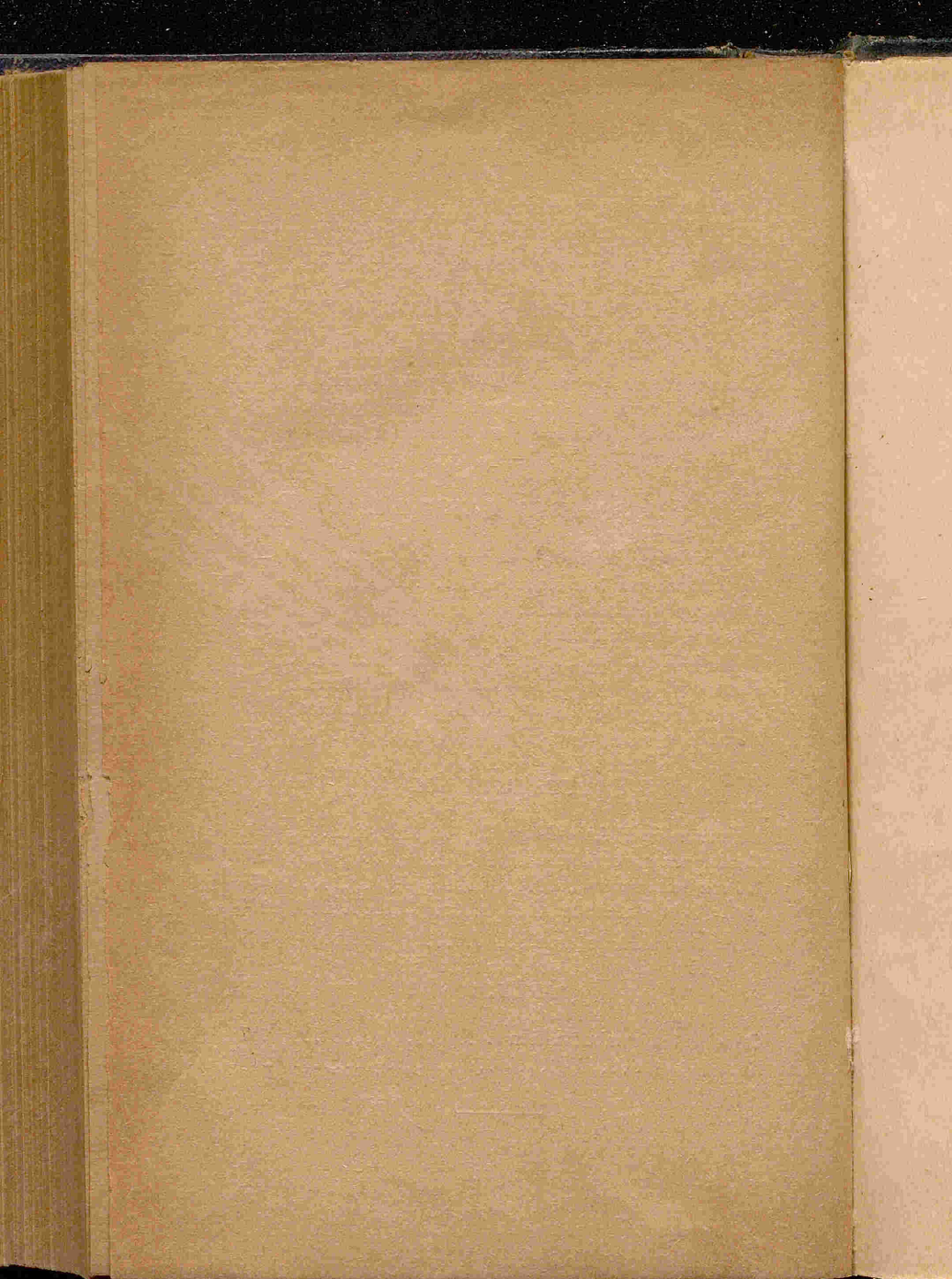
¿Cuánto gastó Humboldt en el viaje?..	213
Las colecciones.....	217
Varioloso y chambelán.....	222
Crisis de sensibilidad.....	228
La batalla de Jena.....	230
Humboldt en París a los cincuenta y tres años....	232
Amistades y relaciones de Humboldt en América.	236
Humboldt y los nuevos Estados de América.....	241

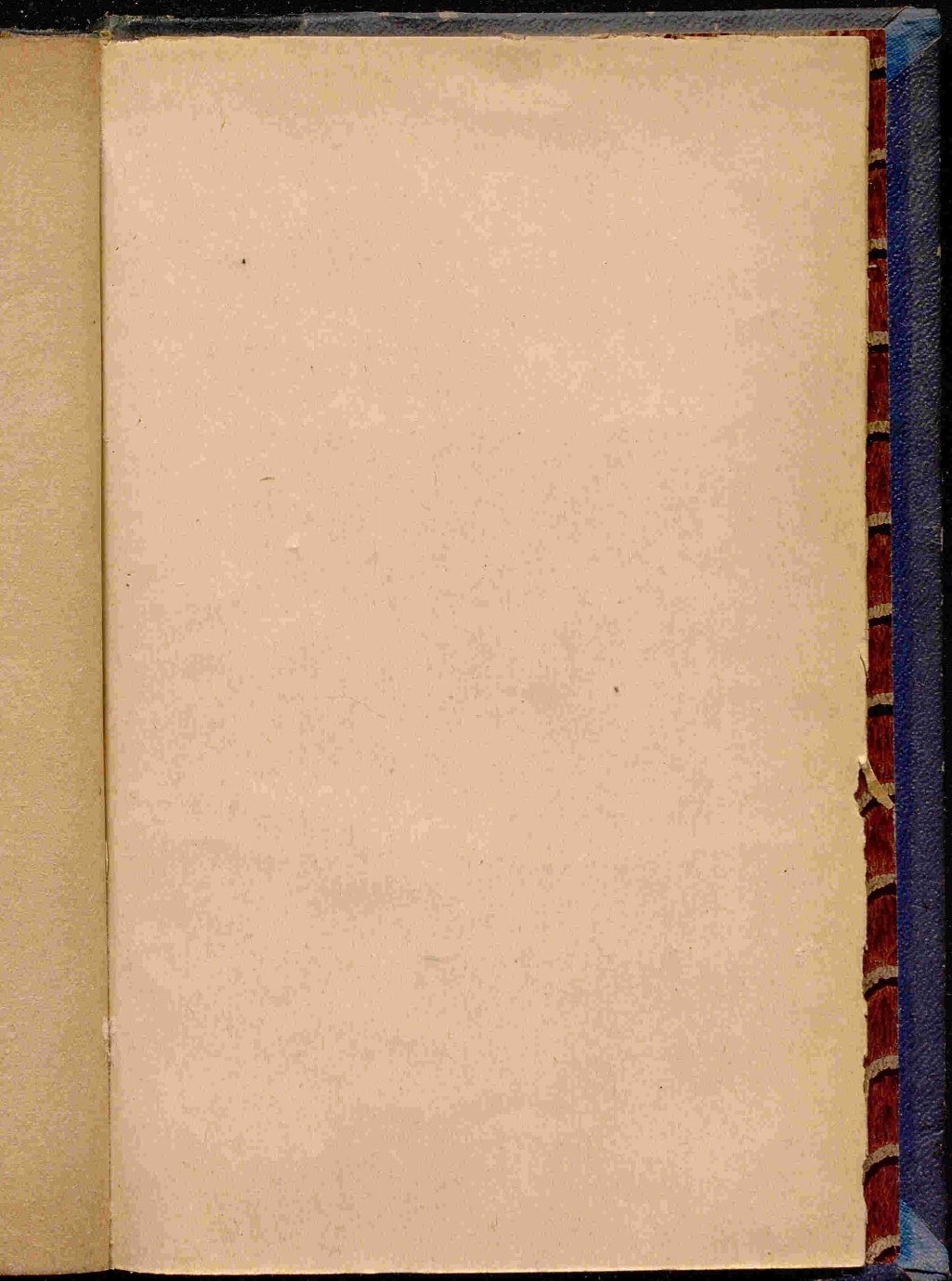
PUESTA DE SOL

La excursión al Asia Central.....	251
Conferencias a tres luises.....	255
La voz de la patria	258
Bajando la pendiente.....	260
El samán de Güere....	263

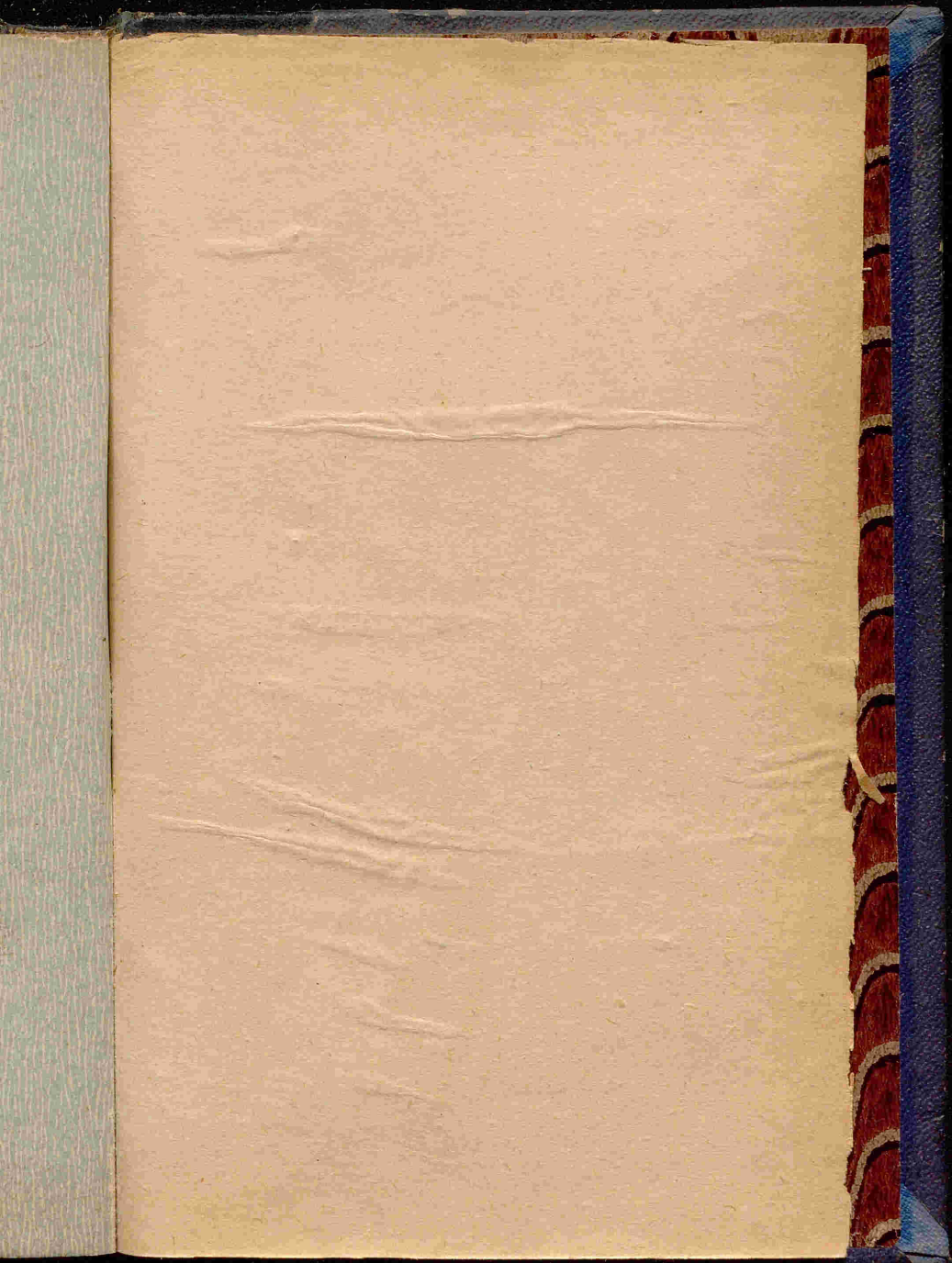
APÉNDICE

Onomástica humboldtidiana.....	267
BIBLIOGRAFÍA.....	270

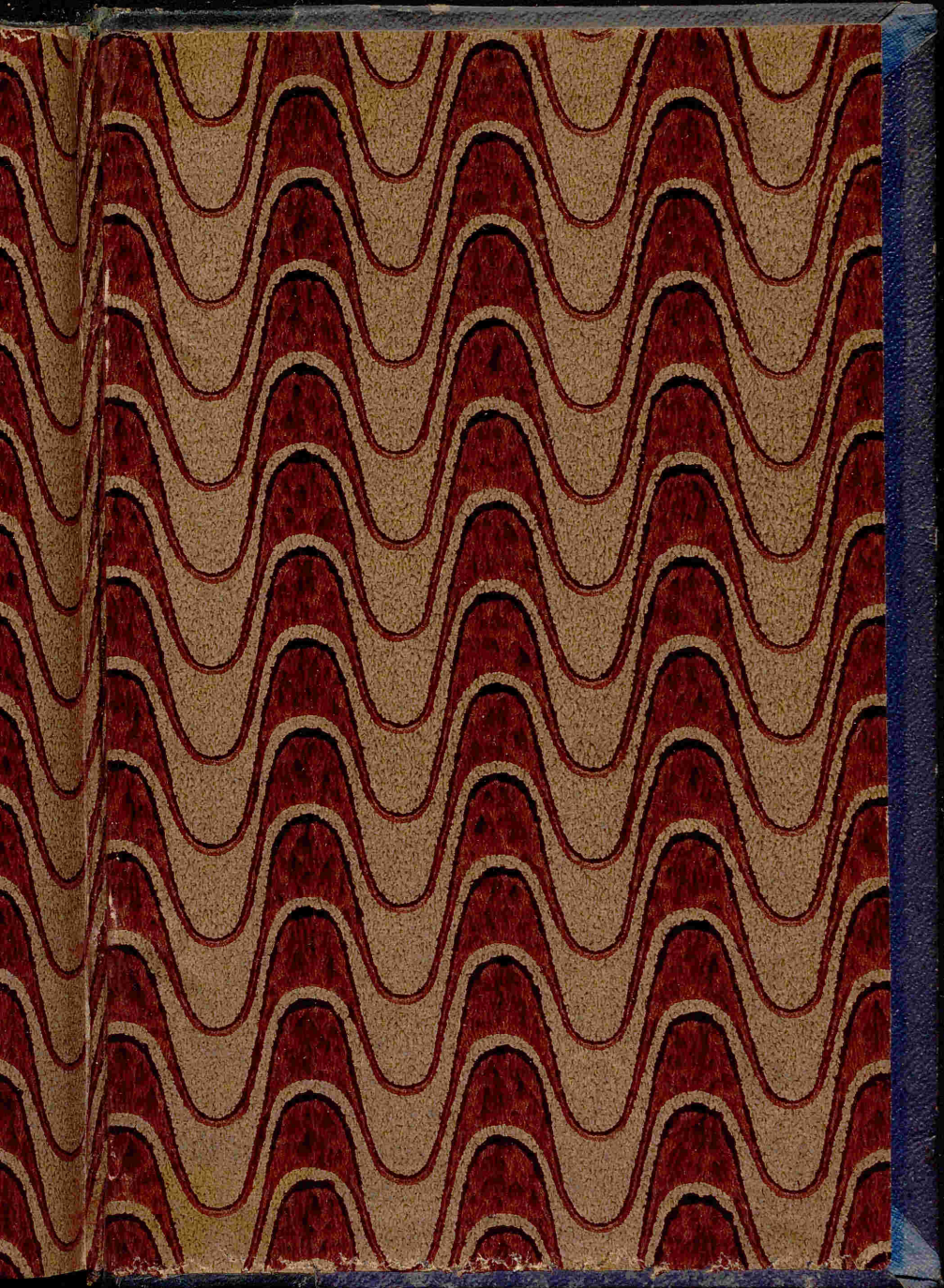


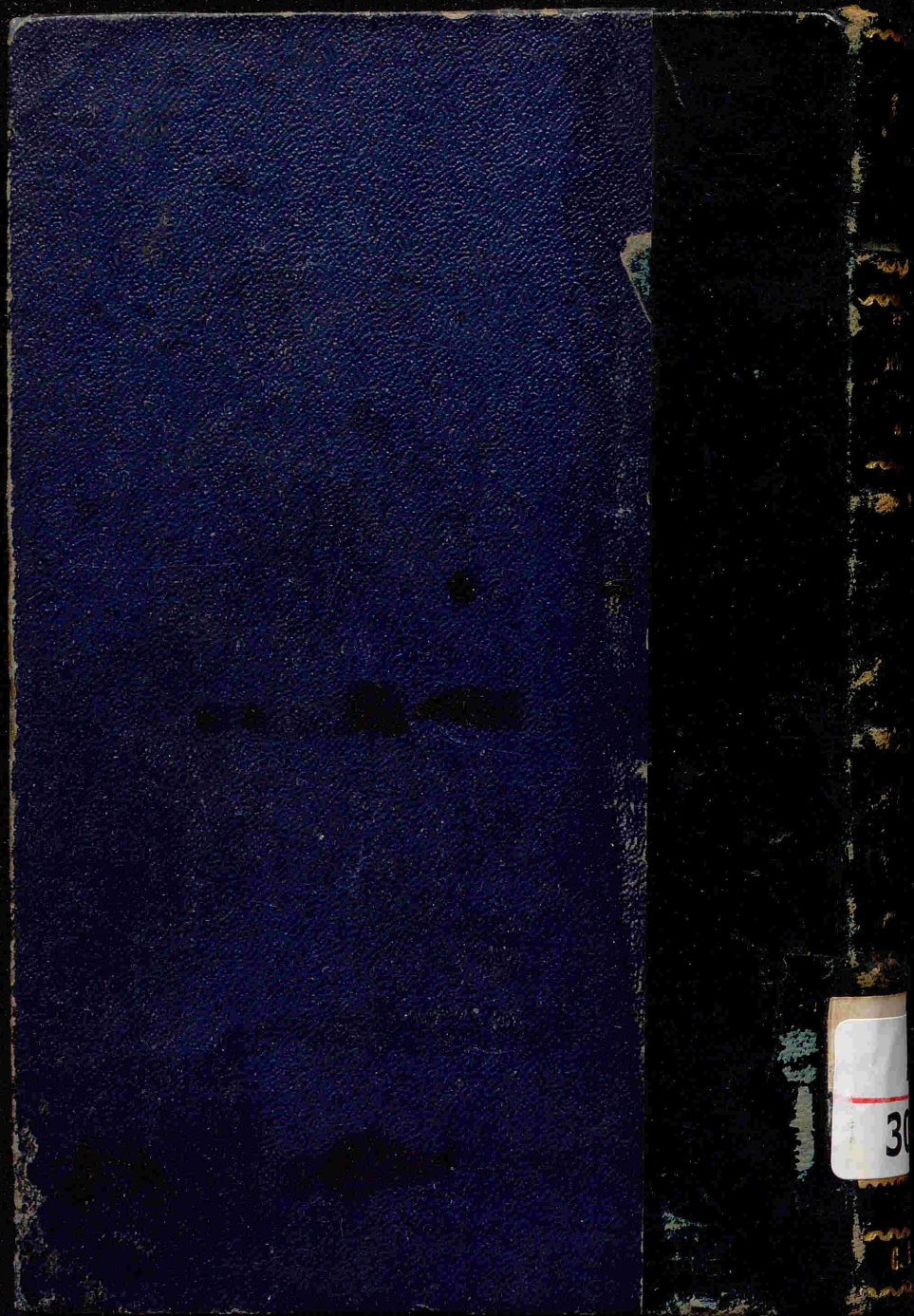












PEREYRA

HUMBOLDT

EN

AMERICA

A

3033

C. E. H. A.